

Traducción
José Luis López Muñoz

Gilbert Adair

Soñadores



Lectulandia

París, mayo del 68. Mientras la revolución toma las calles, tres adolescentes rompen todas las reglas. Los mellizos Isabelle y Théo se quedan solos en París cuando su padre, poeta, se retira a su casa de campo. Libres de la tutela de los adultos, los hermanos ponen en práctica una serie de juegos psicológicos cada vez más atrevidos. Entre ellos, la novedad se agota pronto, y deciden invitar a su apartamento a un joven americano de sexualidad ambigua, que comparte su pasión por el cine. Juntos, en su refugio, pueden hacer lo que deseen con quien deseen y con la frecuencia que quieran. Un privilegio que desemboca en nuevas y extremas fantasías. Pero la realidad, en forma de adoquín que atraviesa una ventana y mueve el aire viciado del apartamento, no tardará en volver a inmiscuirse en sus vidas.

Lectulandia

Gilbert Adair

Soñadores

ePub r1.0

Titivillus 24.09.2019

Título original: *Dreamers*
Gilbert Adair, 2003
Traducción: José Luis López Muñoz, 2004

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Michael, Eva y Louis;
otros intérpretes hubieran sido impostores.

La Cinémathèque Française está situada en el 16^{me} *arrondissement*, entre la explanada del Trocadéro y la avenida Albert-de-Mun. La monumentalidad mussoliniana del Palais de Chaillot en el que está alojada impresiona tanto al cinéfilo que la visita por vez primera que le llena de alegría vivir en un país donde se concede tal honor a la que, en otros sitios, tiende a ser la menos respetada de las artes. De ahí su decepción cuando descubre, en un examen más detenido, que la Cinémathèque sólo ocupa un ala insignificante del edificio, a la que se llega, de manera casi furtiva, por una entrada en el sótano, escondida a primera vista.

A esa entrada se puede acceder o bien desde la explanada, un espacio poblado de amantes, guitarristas, patinadores, vendedores de *souvenirs* negros y niñas con faldas escocesas acompañadas de sus niñeras inglesas o portuguesas; o bien por un camino ajardinado en curva que, en paralelo a la avenida Albert-de-Mun, permite vislumbrar, a través de los arbustos iluminados, ese Fujiyama de hierro forjado que es la Torre Eiffel. Por cualquiera de los dos accesos se acaba descendiendo un tramo de escalones hasta el vestíbulo de la Cinémathèque, cuya austeridad intimidatoria queda aliviada por la exhibición permanente de kinetoscopios, praxinoscopios, cámaras oscuras, linternas mágicas y otras ingenuas y encantadoras reliquias de la prehistoria del cine.

Era costumbre que los cinéfilos invadieran el jardín tres veces todas las tardes, a las seis y media, a las ocho y media y a las diez y media.

Los auténticos fanáticos, sin embargo, los llamados «ratones de filmoteca», que llegaban para la función de las seis y media y pocas veces se marchaban antes de la medianoche, preferían no confraternizar con los visitantes menos obsesivos para quienes Chaillot sólo significaba una salida nocturna económica. Porque la cinefilia, tal como se practicaba en la primera fila de butacas, era como una sociedad secreta, una secta, una francmasonería. Aquella primera fila era propiedad exclusiva de los «ratones», cuyos nombres deberían estar grabados en sus butacas como los nombres de los directores de Hollywood solían estar impresos en el respaldo de sus sillas de lona plegables, el *Señor Ford* o *Señor Capra* oculto en parte por el hombro y la

parte alta del brazo del aludido cuando volvía, sonriente, el rostro bronceado hacia el fotógrafo.

¿Qué otra cosa eran aquellos «ratones», aquellos fanáticos, aquellos habitantes de la noche sino vampiros que se envolvían en la capa de su propia sombra?

Si se sentaban tan cerca de la pantalla era porque no podían soportar no ser los primeros en recibir las imágenes, no recibirlas antes de que tuvieran que sortear el obstáculo de las sucesivas filas, antes de que se transmitieran de hilera en hilera, de espectador en espectador, de ojo en ojo, hasta — envilecidas, usadas, reducidas a la dimensión de un sello de correos e ignoradas por los novios de la última fila— regresar con alivio a su origen, la cabina de proyección.

Además de lo cual, la pantalla era realmente una pantalla, una mampara que los protegía del mundo.

—¿Has visto la de King?

La primavera, con sus matas de azafrán y violetas, que estallaban de la nada como el ramillete de flores de papel de un prestidigitador, había llegado aquella tarde a los jardines de la Cinémathèque.

Eran las seis y veinte. Tres adolescentes salían del metro de la plaza del Trocadéro para dirigirse al camino que corre paralelo a la avenida Albert-de-Mun. La pregunta la había hecho el más alto de los tres. Aunque musculoso y delgado, caminaba encorvado y torcido, de una manera que parecía incoherente con su físico. Bajo su ropa de mercadillo de segunda mano se podían imaginar tobillos delicadamente cincelados y omóplatos afilados como aletas de tiburón. Y llevaba la ropa —la chaqueta de pana con coderas, los vaqueros cuya raya se perdía en bolsas informes por debajo de las rodillas, las sandalias de cuero— con el talento que Stendhal atribuye a veces a las damas al apearse de su carruaje. Se llamaba Théo. Tenía diecisiete años.

Su hermana Isabelle era hora y media más joven. Llevaba un sombrero acampanado y un boa de suave piel de zorro blanco que, cada cinco minutos más o menos, se echaba al hombro con la misma negligencia que si se tratara de la toalla de un boxeador.

Pero estaba tan lejos de ser una de esas jovencitas con cabeza de chorlito para quienes tales accesorios representan una manera de ir a la última como lo estaría un atleta que corriera al lado de otro, codo con codo, pero llevándole una vuelta de ventaja. Desde niña no se había puesto nada nuevo. Para ser

más exactos, nunca había abandonado el capricho infantil de engalanarse con los vestidos de su abuela. Había crecido con aquella ropa y la había hecho suya.

Las jovencitas con cabeza de chorlito se la quedaban mirando, preguntándose cómo lo conseguía. El secreto era que no utilizaba espejos. Isabelle decía con altivez: «Mirarse en un espejo es vulgar. Los espejos están para mirar a otros».

No era a su hermana, sino al joven que caminaba a su lado, a quien Théo había dirigido la pregunta. Aunque Matthew, con dieciocho años, era el de más edad de los tres, parecía el más joven. Tenía la ligereza de un peso pluma y no se había afeitado nunca. Con sus vaqueros bien planchados, su jersey mínimo y ceñido y sus playeras blancas, parecía caminar de puntillas sin hacerlo en realidad. Tenía las uñas en carne viva de tanto mordérselas y la costumbre obsesiva de golpearse la punta de la nariz con un dedo índice muy corto y cuadrado.

Hubo una vez un fauno que se acercó a un lago de montaña para beber, pero fue incapaz de hacerlo porque se volvía, una y otra vez, para asegurarse de que ninguna presencia hostil lo acechaba por los alrededores. Finalmente murió de sed. Matthew podría haber sido aquel fauno. Incluso en reposo, sus ojos miraban a izquierda y derecha, recelosos.

Norteamericano, aunque descendiente de inmigrantes italianos, procedía de San Diego. Era la primera vez que abandonaba su hogar. En París, donde estudiaba francés, se sentía tan torpe como un extraterrestre. Consideraba su amistad con Théo e Isabelle —una amistad que había madurado a la sombra blanca de la pantalla de la Cinémathèque— un privilegio que no se merecía y vivía con el temor de que, a la larga, sus amigos llegaran a la misma conclusión.

También le aterraba el hecho de que no había leído a fondo la letra pequeña de su relación. Olvidaba que la verdadera amistad es un contrato en el que no cabe la letra pequeña.

Un hombre solitario sólo piensa en la amistad, de la misma manera que un reprimido sólo piensa en el sexo. Si a Matthew le hubiera concedido un deseo su ángel de la guarda, habría solicitado una máquina, todavía por inventar, que permitiera a su poseedor saber dónde estaba cada uno de sus amigos en un momento determinado, qué era lo que hacía y con quién lo hacía. Pertenecía a la raza de los que merodean bajo la ventana de la amada de madrugada y se esfuerzan por descifrar las sombras fugaces que pasan por detrás de las persianas venecianas.

En su San Diego natal, antes de trasladarse a París, su mejor amigo había sido un jugador de fútbol americano, un joven bien parecido, de facciones simétricas estropeadas por una nariz rota. Aquel amigo suyo lo invitó una vez a pasar la noche en casa de sus padres. Su habitación se hallaba en completo desorden. La cama estaba cubierta de camisetas y calzoncillos sucios. De las paredes colgaban un póster de Bob Dylan y un banderín universitario. Un montón de juegos de mesa ocupaba un rincón. Del último cajón de una cómoda el amigo sacó un sobre grande de color beis cuyo contenido extendió sobre la alfombra: fotografías de textura lechosa, recortadas de revistas de moda y de deportes, que mostraban a jóvenes, en su mayoría de perfil, todos ellos en distintos grados de *déshabillé*. Matthew, turbado, creyó que su amigo le hacía una confesión y que, en consecuencia, se esperaba de él una confesión similar. De manera que reconoció lo que no había entendido acerca de sí mismo hasta aquel preciso instante: que también a él le excitaba la belleza masculina, los muchachos desnudos con pezones como estrellas.

A su mejor amigo le repugnó aquella revelación no solicitada. Sus padres le habían ofrecido una operación de cirugía estética como regalo por sus dieciocho años. Lo que Matthew había interpretado como imágenes eróticas eran una antología de narices. Con el corazón saliéndosele del pecho, Matthew regresó a su hogar a medianoche.

Decidió que nunca más caería en semejante trampa. Por fortuna, la puerta del armario del que había salido momentáneamente resultó ser giratoria. Como el jugador de fútbol no deseaba en absoluto revelar su propio secreto, no dijo una palabra sobre la indiscreción de su amigo.

Matthew empezó a masturbarse, una, en ocasiones dos veces al día. Para provocar el orgasmo evocaba imágenes de jóvenes zanquilargos. Luego, exactamente cuando la represa estaba a punto de rebosar, se obligaba a pensar en chicas. Aquella súbita inversión llegó a convertirse en hábito. Como un niño a quien se lee un cuento de hadas, sus orgasmos solitarios no aceptaban ya la más mínima desviación del guión establecido de antemano, y fracasaban ignominiosamente si por desgracia omitía el brusco giro en el momento culminante.

Hay fuego y fuego: el fuego que quema y el fuego que da calor, el fuego que incendia el bosque y el que hace dormir al gato. Lo mismo sucede con la autoestimulación. El miembro que en otro tiempo parecía una de las maravillas del universo pronto se hace tan casero como una zapatilla vieja. Matthew y él dejaron gradualmente de excitarse.

Para reavivar el deseo construyó un sistema fundado en la misma metedura de pata que había desbocado su corazón. Como buen católico, se confesaba todas las semanas en la iglesia británica de la avenida Hoche.

La confesión era su vicio. Declararse culpable de sus pequeñas miserias le excitaba más de lo que nunca antes le había excitado practicarlas. La humedad fría del confesionario conseguía casi siempre provocarle una erección. En cuanto al necesario frotamiento, lo provocaba la deliciosa turbación que sentía al tener que relatar el número de veces que «se había tocado».

Porque es más fácil acusarse en confesión de un asesinato que de masturbarse. Un asesino tiene garantizado que se le escuche con respeto. Para el sacerdote ese día adquiere sentido.

¿Amaba Matthew a Théo y a Isabelle? A decir verdad, se había enamorado de cierta faceta que compartían los dos por igual, de algo que tenían en común, aunque no fueran gemelos idénticos, de algo que aparecía de repente en un rostro, luego en el otro, y que dependía de una expresión o de un efecto de luz o del ángulo en que inclinaban la cabeza.

Como es lógico, nunca hablaba con ninguno de los dos de la avenida Hoche. Habría preferido morir antes que confesar que iba a confesarse.

—¿Has visto la de King?

—Sí, sí, creo que sí.

—¿Y bien?

—No la recuerdo como nada especial. Ni punto de comparación con la de Borzage.

Cuando Théo hablaba de «la de King», se refería a *El séptimo cielo*, un melodrama realizado en los años treinta por un director de Hollywood llamado Henry King. La misma historia había sido filmada antes por otro director, Frank Borzage, pero era la versión de King la que se disponían a ver. Durante el mes de marzo, la Cinémathèque programaba una retrospectiva de su obra.

Pero ¿por qué querían ver aquellos tres una película que, según Matthew, no era nada especial? Lo cierto es que les hubiera resultado tan impensable dejar de verla como al lector habitual de un periódico anular su suscripción por un ejemplar sin noticias de interés. No estaban allí para juzgar. Se

consideraban, más bien, amigos, o invitados, de la pantalla blanca, que se convertiría, durante noventa minutos más o menos, en algo semejante a una embajada, en parte del suelo americano.

Mientras recorrían juntos el camino hacia la Cinémathèque hablaban de su interés dominante, es decir, de cine.

La conversación de los «ratones» era indescriptible. Hasta Matthew, para quien semejantes términos en inglés estaban de ordinario reservados para Miguel Ángel, Shakespeare y Beethoven, sucumbía a la tentación cinéfila de calificar una película medio decente de sublime y cualquier otra un poco mejor de obra maestra. Había, sin embargo, algo no del todo convincente en cómo aquellas palabras salían de sus labios. Matthew no lograba descifrar si había que colocarlas entre las pinzas irónicas de las comillas, de la misma manera que alguien poco acostumbrado a comer fuera de casa vacila ante un despliegue excesivo de cuchillos y tenedores. No entendía que las palabras, como el dinero, están sujetas a una tasa de cambio fluctuante y que, en la Cinémathèque, lo sublime y la obra maestra se habían convertido desde hacía mucho tiempo en moneda sobrevalorada.

Sólo quienes tienen que traducir ideas de un idioma a otro serán sensibles a tales matices. Para Théo e Isabelle la discrepancia nunca se planteaba. De ahí que hubiera, a oídos de Matthew, algo realmente admirable en la facilidad con que sus amigos lanzaban de aquí para allá aquellos superlativos, haciéndolos tan ligeros como pelotas de bádminton.

Deslumbrado, tenía miedo de quedarse muy atrás, de que en comparación con el lirismo de los gemelos, su insípido entusiasmo les pareciera condenable por lo tibio de sus elogios. De manera que optaba por estar completamente de acuerdo con ellos. Decidió que su papel era estar de acuerdo.

Si a Isabelle le halagaba su actitud no lo demostraba lo más mínimo.

De hecho, Matthew se mostraba de acuerdo con la última observación de Isabelle mientras se acercaban a la entrada de la Cinémathèque.

—Mi pequeño Matthew —le respondió Isabelle de inmediato en tono cortante—, cuando dos personas están de acuerdo, una de ellas sobra.

A Matthew se le nubló la cara, aunque no ignoraba que tendría que seguir estando de acuerdo con Isabelle. Era como el jugador que prefiere perder el balón con el equipo que gana a marcar un gol con los que pierden.

—Nunca lo había pensado —respondió, impotente—, pero tienes razón, desde luego.

Isabelle se lo quedó mirando.

—Dios del cielo, eres incurable.

—Deja de pincharlo —la reprendió Théo—. ¿No ves lo mal que lo pasa?

—Tonterías. Le encanta. Recibe el castigo con glotonería; no, como un *gourmet*.

Matthew se quedó mirando a aquella terrible jovencita a la que amaba a su manera.

—Me desprecias, lo sé —dijo.

—*Au contraire* —replicó ella—. Me pareces tremendamente encantador. Nos lo pareces a los dos. Eres de verdad la persona más encantadora que conocemos. ¿No es cieno, Théo?

—No le hagas caso —dijo Théo—. Es una arpía. Respira ella sola todo el aire que tiene alrededor.

Acababan de llegar al jardín de la Cinémathèque.

A primera vista, la escena con la que se enfrentaban era idéntica a la que se repetía allí noche tras noche a la misma hora. Pero sólo a primera vista. Algo había cambiado. Los «ratones» no hablaban de cine.

Aprensivo, Théo se adelantó a los otros hasta llegar a las puertas de la Cinémathèque. Estaban cerradas a cal y canto. De ambos lados del candado colgaba, en medio círculo, una gruesa cadena de acero que le recordó las ostentosas leontinas que, en las películas soviéticas de propaganda, lucían los capitalistas, siempre gordos. En el centro estaba colgada, torcida, una cartulina escrita a mano que decía «*Fermé*».

Théo bajó las escaleras de dos en dos y echó una ojeada a través de los barrotes. Dentro, el vestíbulo estaba a oscuras. No había nadie en la taquilla. En el suelo, sin barrer, se veían por todas partes trozos de entradas. Las cámaras oscuras y las linternas mágicas, con sus gaviotas de papel, sus atletas desnudos y sus Amazonas condenadas a saltar eternamente a través de una sucesión de diminutos aros de metal, permanecían imperturbables.

Théo miró como debió de hacerlo Newton en el momento en que cayó la manzana, o en el que se le hizo la luz en el cerebro. Un drogadicto al que se le negara su dosis diaria no habría tenido una expresión más espantable en el rostro.

—*Salut*.

Théo se volvió bruscamente.

Era Jacques, uno de los más fanáticos de los «ratones», que poseía los peculiares rasgos de un galgo disoluto. Con el largo chaquetón de ante lleno de manchas, la abultada bolsa que le colgaba del hombro, las botas embarradas, el rostro blanco de cocaína y el pelo horriblemente enmarañado, parecía un espantapájaros al que hubieran asustado unos cuervos.

—*Salut*, Jacques.

—Escucha, Théo, ¿podrías...?

Théo, sabedor de que Jacques iba a pedirle unos francos, lo interrumpió.

Aunque se trataba de un ritual conocido, Jacques no era un pedigüño ordinario. Siempre solicitaba «una ayuda para el montaje de mi película». Aunque nadie la había visto, cosas más extrañas habían sucedido y se habían conseguido obras maestras con menos dinero del que Jacques debía de haber gorroneado a sus amigos cinéfilos a lo largo de los años.

Últimamente los sablazos le resultaban más difíciles. Uno de los «ratones», como sabía que de manera habitual Jacques rebuscaba en los cubos de basura de la plaza del Trocadéro, había comprado en Pigalle una revista pornográfica y había dibujado, en la más lasciva de las fotografías, un globo de tira cómica sobre los genitales abiertos de la modelo, y dentro había escrito «*bonjour, Jacques*» en letra de trazos delgados e inseguros. A las seis y media, de camino a la Cinémathèque, el «ratón» lo había colocado donde tenía la seguridad de que Jacques se lo apropiaría al abandonar el lugar a medianoche, después de la última proyección.

Desde aquel incidente, que salió a pedir de boca, Jacques se había exilado de la primera fila y apenas intercambiaba una sola palabra con sus antiguos amigos. Théo sabía perfectamente que era el único a quien seguía pidiendo dinero, pero conservaba cierto afecto por aquel ser lastimoso al que había conocido en tiempos mejores.

Isabelle, por su parte, no quería saber nada de él. Insistía en que estaba sucio y olía mal.

—Si la mierda cagara —le decía a Théo—, olería exactamente como ese amigo tuyo.

Las noticias de Jacques eran terribles. Habían echado a Langlois. Henri Langlois, el creador y director de la Cinémathèque, a quien Cocteau llamara

en una ocasión «el dragón que guarda nuestro tesoro», había sido cesado por Malraux, ministro de Cultura del general De Gaulle.

—¿Qué quieres decir con que lo han echado?

—Es todo lo que sé —replicó Jacques, que todavía buscaba la manera de pedir dinero prestado a su amigo—. Se ha ido, y la Cinémathèque está cerrada hasta nueva orden. Pero, escucha, Théo...

—¿Por qué iba a hacer Malraux una cosa así? No tiene sentido.

—Bah, lo de siempre. El caos, el desorden, la megalomanía.

Théo ya había oído antes todo aquello. Se decía de Langlois que tenía cajas de películas en la bañera, que había extraviado clásicos irremplazables; pero también que, durante la guerra, en lugar de paracaidistas, como otros, había rescatado copias de películas.

Era un director excéntrico. Su idea de guardar el tesoro era darlo a conocer. Le gustaba enseñar las películas. Creía que era bueno pasarlas por el proyector. En eso se diferenciaba del tipo de archivero que cree que la proyección perjudica al film, lo que no es muy diferente de decir que sonreír es perjudicial para el rostro.

Sin embargo es totalmente cierto: la proyección, como el sonreír, produce arrugas. Los enemigos de Langlois lo acusaban de dilapidar el patrimonio de la nación. Las películas, decían, ya no se guardan en bañeras.

Théo, que nunca leía los periódicos, quería ahora comprar uno con urgencia. Detalles, necesitaba detalles. Se sacó maquinalmente un puñado de monedas del bolsillo y se las puso a Jacques en la mano sin examinarlas antes. Al pensar en la noticia que acababa de recibir, casi podía imaginar que estaba pagando a un confidente.

Isabelle no perdió la calma ante el giro que tomaban los acontecimientos.

—No me lo creo —afirmó con convicción de clarividente—. Tiene que haber un error. A Langlois lo han reñido por alguna infracción sin importancia. La Cinémathèque estará abierta mañana. Quizá esta noche a última hora.

Actuaba como quien oye un disparo y se tranquiliza diciéndose que es el escape de un automóvil.

—Escucha, Isa —dijo su hermano—. Quítate ese horroroso zorro muerto de los oídos y escucha por una vez. Te estoy contando lo que me ha dicho Jacques.

—¿Qué sabe Jacques?

—La noticia viene de Víctor Peplum. —Víctor Peplum era otro de los «ratones», así bautizado por su devoción por las películas italianas de romanos de bajo presupuesto, de las que presentan a musculosos Macistes y Hércules en el proceso de contraer obscenos bíceps bajo primorosas togas—, y Peplum se ha enterado por uno de los acomodadores.

—Ya verás como tengo razón —dijo Isabelle, golpeándose un lado de la nariz con el dedo índice.

Mientras tanto los cinéfilos se habían dispersado para beber *menthes a l'eau* en alguno de los cafés que bordeaban la plaza del Trocadéro. En el jardín la luz se había suavizado, igualándose, sin un asomo de brisa que perturbara su brillo uniformemente distribuido. Envueltos en aquella media luz —a su vez barrida a intervalos regulares por otra más concentrada, proveniente de la Orilla Izquierda del Sena: el cono luminoso que se balanceaba como un giróscopo en lo alto de la Torre Eiffel— los arbustos habían empezado a producir alas imprecisas, como de murciélago.

Cerca de la entrada de la Cinémathèque una pareja muy joven, incongruentemente bronceada, los dos vestidos con abrigos grises de tela gruesa y boinas escocesas de lana, se abrazaba en un banco. Imagínense hermanos siameses unidos por los labios. Indiferentes al mundo que, según afirma la tradición popular, hacían girar, reajustaban repetidamente el ángulo del cuello, los hombros, los brazos, como acróbatas que se preparasen para un triple salto mortal. Sus manifestaciones amorosas eran tan primitivas y espontáneas que un antropólogo las podría haber confundido con algún rito tribal de paso: la danza nupcial de dos aborígenes.

Matthew se estremeció. La tez luminosa de los amantes hizo que se sintiera descolorido.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Primero comerían, en la explanada del Trocadéro, los sándwiches que habían traído para la velada.

En la pendiente que desciende desde la explanada misma hasta la orilla del Sena alguien había colocado, a distancia uniforme, una hilera de botellas de coca-cola entre las que, a velocidades terroríficas, hacían eslalon los patinadores, encorvando el cuerpo como si fuera un cascanueces y deteniéndose antes de caer de cabeza al río mediante el arabesco de un derrape en el último segundo. Con un chaleco azul muy fino y pantalones vaqueros cortados por encima de la rodilla, un altísimo y esbelto limpiabotas negro, con una piel bien bruñida que era el mejor anuncio de su oficio,

después de dejar a un lado su caja de utensilios, se había puesto un par de patines y había empezado a deslizarse majestuosamente en círculo, muy erguido, los brazos alzados hasta la horizontal a ambos lados del cuerpo, muy hermoso, en la postura de un Jesucristo negro crucificado. Un vello sedoso y brillante brotaba de las axilas de la Cruz.

Los amigos encontraron un sitio protegido que dominaba la escena, se sentaron allí y balancearon las piernas en el aire mientras se comían los sándwiches.

Fue Isabelle quien habló. De la misma manera que los monjes trapenses hacen voto de silencio, Isabelle había hecho voto de conversación, y empezó a comentar el espectáculo que se extendía a sus pies. Jugaba a ser Dios.

Mirando con insolencia a una adolescente de piel aceitunada, ojos como canicas marrones y una sombra de bigote, dijo:

—Vamos a ver: penséis lo que penséis de ella, y concedo que no les guste a todos, no me imagino a Dios creando el mundo sin incluir al menos un ejemplar de ese tipo, ¿no?

O, de un jovencito soñador, rubio y con gafas de montura transparente que suavizaban quizá una mirada demasiado penetrante:

—Le habría dado unos pómulos más delicados, quiero decir, si fuese Dios, pero, de todos modos, el efecto de conjunto no está mal, pero que nada mal.

O también, de una sorprendente pareja que paseaba cerca de las fuentes, dos hermanos albinos y en apariencia ciegos, gemelos idénticos, cumplidos los treinta, ambos vestidos exactamente igual, los dos provistos de un bastón blanco con el que golpeaban el suelo al unísono, izquierda, derecha, izquierda, derecha, tan conjuntados como miembros de una guardia:

—¡Vaya! ¡He de reconocer que nunca había pensado en eso!

Empezó a llover. Isabelle, que no soportaba «que el clima la tocara», insistió en utilizar el metro, aunque sus dos acompañantes habrían preferido recorrer los muelles del Sena.

Al salir del metro en la plaza del Odéon, Matthew dejó a sus amigos y regresó solo hasta la habitación de su hotel en el Barrio Latino, un inmueble

rodeado de florecientes tiendas de pantalones vaqueros, minúsculos cines de arte y ensayo que prosperaban con una dieta espartana de Bergman y Antonioni, y charcuterías tunecinas donde, por un par de francos, te vendían un kebab de cordero o de carnero y un pegajoso dulce con relleno de miel apelmazada o sabor a limón. La banda sonora del patio era de película neorrealista italiana: música de baile, llantinas de bebés, las notas del *Para Elisa* en un piano desafinado.

El sueño es un espíritu que, como la mayoría de los espíritus, llega a depender de la escenificación de la sesión de espiritismo: las lámparas cubiertas, las cortinas echadas, la paciencia y el silencio. Depende también de la credulidad del durmiente, de su buena disposición para creer que, al cabo de unos minutos, si pone la casa en orden antes de marcharse, caerá en un trance autoprovocado. Sólo entonces consiente ese espíritu en desprender el ectoplasma opaco y terrible de los sueños.

Matthew desconfiaba de las ocultas tentaciones del dormir. Aquella noche, sin embargo, soñó. Su sueño se confundió con un recuerdo, el recuerdo de estar en Londres, el año anterior, de camino hacia la Galería Nacional.

Se encontraba en una isla peatonal de Trafalgar Square. En la acera de enfrente, delante de la pinacoteca, un muchacho (¿americano?, ¿alemán?, ¿sueco?) de un atractivo físico incomparable esperaba para cruzar. A Matthew se le llenaron los ojos de lágrimas, la clase de lágrimas que sólo provoca una manifestación de belleza del todo extraordinaria y que, como líquidos incompatibles dentro de un tubo de ensayo, nunca se mezclan con otros menos densos. Matthew no tenía ni la más remota sospecha de lo que se le venía encima. Porque sólo cuando el joven empezó a cruzar la calle, vio la descoordinación de sus extremidades. Atacado por una dolencia neurológica, caminaba como un payaso de astracanada, y lanzaba absurdamente las rodillas hacia fuera al avanzar.

Las dos especies de lágrimas incompatibles se mezclaron de repente en los ojos de Matthew. Sacudido por la compasión hacia aquel monstruo deslumbrante, quiso dar un paso adelante, sujetarlo por los hombros, besarle en la frente y ordenarle que caminara erguido. Hecho lo cual, desaparecería entre la multitud sin ser visto, mientras muchas personas, atónitas ante el milagro, se ponían de rodillas en oración. Dicho de otra manera, Matthew

tenía complejo de Jesucristo, una categoría psíquica sin codificar pero no por ello inexistente.

Hasta ahí el recuerdo. Después era el sueño el que mandaba.

En él, Matthew se apresuraba a defender al muchacho contra los transeúntes que se burlaban de él. Exclamaba: «¡Pero el corazón lo tiene en su sitio!»; lo cual sólo servía para que los viandantes gritaran: «¡No, no lo tiene en su sitio! ¡Nada de eso!». Luego veía que el muchacho estaba subido en lo más alto de la columna de Nelson, y blandía la pantalla de la Cinémathèque como si fuera una gran bandera amarilla de cuarentena. Matthew ascendía por la columna que se balanceaba. Desde el suelo, a mucha distancia, la multitud lo apedreaba, incitados por Théo e Isabelle, los rostros deformados por la rabia. Matthew coronaba su escalada. En rápida sucesión, el joven se convertía en Nelson, en Napoleón, para volver a ser él. Sobre la pantalla aparecía entonces la marca de las películas Paramount: una montaña nevada rodeada por una tiara de estrellas. Luego se oyó un disparo, lo que provocó que Matthew y el muchacho ascendieran juntos al cielo en un prolongado fundido, aureolados por las estrellas de la Paramount, como la Virgen y el Niño de Zurbarán.

Se oyó un segundo disparo. Era el teléfono. Matthew consultó el reloj de la mesilla de noche. No había dormido más de siete minutos. Théo llamaba para decir que, después de despedirse en la plaza del Odéon, se había acordado de comprar *Le Monde*.

El asunto Langlois ocupaba toda la primera plana.

Los tres jóvenes estaban tan concentrados en la pantalla de la Cinémathèque, que habían permanecido completamente ajenos a lo que sucedía detrás. El golpe de Estado se había preparado con la profesionalidad de una incursión de comandos. El cierre de aquella tarde sólo había sido el golpe de gracia, provocado por montones de telegramas de directores de todo el mundo que habían donado copias de sus películas a Langlois y que se negaban a autorizar cualquier proyección si Henri abandonaba la Cinémathèque.

De toda aquella andanada Matthew se quedó sólo con un dato, que procedió a formular como un teorema lógico. La Cinémathèque había cerrado sus puertas. Era en la Cinémathèque, y sólo en la Cinémathèque, donde se trataba con Théo e Isabelle. Iba, en consecuencia, a dejar de verlos.

La sombra que arrojaba el teléfono contra la pared tomó la forma de un revólver contra su cabeza.

—¿Quiere eso decir que no os veré mañana?

Se produjo un silencio al otro lado de la línea.

—Quieres decir ¿ir a Chaillot de todos modos?

—No, me refería...

Matthew siempre se había dejado llevar por los acontecimientos. Se contentaba con permitirles que lo llevaran en volandas, como el final de cierta película, ridícula pero conmovedora, que habían visto juntos en la Cinémathèque, donde Edith Piaf ascendía al cielo en el funicular de Montmartre mientras la palabra *Fin* se acercaba velozmente hasta el primer plano de la pantalla como la luz al final de un túnel. En todo lo relativo a elegir la película que ver, el restaurante donde comer o la decisión que tomar, siempre les había dejado la iniciativa a los hermanos. Ahora, por vez primera en su relación, iba a hacerle una propuesta a Théo.

—¿No podríamos vernos por la tarde? ¿Quizá para tomar algo?

El teléfono como ojo de la cerradura. El oído, espía de la voz. Théo, a quien nunca se le había ocurrido que pudiera verse con Matthew en otro sitio que en la Cinémathèque, se dio cuenta de que había captado una ligera señal de angustia.

—Bueno... —respondió, dudoso—. Tendría que faltar a una clase. Pero... de acuerdo. En la Rhumerie a las tres. ¿Sabes dónde está?

Su tono era el de alguien que da órdenes sin pararse a pensar si serán obedecidas, de alguien que hace esperar a la gente, sabedor de que esperará.

—¿La Rhumerie? ¿Boulevard Saint-Germain?

—A las tres allí. *Ciao*.

La comunicación se interrumpió. Matthew se subió la colcha hasta la barbilla y cerró los ojos. Su amistad con Théo e Isabelle era un ejercicio en la cuerda floja. En aquella ocasión había llegado sano y salvo al otro lado.

En la calle oyó el gemido nada melodioso de un coche patrulla.

La espera. Matthew esperaba. Llevaba desde las tres menos diez en uno de los asientos de mimbre de la terraza cerrada, de color pardo, de la

Rhumerie, tomándose con toda la calma del mundo un ponche caliente. Eran las tres y cuarto. Al menos eso decían las agujas del reloj situado al otro lado del bulevar. Matthew, que tenía muñecas finas, frágiles y cuadradas, nunca llevaba reloj de pulsera: la hebilla y la correa le apretaban las venas y le hacían sentirse tan mareado como si un médico le tomara el pulso sin interrupción. De manera que estaba obligado a fiarse de los relojes de la calle. Y se quedaba tan convencido de que el primero que encontraba le daba la hora correcta que, incluso aunque todos los relojes posteriores contradijeran aquella información, seguía dándola por buena.

La espera. Para la persona que aguarda, la paradoja de Zenón, que niega la conclusión de cualquier movimiento, tiene más de experiencia vivida que de paradoja. Matthew vivía la paradoja. Para que Théo abandonara el piso de sus padres en la calle del Odéon y recorriera la corta distancia hasta la Rhumerie (se dijo), tendría primero que llegar al bulevar Saint-Germain. Pero, antes de llegar al bulevar, debería cruzar la plaza del Odéon y, antes, recorrer la calle del Odéon y, todavía antes, bajarse de la acera..., y así sucesivamente, hasta el momento en que aún seguiría, paralizado, en el umbral de su dormitorio, con un brazo metido a medias en la manga de la chaqueta.

Mientras esperaba, Matthew se fijó en un grupo de jóvenes americanos de ambos sexos que pasaban por delante del café, encorvados bajo el peso de las mochilas. Con sus chales y sus caftanes, mocasines, gafas de colores, guitarras, cantimploras de cuero y niños desconcertados a remolque, sabían sin duda que debían reunirse en el cruce del bulevar Saint-Germain con el de Saint-Michel. Era su reserva. Allí aspiraban felices el humo de sus porros de marihuana, que se pasaban como si fueran la pipa de la paz. Y era tan difícil imaginarlos en cualquier otro *quartier* que uno estaba tentado de creer que sus aviones chárter aterrizaban directamente en la plaza Saint-Michel, rodando hasta detenerse entre la fuente y los revendedores árabes, que distribuían hachís desde un bolsillo y billetes de metro con descuento desde el otro.

Ya eran las tres y veinte. Según un proverbio chino, cuando haces esperar a alguien le das tiempo para que revise tus defectos. Lo típico de Matthew era, por el contrario, repasar los suyos. Porque, pensaba, eran sus defectos, más que los de Théo, lo que impedía a este último llegar a tiempo a la cita. Isabelle lo aplastaba sin remedio. Cuando estaba con ella, siempre se acordaba demasiado tarde de lo que tenía que haber dicho. Mientras que la superioridad de Théo no era de la clase que le hacía sentirse insignificante.

Aunque aquello sólo era verdad a medias. Había momentos, desde luego, en los que Théo y él hablaban como iguales, y Matthew se permitía incurrir

en las conversaciones delirantes de los cinéfilos con menos inhibiciones que cuando Isabelle estaba presente. Pero incluso en esos casos, una Isabelle espectral, tan incorpórea que llegaba casi a ser invisible, tomaba posesión de su hermano, como en uno de esos montajes fotográficos en los que dos perfiles se superponen para producir un tercer rostro, tercer rostro que se veía en su totalidad, y era el de un perfecto desconocido.

Matthew amaba a aquel desconocido. Pero su amor lo debilitaba. Se descubría tartamudeando como un tímido mozuelo en alguna farsa pueblerina. La frase más sencilla se convertía en un trabalenguas.

Aún seguía esperando. La euforia sentida la víspera al colgar el teléfono se había esfumado. Estaba otra vez en la cuerda floja, extendida sobre un nuevo abismo. Eran casi las tres y veinticinco.

En la acera, delante de la Rhumerie, un músico callejero, un joven violinista marroquí, tocaba, más o menos hábilmente, la balada de «Vilja», de *La viuda alegre*. Matthew se dedicó a estudiarlo. De cuando en cuando, siempre que concluía una frase de la melodía, la recuperaba en el último instante con un golpe de arco, envolviéndola con su violín como si fuera una de esas tiras de caramelo blando que cuelgan en las verbenas de los pueblos.

Aunque sonreía mientras tocaba, hacía que otros se sintieran melancólicos sólo por pensar en él. Llevaba en su interior el germen de la melancolía como otro puede ser portador de una enfermedad infecciosa, que transmite a los demás sin saberlo ni contraería él.

Aquél era uno de los momentos en los que Matthew estaba más indefenso ante la infección. Se veía como protagonista de un tipo de película que detestaba, un marginado lleno de sensibilidad que se abre paso en solitario por bulevares resplandecientes, iluminados por luces de neón, entre multitudes alegres y bulliciosas que avanzan en dirección contraria. La música de fondo sería interpretada exclusivamente por músicos callejeros, todos ellos a cual más auténtico, reclutados por el director en persona en lo que habría sido una expedición, ampliamente promocionada, por las calles, plazas, parques y pasillos de metro de la ciudad a la caza de talentos. Y el tema musical —«Vilja», precisamente— se transmitiría de instrumento en instrumento, de músico callejero en músico callejero, desde la vieja bruja chalada del Flore, cuya sonrisa era tan amplia y arrugada como su acordeón, al ciego arpista

judío cuyo territorio era la plaza Monge, como si persiguiera al protagonista por todo París.

Eran las tres y media cuando Théo se presentó por fin, caminando sin prisa por el bulevar. Y no venía solo. Una Isabelle aburrida había decidido acompañarlo. Llevaba un «trajecito» de preguerra firmado por Chanel que, con notable exceso de puños y botones, era al menos dos tallas más pequeño que ella. Dado que Théo vestía su acostumbrada chaqueta de pana, pantalones de lo mismo y sandalias, los dos alegraron a Matthew al causar sensación entre las matronas de clase media con sus fulares Hermés y su inextinguible reserva de historias de horror farmacéuticas que, junto con algún solitario y lacónico lector de *Le Monde* o de *Le Nouvel Observateur*, componían la clientela de la Rhumerie.

Ni Théo ni Isabelle se disculparon por llegar con media hora de retraso, puesto que no se les había pasado por la imaginación que Matthew pudiera haberse marchado. Théo echó una ojeada al menú, e Isabelle, apoderándose de un libro de bolsillo que Matthew había dejado sobre la mesa, empezó a pasar rápidamente las páginas.

—¿Lees a Salinger en italiano? *Molto chic*.

—Me dijeron que una buena manera de aprender un idioma era leer traducciones de libros que ya te sabías de memoria.

—Qué interesante.

Pero Isabelle no estaba en absoluto interesada. Acababa de descubrir una nueva expresión y la saboreaba con deleite. De ahora en adelante todo lo que antes había sido sublime —una película, un vestido de Worth, un biombo Coromandel— pasaría a ser *molto chic*. Como a los devotos de la columna que el *Reader's Digest* consagra a mejorar el propio vocabulario, que vinculan su reputación de conversadores al número de veces que, en un solo día, encuentran sitio para palabras como *plétora*, *extemporáneo* y *decadentismo*, dejándolas caer como otros presumen de conocer a personas importantes, a Isabelle no le gustaba dejar pasar ninguna frase divertida si le había llamado la atención.

Podía ser una cita. Por ejemplo, la de Napoleón: «La gente está dispuesta a creer cualquier cosa con tal de que no esté en la Biblia», comentario que, pese a no ser cristiana, todo lo contrario, le gustaba citar tanto si venía a cuento como si no.

O bien podía tratarse de un caprichoso nombre de mascota que quedaba ya para siempre incorporado a un objeto. A sus cigarrillos, que eran rusos, de color malva y parecían lápices de labios, los había rebautizado «rasputines». Y si uno de ellos seguía consumiéndose después de varios intentos de apagarlo, decía con una sonrisa tonta, como improvisando: «¡Sencillamente se niega a morir! ¡Es un rasputín!».

Théo y Matthew, por su parte, habían decidido que tomarían el metro hasta Trocadéro a las seis, como si nada hubiera sucedido. Aún existía la posibilidad, por remota que fuera, de que la situación hubiera vuelto a la normalidad. Tenían la esperanza de sorprender al destino.

Ante ellos se extendía una tarde fresca y nublada.

—Podríamos ir al cine —dijo Matthew.

—No hay nada que ver —respondió Théo. Después de retirar con aire taciturno la sombrilla de papel rosa que protegía su helado de los rayos de un sol imaginario y de empujar arriba y abajo su diminuta bóveda palmeada, abriéndola y cerrándola, se sacó del bolsillo de la chaqueta un ejemplar manchado de tinta de *L'Officiel des Spectacles* y lo arrojó en dirección a Matthew.

—Puedes comprobarlo tú mismo.

Era costumbre de Théo, los miércoles por la mañana, cuando se ponía a la venta la revista, garabatear una estrella junto al título de las películas que ya había visto. En todas las páginas, como descubrió en seguida Matthew, había un suceso casi ininterrumpido de estrellas.

—En todo caso —prosiguió Théo—, tendríamos que ir a la sesión de las cuatro y eso significa que llegaríamos tarde a la Cinémathèque.

La voz burlona de Isabelle los interrumpió.

—Estás loco.

Théo se puso colorado.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿No te das cuenta de que te pones en ridículo? ¿De que os ponéis los dos? La Cinémathèque está cerrada. Ce-rra-da. Ir a Chaillot hoy es una pérdida de tiempo y los dos lo sabéis. Si no fuerais tan cobardes, compraríais un periódico y os ahorraríais el precio del billete de metro.

—En primer lugar —fue la respuesta de su hermano—, un periódico cuesta más que un billete de metro. En segundo, fuiste tú la que juraste que, a más tardar, Langlois sería repuesto hoy. Y en tercero, nadie, que yo sepa, te

ha invitado a venir con nosotros, de la misma manera que nadie te invitó a salir conmigo de casa.

Aplacado su enfado con Isabelle gracias a la abundancia, la fuerza y la inesperada circularidad de sus argumentos, Théo guardó de nuevo silencio y empezó a jugar una vez más con la sombrilla.

Isabelle aumentó la presión.

—No, no, claro que voy a ir. Aunque sólo sea para verte la cara cuando te la encuentres cerrada. Qué espectáculo el de anoche. Parecía que ibas a echarte a llorar. ¿No te dio asco, Matthew? ¿No te avergonzaste de que te vieran con él? ¿Has conocido alguna vez a alguien más abyecto? Siento decirlo, pero mi hermano es tan patético como los demás. Como Peplum. Como Jacques. Un fracasado nato.

Matthew no se atrevió a intervenir. Nunca se sentía tan intruso como durante aquellas escenas. Su silencio era el del niño en pijama que, a medianoche, escucha junto a la puerta cerrada del dormitorio cómo sus padres intercambian insultos irreparables.

Théo no había dicho nada durante la invectiva de Isabelle. Pero tiró con tanta fuerza de la palanca del quitasol que terminó por volverlo del revés, como un paraguas en un día ventoso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó por fin—. ¿Crees que no debemos ir a la Cinémathèque?

—Por supuesto que vamos a la Cinémathèque —replicó Isabelle—. Nadie se ha planteado nunca no ir. Lo que no soporto es veros a los dos babeando sobre el *Officiel* exactamente igual que vuestros horrorosos compinches.

—Entonces, ¿qué es lo que propones?

—¿Qué propongo? —respondió ella, haciendo su famosa imitación de Peter Lorre. Para ello se inclinó hacia delante y habló en un susurro casi inaudible, exactamente como en esas secuencias que terminan con un fundido en el momento exacto en que el jefe de los conspiradores está a punto de revelar su plan para obligar al mundo a pagar un rescate astronómico.

Lo que Isabelle proponía era lo siguiente. En el tiempo libre que Théo lograba rescatar de la asistencia a clases y a la Cinémathèque, se dedicaba a inventariar sus películas favoritas en carpetas de anillas que compraba en Gibert Jeune y que, cuando se llenaban, archivaba por orden rigurosamente cronológico. En una de aquellas carpetas tenía recogidas sus cien películas favoritas de todos los tiempos; en otra, los cien mejores filmes de cada año.

Las venía confeccionando desde niño, pero había una película hacia la que mantenía una lealtad inalterable, *Banda aparte*, de Godard, en una de cuyas escenas los tres personajes principales corren por los salones y los pasillos del Louvre en un intento de batir el récord —nueve minutos y cuarenta y cinco segundos—, tiempo mínimo para ver, o echar un vistazo, a la colección de tesoros del museo. La propuesta de Isabelle era que intentaran repetir la hazaña.

A Théo le encantó la idea. Sería un gesto de resistencia, un acto de desafío contra el cierre de la Cinémathèque. Si allí no se podía ver películas, muy bien, estupendamente, las llevarían a las calles. Incluso al Louvre. Riendo tontamente como niños que se embarcan en una travesura, Isabelle y Théo arrancaron una esquina del mantel de papel de la mesa a la que estaban sentados y prepararon el mejor itinerario.

Matthew aconsejó prudencia en vano. Le preocupaba que él, como extranjero, corría el riesgo de encontrarse en una situación muy incómoda si los detenían. Se veía ya devuelto a su casa de San Diego, avergonzado, abandonados sus estudios, su futuro comprometido. Para él el cine era bello porque limitaba su poder insidioso al rectángulo mágico de la pantalla blanca. Matthew era como una de esas personas que visitan las verbenas como espectadores divertidos pero pasivos, siempre con el temor secreto a que llegue el momento en que sus compañeros más bulliciosos los obliguen a montarse en la montaña rusa.

Pero Théo e Isabelle se habían aliado contra él. Como cualquier pareja, unida de la manera que sea, formaban un águila de dos cabezas, que tan pronto se sacaban los ojos como se frotaban afectuosamente el pico. Dos contra uno —o, más bien, dos contra el mundo—, los hermanos barrieron sus objeciones.

—¿Es que no lo veis? —dijo Matthew—. Si nos pillan, me deportarán.

—No te preocupes, hombrecito —replicó Isabelle—, no nos van a coger.

—Eso no lo sabes.

Isabelle tenía respuesta para todo.

—No los pillaron en *Banda aparte* y, si batimos su récord, tampoco nos atraparán a nosotros. Pura lógica.

—Escucha, Isabelle, es una idea divertida y de verdad quiero...

—Matthew —dijo Isabelle, mirándolo directamente a los ojos—, esto es una prueba. ¿Vas a pasarla o vas a fracasar? —y, antes de que pudiera replicar, añadió—: Ten cuidado. Mucho depende de cómo respondas.

En la plaza de Saint-Germain-des-Prés actuaba un tragasables delante del café de Flore. Al otro lado de la plaza, esperando la vez para entrar en escena, un gitano joven, vestido con un mugriento traje de Arlequín, muy alto sobre unos zancos, se apoyaba contra la verja de la iglesia. Cuando pasaron junto a él, cruzó los zancos tan despreocupadamente como si cruzara las piernas.

Demasiado desmoralizado para volver a protestar, Matthew siguió a sus amigos primero por la Rue Bonaparte y luego por la Rue des Beaux-Arts. A su derecha, mientras se acercaban al Quai Voltaire, quedaba la bailarina de Degas con su tutú de metal oxidado; a su izquierda, directamente enfrente, una estatua de Voltaire observaba sus progresos con ojos de piedra llenos de arrugas.

Dos corazones tan ligeros como el corcho, uno tan pesado como el plomo, siguieron por la orilla del Sena y cruzaron el río por el puente del Carrusel. Mientras lo recorrían, un *bateau-mouche*, deslizándose por debajo, las cubiertas superior e inferior tan alegremente iluminadas como las de un transatlántico en miniatura, desapareció por un lado y reapareció, mágicamente intacto, por el otro.

A lo lejos, sólo un poco más allá de la cuidada simetría de los jardines del Louvre, se alzaba una estatua ecuestre, la de Juana de Arco, su cota de malla brillante bajo el sol. Matthew descubrió de pronto que se había puesto a pensar en sus restos carbonizados al llegarle a las ventanas de la nariz el olor acre de un cohete ya quemado.

De repente, sin previo aviso, Théo e Isabelle cambiaron de velocidad y echaron a correr. Se estaban preparando para el plato fuerte.

Alcanzaron el Louvre ligeramente sin aliento.

—¡Ahora! —gritó Théo.

¡Doblaron esquinas con una pierna en el aire como Charlie Chaplin! ¡Lograron que los vigilantes que seesteaban se despertaran con resoplidos sobresaltados! ¡Dispersaron grupos de turistas que iban en visitas guiadas! ¡Obras maestras relampaguearon a su paso! ¡Vírgenes solas o con el Niño! ¡Crucifixiones! ¡San Antonios y San Jerónimos! ¡Fra Angélicos envueltos en panes de oro como bombones de licor! ¡Putti impertinentes, de narices chatas, que ahuecaban nubes como almohadas y se peleaban como en un dormitorio de internado al apagarse las luces! ¡La *Mona Lisa*! ¡La *Victoria de*

Samotracia! ¡La *Venus de Milo*, a quien le rompieron los brazos al pasar a toda velocidad, Isabelle delante de Théo, con Matthew, que, después de un comienzo más lento, avanzaba decidido por el interior! ¡Autorretratos de Rembrandt! ¡Frailes del Greco! ¡La *balsa de la Medusa*! Luego, ya en la recta final, a la par, los tres juntos, ¡para una *foto-finish* delante de esas damas semejantes a centauros de *La Grande Jatte*, que se refugian del puntillismo bajo sus adornados parasoles!

No tropezaron ni una sola vez, no perdieron el equilibrio ni cayeron en brazos de ningún vigilante. Mostraron tanta propensión al milagro como de otros se dice que son propensos a los accidentes. ¡Y mejoraron el récord en quince segundos!

Salieron del Louvre de tres en fondo y no pararon de correr hasta que dejaron atrás los jardines y llegaron al muelle, doblados, apretándose el costado, jadeantes.

La euforia de haberse dejado ir hizo resplandecer los ojos de Isabelle. Con las dos manos agarró a Matthew del cuello.

—¡Ah, Matthew, mi pequeño Matthew, has estado maravilloso! ¡Sencillamente maravilloso! —y lo besó suavemente en la boca.

Théo, por su parte, había sospechado que Matthew se asustaría, que en el último minuto lo atraparían, petrificado por el miedo, en el punto de partida. Encantado de que hubiera superado la prueba, de que no se hubiese desacreditado a ojos de Isabelle, le ofreció fraternalmente la mano.

Matthew, sin embargo, se le adelantó. Quizá porque estaba aún embriagado por las inestables energías animales que la carrera había liberado en él, o quizá, también, porque captó que disponía de una oportunidad que tardaría en repetirse, se puso de puntillas y, de manera impulsiva, besó a Théo.

Su amigo retrocedió. Parecía que estaba a punto de sonrojarse, de decir algo irreparable. Pero se vio interrumpido por Isabelle, que empezó a murmurar en voz baja:

—Uno de los nuestros... Uno de los nuestros...

Su hermano reconoció al instante la alusión. Con una sonrisa, se incorporó a la cantinela:

—¡Uno de los nuestros! ¡Uno de los nuestros!

¿Quién, después de haberlo oído, podría olvidar nunca el siniestro grito solidario de los enanos, de los microcéfalos, de las mujeres barbudas y de los monstruos contorsionistas sin extremidades en el banquete con que se celebra la boda del diminuto Hans con Cleopatra, la voluptuosa trapecionista, en *La parada de los monstruos*, de Ted Browning?

Sobre el horizonte, el faro de la Torre Eiffel, tan inevitable como la misma luna, estaba ya orientándolos hacia puerto. Lonchas de beicon veteaban el cielo. Fortalecida por su curso en historia del arte de nueve minutos y treinta segundos de duración, Isabelle reflexionó en voz alta.

—¿Por qué, cuando la naturaleza imita al arte —dijo—, siempre elige el peor arte para imitarla? Puestas de sol de Harpignies, nunca de Monet.

En la Cinémathèque les aguardaba una desagradable sorpresa. Era imposible entrar en el jardín por la avenida Albert-de-Mun. Bajo sus árboles sin hojas se habían estacionado las furgonetas cuadradas de color gris granito de la policía nacional. Agentes con chalecos de cuero esperaban en la acera, acariciando distraídos sus fusiles antidisturbios. Las ventanillas enrejadas de las furgonetas, por las que entraba tan poco aire como por la aspillera de una torre, enmarcaban el ocasional movimiento de un hombro, única actividad visible desde fuera, que hacía pensar en un naípe golpeado sobre una mesa.

Momentáneamente desconcertados, Théo e Isabelle atravesaron veloces la plaza del Trocadéro y se dirigieron hacia la explanada. Matthew los siguió. Sentía desaparecer de su interior la euforia del Louvre por momentos.

En la explanada, ni un solo centímetro estaba vacío. Los manifestantes se habían subido a las fuentes para ver mejor los acontecimientos y rociaban alegremente a los que tenían debajo. Otros, cogidos del brazo, se balanceaban hacia atrás y hacia delante, tarareando *Yesterday*. De cuando en cuando un rostro famoso se destacaba entre la multitud para desaparecer acto seguido. ¿No era aquélla Jeanne Moreau? ¿Y Catherine Deneuve, sin duda, detrás de las gafas oscuras? Y, un poco más allá, ¿Jean-Luc Godard, una cámara de mano sobre el hombro?

Por encima de la multitud, en uno de los parapetos más altos de la explanada, se hallaba el actor Jean-Pierre Léaud, que declamaba con voz ronca el texto de un folleto fotocopiado que, debajo, se distribuía entre los manifestantes.

El título del folleto era *Les Enfants de la Cinémathèque*, y terminaba de la siguiente manera: «Los enemigos de la cultura han reconquistado este bastión de la libertad. No dejes que te engañen. La libertad es un privilegio que no se recibe, sino que se toma. Todos aquellos que aman el cine —aquí en Francia y en todo el mundo— están contigo, ¡están con Henri Langlois!».

Aquel nombre fue la señal. Los manifestantes entraron en el jardín y se dirigieron hacia la Cinémathèque. Al mismo tiempo, acompañados por una cacofonía de pitidos estridentes, porras erguidas, escudos metálicos alzados hasta la cara, los antidisturbios saltaron de sus furgonetas y echaron a correr

por la avenida Albert-de-Mun, abandonadas tras ellos las manos de póquer que ya no jugarían.

Forzados a una retirada inmediata, los manifestantes iniciaron un confuso movimiento hacia la explanada, los que estaban delante tropezaban con la retaguardia, hasta que, frenéticos y sin dirección, medio caminando, medio corriendo, las piernas doblándoseles como mesas plegables, retrocedieron hasta la plaza del Trocadéro y empezaron a desparramarse por la avenida del Presidente Wilson.

En el cruce de aquella avenida con la de Iéna, donde otra triple barrera impenetrable de más escudos se extendía desde una acera hasta la otra, la manifestación quedó definitivamente detenida y la explanada abandonada a su fauna.

Como niños que, intimidados por los cuernos de caza, las botellas de champán, los foxtrots y los *quicksteps* de los caballos, los trajes de etiqueta de los jinetes, confunden la cacería con el baile que sirve para coronarla, nuestros tres héroes confundían el cine mismo con una batalla campal en la que se hallaba en juego el futuro del cine. Les parecía de perlas mantenerse al margen, admirar a los actores, aplaudir a las estrellas. No tenían el menor deseo de participar. No buscaban otra cosa que ser espectadores, espectadores inocentes.

Pero la película había durado más de lo debido y se marcharon antes del final. Cuando las víctimas se alejaban del campo de batalla, ayudadas a bajar las escaleras del metro por quienes habían escapado ilesos, ellos estaban ya lejos, en un plano general muy amplio, paseando por la Orilla Izquierda, tres puntos casi imperceptibles en el horizonte.

En la plaza del Odéon descubrieron que despedirse —un asunto de ordinario maquinal— se les hacía incómodo y turbador. Dado que la visita a Chaillot había sido un improvisado palo de ciego, habían olvidado aprovisionarse de sándwiches. Sólo ahora se daban cuenta de lo hambrientos que estaban.

—¿Cómo te las apañarás para cenar? —le preguntó Théo a Matthew de improvisen—. ¿No tienes un hornillo de gas en esa habitación tuya?

Matthew se acordó de su estrecho cuarto de hotel en forma de L, del papel amarillo de las paredes, despegado a trozos, y del rectángulo de cristal

montado sobre madera de balsa que, apoyado contra una de las paredes, le servía de espejo.

—No; no tengo nada para cocinar.

—¿Dónde cenarás entonces?

La pregunta sobresaltó a Matthew. Sin embargo, no quiso recordarles que últimamente, a decir verdad, había pasado casi todas las veladas en su compañía. No se había percatado de que, cuando Théo e Isabelle llegaban a su casa en el último metro, saqueaban el frigorífico. Los sándwiches, los huevos cocidos que para él eran cena, no pasaban, para ellos, de simple tentempié.

—Bueno, siempre puedo tomarme un cuscús en el *quartier*. O quizá comprar un kebab y llevarlo de contrabando a mi cuarto. A no ser —añadió tímidamente— que cenemos juntos en algún sitio.

Théo se volvió hacia Isabelle.

—¿Qué te parece?

Isabelle torció la boca en un mohín de desagrado y dijo:

—No. Isabelle no quiere ir a un asqueroso restaurante del *quartier* y cenar un cuscús repugnante.

Matthew debería haber sabido que su racha de buena suerte estaba condenada a acabarse.

—Será mejor que me vaya —dijo, enderezándose, dispuesto a ser el primero en decir adiós.

Théo se lo quedó mirando, irónico, tierno.

—¿Por qué no te vienes con nosotros?

—¿Qué quieres decir?

—Que vengas con nosotros a cenar a casa. ¿No debería hacerlo, Isa?

Matthew escudriñó al instante el rostro de Isabelle en busca de la sombra de irritación más infinitesimal que pudiera cruzarlo.

Isabelle le sonrió.

—Sí, ven, Matthew. Ya es hora de que conozcas a la familia.

Lo que implicaban sus palabras, como Matthew sabía perfectamente, era que no había que tomarla en serio. Pero, como todas las víctimas de un amor no correspondido, Matthew había dejado de ser exigente. Las palabras estaban dichas. Ya era un motivo de agradecimiento. Para sus ensueños nocturnos, para la autopsia del día que llevaba a cabo noche tras noche, era todo lo que importaba.

—Me parece estupendo —dijo, y añadió, con un calculado encanto de potrillo—, pensaba que no ibais a invitarme nunca.

Ya no necesitaba apuntador. Se sabía el papel al dedillo.

Théo e Isabelle vivían en un primer piso de la calle del Odéon, al que se llegaba por una estrecha escalera de caracol que se iniciaba en un patio interior, idéntico a otros miles de la Orilla Izquierda. El apartamento era grande, si se contaba el número de habitaciones, pero desde cualquier otro punto de vista no parecía serlo, ya que todas ellas eran de techos bajos y pequeñas, y aún lo parecían más por las omnipresentes librerías.

El padre era un fósil exquisito, una escultura de Giacometti con bata de seda, que vivía su vida al borde de un abismo, pero tan cómodamente como se puede vivir en un chalé a orillas de un lago suizo. Como poeta era famoso por su perfeccionismo. A la hora de escribir versos era como un leñador que corta un árbol para hacer una cerilla. Y un segundo árbol para la segunda cerilla. Por cerillas entiéndase palabras. Era tan admirado por aquellas palabras como otros escritores lo son por sus frases brillantes.

Había tan pocas palabras en cada una de sus páginas, y tan escasas páginas en un volumen de sus poesías, que lo normal era tardar más en leer las críticas que la obra misma. Y, como todos los poetas que viven por encima de la *mélée* y que se resisten a descender de su torre de marfil envuelta en nubes, era excepcionalmente susceptible en todo lo relativo a las críticas. Su libreta de direcciones tenía tantas tachaduras como cualquiera de sus manuscritos.

La madre de los gemelos era inglesa, una mujer mucho más joven que su marido, que había aceptado alegremente, como principal papel en la vida, servir a aquel inválido refunfuñón: ser su inspiración. Estaba siempre pendiente de él, con una interminable sucesión de placebos: tazas de té indio aguado, vagas palabras de ánimo y, sobre todo, silencio. En una ocasión, de hecho, cuando Théo estaba tumbado en la alfombra de su dormitorio escuchando el *Bolero* de Ravel, había asomado tantas veces la cabeza para pedirle que bajara el sonido para no molestar a su padre que el famoso *crescendo* no había pasado en ningún momento de pianísimo. Como sucedía con la propia vida de aquella mujer abnegada.

Isabelle, al entrar en la sala de estar, encontró a su padre sentado en un sillón, delante de la ornamentada chimenea. Con aire juguetón, le desordenó el cabello de la nuca.

—Papá, somos nosotros. Hoy cenamos en casa.

—¿Y la Cinémathèque? —gruñó él, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo: abrir las páginas de un libro con una plegadera de bronce.

—Cerrada. —Isabelle le quitó la plegadera—. ¿No ves que tenemos un invitado? Te presento a Matthew.

Después de ponerse en pie desgarbadamente y de tirarse por delante de las dos mitades de la bata, el poeta contempló a su huésped. Dado que había sido escritor residente en una pequeña universidad de Estados Unidos durante un semestre inolvidable, estaba acostumbrado a que desfilaran por el apartamento jóvenes norteamericanos, aunque en general se trataba de estudiantes graduados que preparaban tesis sobre su obra. Al estrechar la mano de Matthew, los ojos del poeta parecían pensar con independencia del resto de su cara, poco expresiva. Sus párpados eran como los de un muñeco.

—Hemos invitado a Matthew a cenar —continuó Isabelle—. Vive en un horroroso hotel sin cocina.

El poeta parpadeó. No entendía que un hotel no tuviera cocina. Pensó que la habrían sustituido por alguna variante de bar y parrilla americanos.

—En ese caso —dijo—, te aconsejo que avises a tu madre. No creo que haya comida suficiente para cinco personas.

Matthew se apresuró a intervenir.

—Por favor, no quiero que se molesten por mi causa.

—Nada de eso, amiguito. No podemos permitir que vuelvas a un hotel sin cocina. Siéntate, haz el favor. ¿Un cigarrillo? —sacándose uno del bolsillo de la bata se lo ofreció a Matthew.

—No fuma —dijo Isabelle.

Con un elegante movimiento, el poeta volvió a guardarse el pitillo.

—Claro que no fumas —le dijo a Matthew—. Demasiado joven, ahora me doy cuenta. Y demasiado joven para vivir en un hotel, ¿no es cierto? —le examinó el rostro con detenimiento—. ¿Cuántos años tienes? ¿Quince? ¿Dieciséis?

Avergonzado, Matthew respondió:

—Dieciocho.

El poeta parpadeó una vez más. Miró a Matthew, la sospecha claramente reflejada en sus facciones. Estaba claro que no le creía. Siguieron unos momentos de incomodidad, aliviada por la aparición de su esposa. Advertida por Théo, insistió en que reorganizar para cinco una cena pensada para dos personas no presentaba el más mínimo problema.

La cena resultó bastante lúgubre. El poeta se lanzó de inmediato a lo que Baudelaire, refiriéndose a Víctor Hugo, describía como «ese monólogo al que él llama conversación». Fuera cual fuera su público, ya se tratara de un periodista, de un doctorando, de un colega literato, de un joven estadounidense conocido de sus hijos, era incapaz de apartarse del guión.

—*Hein*, mi joven Matthew, la vida de un escritor no es más que fingimiento. Lo que vosotros, los americanos, llamáis «mundo de fantasía». ¿Acaso escribo un poema, eh? En absoluto. Nada tan obvio como eso. *Finjo* que escribo un poema. *Finjo* que escribo un volumen de poesía. El poeta —el verdadero poeta, *n'est pas*?— es alguien que *finge* escribir un poema, *finge* escribir un libro... hasta el momento, ese momento milagroso, en el que descubre que un nuevo poema se ha materializado delante de él, que se ha materializado un libro nuevo. ¿Eh? Por eso nunca entenderé el tipo de escritor —*le genre Mauriac*— que se sienta ante su escritorio a las nueve de la mañana y se levanta a las cinco de la tarde. ¿Qué? ¿Qué ejercemos una profesión? *Foutaise*. O más bien..., más bien se puede comparar..., sólo hasta cierto punto, ya me entiendes..., a la tarea del médico. ¿Sigues lo que te estoy diciendo, mi joven amigo americano? Que el poeta, como el médico, tiene que contar con que se le llame a cualquier hora del día o de la noche. *L'inspiration, c'est ga*. Como los *nascituri*, no elige una hora buena y apropiada para entrar en el mundo. No tiene consideración por el poeta, *ga non*. Pero cuando de verdad llega... entonces, ¿sabes?... es... —aquí su voz adquirió la reverencia adecuada ante el patetismo del creador que muestra su humildad frente al misterio de la creación— es... magnífico. Porque somos monjes, eso es lo que somos, mi querido Matthew, monjes que entramos en la

literatura con la cabeza inclinada, como si recibiéramos las órdenes religiosas. Así de sencillo. El poeta para quien el tema, el único tema posible, es el arte mismo —y para el poeta verdadero, te lo aseguro, no puede haber otro tema—, pues ese poeta es un monje cuya vida entera coincide con la adoración de su Dios y para quien la posteridad es su Paraíso. Tú —subrayó el tú—, ¿sabes lo que quiero decir, no es cierto? La inmortalidad de su alma. Porque ¿qué es una obra, después de todo, excepto el alma de su creador? Por eso me parecen tan divertidas las payasadas de esos patéticos vejetes de la Academia y sus pretensiones de inmortalidad. *Les Immortels!* Ja! ¡Maurois, Achard, Druon, Genevoix, esos tipos! Menudo cementerio, *nest-ce pas*, Matthew? Muertos es lo que son, muertos, no inmortales, muertos como escritores, momificados como seres humanos, recostados en sus *fauteuils*, como otros tantos carcamales en sus sillas de ruedas. ¡Menudo chiste, *Hein!* Y, ¿sabes? Se me acaba de ocurrir, se me ha ocurrido en este mismo instante, que la inmortalidad verdadera, la inmortalidad de Racine, de Montaigne, *qu'est-ce que j'en sais*, de Rimbaud, es a la Inmortalidad de la Académie Française lo que el Paraíso es... al Vaticano. ¿No te parece? Porque eso es la Academia, el Vaticano de la literatura francesa. Sí, claro que sí, ahora lo veo, la Academia y el Vaticano. ¿No rivaliza el verde académico con el morado papal? ¿Eh? ¿Eh? ¿No estás de acuerdo? ¡Ja, ja, ja! Podrías casi... Y... y..., los jueves, ¿has oído hablar de sus jueves, ya sabes, esos jueves gloriosamente absurdos que pasan puliendo el famoso diccionario? *Quelle connerie!* Se trata de un diccionario francés, pensarías tú. En absoluto. Es latín, mi pobre amiguito, es latín. El idioma del Vaticano. Están latinizando esta sublime lengua nuestra. ¿Qué te parece? ¿Me sigues?

En la mano derecha, convertida en puño muy apretado, Matthew guardaba un mechero azul, uno desechable, de los que se compran en los estancos por poco más del precio de un paquete de cigarrillos y que, de hecho, pertenecía a Isabelle. Había estado acariciándolo, jugueteando con él, moviéndolo en zigzag de aquí para allá sobre el dibujo como de tablero de ajedrez del mantel. Y ahora, en el silencio que siguió a las palabras finales del poeta, palabras que le estaban dirigidas, se encontró, de repente, en brusco contrapunto, convertido en objeto de todas las miradas.

Con un temblor de pánico, que por el hecho de carecer aún de foco se registró a una altura apocalíptica en la escala de Richter de su sistema nervioso, Matthew alzó los ojos hacia su anfitrión.

—Jovencito, tendrás que perdonarme —dijo el poeta, mientras doblaba reposadamente la servilleta—. Había imaginado que hablaba contigo. Había

imaginado que estabas escuchando. Sin embargo...

—Estaba escuchando —replicó un afligido Matthew—. Era sólo...

—¿Qué?

—No era nada. Nada, realmente.

—Parecías hipnotizado por ese mechero trivial, copias del cual, es cierto, de colores diferentes, tienen que haber aparecido incluso ante los ojos de alguien tan joven como tú.

Recogió el objeto, lo inspeccionó someramente y luego lo arrojó de nuevo sobre la mesa como si abandonara una colilla.

—¿Quizá te gustaría compartir con nosotros esa epifanía?

—Papá... —empezó a decir Isabelle.

—*Tais-toi*. ¿Matthew?

—Verá —empezó Matthew, nervioso—, estaba...

—Si.

—Es cierto, estaba jugando con el encendedor de Isabelle, como acaba de hacer usted. Y, bueno, lo he puesto sobre la mesa aquí, sobre el mantel a cuadros, y ha coincidido en diagonal con uno de estos cuadrados. Y ha sido entonces cuando me he dado cuenta de que tenía exactamente la misma longitud que la diagonal. Fíjese.

Acto seguido procedió a hacer una demostración.

—Luego lo coloqué longitudinalmente sobre el borde exterior del cuadrado y comprobé que llegaba hasta el punto en que este cuadrado se encuentra con el siguiente. Vea, también encaja.

A continuación cogió de la mesa una bandeja con un motivo azul tradicional en forma de sauce.

—Tomemos por ejemplo esta bandeja. Me parece..., sí, estoy en lo cierto —todo el mundo se acercó para ver mejor—, la longitud del encendedor es igual a la altura de esta pagodita y su anchura... su anchura... es, mire, es la misma que estos cinco escalones que llevan hasta el umbral.

Los miró a todos, expectante y ruborizado.

—No es la primera vez que he observado esta clase de..., en fin, de armonía. Es como si en el mundo todo tuviera que compartir con todo lo demás un número muy limitado de medidas. Es como si todos los objetos, todas las cosas, tuvieran, o bien la misma longitud que todo lo demás, o la mitad o el doble de esa longitud. Es como si existiera una unidad global, quizá incluso cósmica, de formas y de tamaños.

Matthew, tímidamente, dejó de nuevo el mechero sobre la mesa.

—Eso ha sido lo que ha provocado mi distracción hace un momento. Siento haberle hecho perder el hilo de sus palabras.

El tictac del reloj de la repisa de la chimenea parecía imitar los latidos mismos del tiempo. El poeta frunció el ceño. Durante unos momentos contempló a Matthew con una mirada penetrante que ya había dejado de ser hostil. Se aclaró la garganta, luego se volvió hacia Théo, sentado a su izquierda, balanceándose en la silla sobre las patas de atrás.

—Tienes aquí a un amigo interesante, Théo. Más interesante, sospecho, de lo que crees. Deberías aprovechar la oportunidad de llegar a conocerlo mejor.

Se volvió de nuevo hacia Matthew.

—Mi joven amigo, tu observación me intriga. Así es, efectivamente. Porque le descubro una aplicación a nuestra sociedad moderna. En la superficie todo es caos. Sin embargo, visto desde arriba, visto, es una manera de hablar, por Dios, todo está ligado, todo encaja.

Agitó, en dirección a Théo e Isabelle, una mano en la que eran visibles manchas de vejez.

—Mis hijos creen —como, de hecho, me pasaba a mí cuando tenía su edad, *n'est-ce pas?*— que el estado de..., el estado de... ¿qué nombre darle? El estado de *ebullición rebelde* en el que viven supone una amenaza real, seria, a las fuerzas que detentan el poder. Creen que sus huelgas, manifestaciones y sentadas —«sentadas» es lo que decís, ¿no es cierto?—, creen que todas esas iniciativas poseen la capacidad no ya sólo de provocar a la sociedad, sino de *cambiarla* en última instancia. Lo que no llegan a entender es que nuestra sociedad *necesita* de hecho esos factores perturbadores que en apariencia le son tan hostiles. Los necesita como el monopolista necesita un competidor: precisamente para ocultar el hecho de que es monopolista. Y así resulta que quienes se manifiestan y aquellos contra quienes se hacen las manifestaciones no son, en realidad, más que elementos entrelazados de esa... de esa armonía trascendental que, para beneficio nuestro, ha iluminado de manera tan encantadora tu pequeña analogía.

Nadie habló durante un momento. Luego el silencio se vio interrumpido por un desdeñoso resoplido de Théo.

—¿No estás de acuerdo? —le preguntó el poeta—. *Quelle surprise!*

Théo se volvió despacio para enfrentarse con su padre.

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Que si echan a Langlois no debemos hacer nada? ¿Si deportan a los inmigrantes, si pegan a los estudiantes, no debemos hacer nada? No debemos emprender ninguna acción porque —hizo un gesto con el brazo—, porque, visto desde arriba, desde algún sitio ahí arriba, un lugar en el éter, todo es parte de todo lo demás. Somos parte de lo que sea contra lo que luchamos, que es parte de nosotros, y en cualquier caso todo viene a ser lo mismo al final.

—Lo que estoy diciendo es que no vendría mal un poco de lucidez.

—¿De manera que todo el mundo está equivocado, excepto tú? En Francia, Italia, Alemania, Estados Unidos...

—Escúchame, Théo —dijo su padre con entonación cansada—. Antes de cambiar el mundo has de entender que tú mismo eres parte de él. No te puedes colocar fuera, para mirar.

—¡Tú eres el que quiere quedarse fuera! ¡El que se ha negado a firmar una petición contra la guerra de Vietnam!

—Los poetas no firman peticiones. Firman poemas.

—¡Una petición es un poema!

—Sí, Théo, y un poema es una petición. Gracias, pero todavía no chocheo. No necesito que me recuerdes mi propia obra.

—¡Claro que no! —replicó Théo con ferocidad—. Esos versos son tuyos. Y ahora rechazas todo lo que representan.

Durante unos segundos el poeta contempló a su hijo, moviendo la cabeza. Luego se volvió hacia la mesa en general.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Matthew, a quien la vida sin un reloj había vuelto tan sensible al paso del tiempo como lo está un ciego a los sonidos y los aromas, aventuró:

—¿Diez y veinticinco?

Resultó que eran las diez y veintidós.

—Querida —el poeta suspiró lánguidamente en dirección a su mujer—, ya es hora de que tú y yo nos retiremos. Tengo algunas cartas que contestar..., cartas, *n'est-ce pas* —añadió en una última manifestación de su anterior intensidad febril—, que penden sobre mí como facturas sin pagar. Quedaos y charlad todo lo que queráis, vosotros tres. ¿Por qué no invitas a Matthew a pasar aquí la noche? —le dijo a Théo—. Ese hotel parece un sitio horrible.

Luego se puso en pie y, seguido por su esposa siempre sonriente, abandonó el comedor con un paso tan mecánico que a nadie le hubiera sorprendido descubrirle en la espalda la cuerda que servía para ponerlo en marcha.

Desde arriba, desde algún lugar en el éter, el mantel a cuadros se parecía sobre todo a un tablero de ajedrez. El destino estaba ordenando sus peones, reforzando sus defensas, organizando sus líneas de ataque. Pero un combate de esas características permite prescindir de la convención de alternar cuadrados negros y blancos. Es una competición a la que se puede jugar en el desierto, en el océano. El motivo del mantel no era más que un chiste privado para entendidos.

Con un cigarrillo en los labios y una sonrisa para Matthew, Isabelle se limitó a comentar:

—¡Vaya!

—¿Qué quiere decir eso?

—Vamos, vamos, hombrecito. ¿Por qué no nos has deslumbrado nunca con esas especulaciones filosóficas tuyas? Papá estaba terriblemente impresionado.

—Papá es un mentiroso de mierda —dijo Théo, hurgándose los dientes con aire taciturno.

—A mí me ha gustado. Me gustan los dos —dijo Matthew—. Me ha parecido que son encantadores de verdad.

Isabelle tenía, como de costumbre, una teoría.

—Los padres de los otros siempre son más simpáticos que los propios —dijo, echándose la ceniza en la palma de la mano—. Sin embargo, por alguna razón, nuestros abuelos nos gustan más que los de los demás.

Matthew se quedó mirándola.

—¿Sabes? No lo había pensado nunca. Pero es verdad, es totalmente cierto.

—Eres un encanto —dijo Isabelle con una sonrisa que se transformó en bostezo a mitad de camino—. Me voy a la cama. Buenas noches.

Quitándose los zapatos sin tacón mientras daba la vuelta a la mesa, besó primero a Théo y luego, sin la menor vacilación, a Matthew.

—Por cierto —dijo, fuera ya de la habitación a medias—, ¿te quedas esta noche?

—Si me dejáis...

—Estupendo.

Théo llevó a Matthew a su habitación. La cama estaba sin hacer. En un rincón había un piano vertical. Llenaban las estanterías historias del cine, monografías sobre directores y autobiografías de estrellas de Hollywood escritas por periodistas. En las paredes, fotografías de actores y actrices: Marlon Brando recostado con fría despreocupación felina contra una motocicleta llena de protuberancias; Marilyn Monroe, las piernas abiertas, sobre una rejilla del metro de Nueva York, el vestido blanco hinchándose en torno a los muslos como los pétalos de una orquídea fabulosa; Marlene Dietrich, la blancura de cuya tez sin defectos no se distinguía del grano de la propia fotografía. En un diván, cerca de la puerta, se amontonaban ejemplares de *Cahiers du Cinéma*. Sobre la cama de Théo —y, en virtud de haber sido enmarcado por un profesional, destacada sobre las demás imágenes— se situaba un pequeño retrato oval. Era de Gene Tierney, en un fotograma de *Laura*.

Aunque llevaba mucho tiempo esperando, impaciente, conocer aquella habitación sobre la que fantaseaba con tanta frecuencia, a Matthew le asaltó una sensación de lo *déjà vu*, con el oscuro convencimiento no sólo de que ya había estado allí antes, sino de que allí había sucedido algo de importancia para él. Tardo unos instantes en localizar la fuente de su incomodidad. ¿Qué era aquella cama sin hacer, aquellos *Cahiers du Cinéma*, las fotografías y el retrato oval en la pared, sino —misteriosamente transpuestos— la cama deshecha, los juegos de mesa amontonados, el gallardete universitario y la colección de hermosos rostros de perfil sobre la alfombra del dormitorio de su mejor amigo de San Diego?

Había pasado ya la medianoche. Estaba claro que Théo tenía la esperanza de hablar de intereses comunes. Contaba con analizar películas hasta altas horas de la noche, tumbados en la cama, quizá fumando un porro.

Pero Matthew quería estar solo, libre de volver a proyectar, a cámara lenta, la película de los acontecimientos del día. De manera que apenas respondía a las preguntas de Théo. Actor ingenuo, bostezaba de manera notoriamente intencionada, con la esperanza de que su amigo se diera por aludido.

Finalmente, renunciando a regañadientes, Théo lo acompañó al cuarto desocupado, desocupado sobre todo en el sentido de que estaba amueblado de manera tan elegante como descarnada, con su suelo de parqué, sus tres sillas de respaldo recto, su estrecha cama turca y, encima del catre, exactamente en el sitio donde colgaba el retrato de *Laura* en el dormitorio de Théo, una reproducción enmarcada de *La Liberté guidant le peuple*, de Delacroix. Sobre el rostro de la personificación de la Libertad, con el pecho voluptuosamente descubierto, había pegado con papel celo una instantánea de Rita Hayworth.

Al quedarse solo, Matthew se desnudó sin prisa y empezó a enhebrar en el proyector de su imaginación las secuencias de noticiero todavía sin montar que visionaria aquella noche. Algunos detalles destacaban ya como fotogramas concretos examinados por un montador cuando coloca delante de la luz una tira de película: el *Gilíes* de Watteau en el Louvre, los besos intercambiados fuera, el fragor de la batalla en la explanada. Furioso, se esforzó por apartar de su visión interior aquellos fragmentos. No se conformaría con una colección de instantáneas. Todo tenía que desplegarse en el orden correcto, a la velocidad exacta.

Absurdamente, se santiguó delante de la *Liberté* de Delacroix, rezó sus oraciones y, sin otra ropa que los calzoncillos, se metió en la cama. En la semioscuridad reconoció el susurro del telón, tan suave como un suspiro, al otro extremo de la habitación. Cerró los ojos. Vio cómo se alzaba. Acto seguido comenzó la proyección.

Más tarde, con el documental concluido hacía ya mucho tiempo, Matthew se despertó. Al principio no sabía dónde estaba. Luego se acordó. Y, al mismo tiempo, le llenó de consternación descubrir que se había despertado porque tenía que ir al baño y que Théo había olvidado indicarle dónde se encontraba.

Se vistió a toda prisa y salió al pasillo. Pero estaba desorientado. No recordaba la topografía de un piso que era una colmena con muchas celdas. El primer pasillo llevaba a otro en ángulo recto. A la izquierda, una puerta entreabierta. Sigilosamente, la abrió del todo y miró dentro. Una bañera, un lavabo, toalleros. Encendió la luz, entró y echó el pestillo.

Aquel cuarto de baño, por desgracia, no tenía retrete. Pero meses de vivir en un hotel de la Orilla Izquierda miserablemente equipado habían hecho que Matthew recurriera al lavabo de manera casi instintiva. Abrió el grifo del agua fría, se puso de puntillas y orinó.

De nuevo en el pasillo, hizo el camino inverso. El aire de la casa se había vuelto pétreo. Delante encontró una puerta subrayada por una delgada línea de luz. Se dirigió hacia ella sin hacer el menor ruido. Echó una última ojeada al pasillo y la abrió.

Era la habitación de Théo, no la suya. Una lámpara rosa sobre la mesilla de noche, encendida, lanzaba un pálido foco de luz sobre la cama. ¿Qué fue lo que vio? A Théo y a Isabelle.

Isabelle era un personaje de un cuadro de Balthus. Dormida, mitad fuera, mitad dentro de la cama, el cuerpo entero torcido en una postura de extasiada lasitud, el pelo alborotado sobre la almohada, un mechón rozándole los labios, llevaba una sencilla camiseta blanca y bragas blancas y parecía tener unos catorce años.

A su lado, Théo estaba desnudo. Dormido también, una pierna bajo la ropa de la cama, la otra libre, como Arlequín con bombachos de varios colores, la pierna izquierda oscura, la derecha, clara. Estaba boca arriba, con un tobillo que colgaba sobre el borde de la cama, la cabeza apoyada en la palma de las manos, como alguien tumbado en un campo. Dos sombras ensortijadas eran visibles en la concavidad de las axilas; la tercera, la que en el cuerpo del varón forma el vértice de un triángulo invertido, estaba oculta por la ropa de cama en el lugar donde emergía de ella un muslo expuesto.

Lo que hacía de ellos un espectáculo tan extraordinario era que las extremidades de uno parecían pertenecer también al otro.

Durante mucho, muchísimo tiempo, Matthew permaneció completamente inmóvil en el umbral de la puerta, paralizado no por la confusión de cuerpos en un accidente de tráfico sino por el enigma del Andrógino.

Finalmente cerró la puerta con todo el cuidado del mundo y se alejó de puntillas.

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, después de una noche inquieta, fue para ver a Isabelle en su cama, a cuatro patas, que lo miraba fijamente, dispuesta al parecer a abalanzarse. Llevaba puesta una bata de lana pasada de moda, de color marrón oscuro, con una trencilla tan historiada en mangas y solapas como la que riza el rizo en los uniformes de los húsares de

opereta. Sólo el destello de un muslo con palidez de pastel insinuaba que, bajo la bata, conservaba la camiseta y las bragas blancas de la noche anterior.

Matthew no tenía idea del tiempo que llevaba agazapada delante de él. Tampoco pudo preguntárselo, porque Isabelle le colocó de inmediato el dedo índice sobre los labios y, con voz de hipnotizador, susurró:

—No hables. Te lo ordeno.

Con la lengua fuera, sin que le temblara la mano, mitad colegiala, mitad cirujano, introdujo el dedo en la suave depresión junto al rabillo del ojo izquierdo de Matthew y lentamente extrajo la frágil estalactita de legaña allí alojada. Después de someterla a un minucioso examen en la punta del dedo, se la sacudió y, a continuación, obtuvo del ojo derecho otro fragmento de costra amarillenta. Aunque aquellas dos incrustaciones parecían diminutas sobre el dedo de Isabelle, Matthew tuvo la sensación de que era un par de dados lo que le había sido extraído de los ojos.

Terminada la operación, Isabelle se retiró graciosamente a una postura arrodillada.

—¡Buenos días!

Matthew se recostó más cómodamente en la almohada. Siguió, por otra parte, cubriéndose con la ropa de la cama, dado que sólo llevaba puestos los calzoncillos.

—¿Qué significa todo esto?

—¿Qué significa, mi pequeño Matthew? —replicó ella—. Te estaba quitando el sueño de los ojos. Tienes unos ojos muy hermosos, no sé si te das cuenta. Théo me deja que se los limpie todas las mañanas, pero no quería perderme la oportunidad de una segunda ración.

—¿Qué extraño deseo.

—¿Tú crees? —dijo Isabelle, bajándose de la cama—. ¿No lo has disfrutado?

—¿Era eso lo que tenía que hacer?

—Naturalmente —respondió ella. Luego, dando palmadas, añadió—: ¡Arriba, arriba! La casa está despierta y aguarda las órdenes de *monsieur*.

Alzándose la bata que arrastraba por el suelo, se quedó un rato en la habitación, y fue cogiendo objetos al azar y sopesándolos con las dos manos, como si redescubriera una guarida, mucho tiempo olvidada, de sus años infantiles.

Matthew no movió un solo músculo. La contemplaba, fascinado, desde debajo de las sábanas.

Finalmente, Isabelle se volvió para mirarlo.

—¿A qué esperas?

—Isabelle, por favor, no estoy vestido.

Le sonrió y alzó las cejas como queriendo decir: «¿Qué importa?», y siguió deslizándose por la habitación, revoloteando desde la cama a una de las sillas de respaldo recto, de la silla a una cómoda Biedermeier, de la cómoda a la *Liberté* de Delacroix, quitando el polvo a cada cosa, ligeramente, con las puntas de los dedos, o acariciándolas amorosamente con la palma de la mano.

De repente, en el momento culminante de aquella función de gala, le disparó una pregunta a Matthew.

—¿Quién en qué película?

Sin un segundo de vacilación, Matthew respondió:

—Garbo en *La reina Cristina de Suecia*. La escena donde se despide de la habitación en la que ha hecho el amor con John Gilbert.

—En el futuro, en mis recuerdos —graznó Isabelle, imitando el acento de la actriz sueca—, pasaré mucho tiempo en esta habitación.

Después de disparar hacia lo alto una pierna desnuda por detrás de su bata demasiado larga, abrió la puerta del dormitorio y se volvió para decirle:

—El baño está al final del pasillo, el primer cuarto a la izquierda. Tenemos un ala privada para nosotros, no sé si lo sabes. Como no estés allí dentro de un minuto, vendremos a buscarte.

La puerta se cerró con fuerza.

Aunque Matthew no se sentía del todo bien al despertarse, la intrusión de Isabelle no le había dado tiempo a identificar la causa del malestar. Al quedarse solo llegó hasta su origen. Isabelle acababa de decir que Théo y ella tenían «un ala privada». ¿Se refería a un ala del piso? ¿Podía ser la explicación de por qué los hermanos dormían juntos con total impunidad, Romeo y Julieta desventurados por pertenecer no a dos familias sino a una sola? Pero ¿no podía ser simplemente que Isabelle hubiera buscado consuelo en brazos de su hermano, consuelo contra la soledad o el insomnio? ¿Podría él, Matthew, haber malinterpretado la postura extática de su cuerpo, proyectado en todas direcciones, las manos, los pies, aquellas encantadoras extremidades suyas extendidas, conectadas entre sí, como las estrellas de una

constelación sobre una carta astrológica, mediante lechosos miembros blancos en confusión?

Era el mismo baño al que había ido a parar la noche anterior antes de encontrar a Théo e Isabelle. Los gemelos estaban en ropa interior. Théo se afeitaba con una maquinilla eléctrica mientras Isabelle, sentada en el borde de la bañera, se cortaba las uñas de los pies.

La limpieza está cerca de la piedad, como una piscina puede tener por vecina a una iglesia. Pese a la inocuidad de aquella estampa, a Matthew, sin embargo, se le llenaron las ventanillas de la nariz con el aroma ambiguo de todas las piscinas que había conocido.

De niño le gustaban tanto las piscinas que, con el tiempo, llegó a convertirse en un nadador mejor, más rápido y más fuerte de lo que ni él ni cualquier otra persona podrían haber pronosticado de alguien tan delicado.

No eran, en realidad, las piscinas mismas las que le atraían, aunque le gustaba contemplar a sus jóvenes y viriles saltadores —semejantes a las deliciosas estatuas que se ganan la vida como cariátides o fuentes— zambullirse en el agua con la pesada gracia de los torpedos para luego dedicarse furiosamente a cortarla en tiras como otros tantos pares de tijeras. Fueron, más bien, las idas y venidas entre bastidores las que excitaron sus sentidos apenas desarrollados. Allí, con sobresalto, descubrió un cóctel de jabón, semen y sudor, mientras jóvenes ágiles, millonarios en belleza, dandis de desnudez, medallistas de oro del vigor, la desenvoltura y el aplomo, se paseaban de aquí para allá entre sórdidas cabinas, exhibiendo sus cuerpos como maniqués, con poses de maniqués, con la pose de la Venus de Botticelli o la *Mademoiselle* O'Murphy de Boucher, en cuyas rosadas nalgas tanto le gustaría a uno descargar un sonoro azote. Como tampoco era inusual vislumbrar, cruzado de piernas y con una toalla descuidadamente plegada que revelaba sólo la claraboya del cuerpo, a un Narciso adolescente *in flagrante delicto* consigo mismo, mientras pose y muecas hacían pensar en un *samurái* en el momento culminante del haraquiri.

—Ten —dijo Théo, poniéndole en las manos la maquinilla eléctrica—. Usa esto.

Por un instante Matthew vaciló sobre qué respuesta dar; y precisamente la duda hizo que perdiera la posibilidad de disimular. Théo inspeccionó sus facciones de inmediato —las facciones de un hijo de mamá bien enseñado—, con la misma atención con que, la víspera, lo había hecho su padre, el poeta.

—¿No usas máquina de afeitar, verdad?

Isabelle se bajó de la bañera y se acercó a Matthew.

—¡Déjame ver!

Nada podía estar mejor calculado que aquellas dos camisetas blancas, que aquellos calzoncillos y bragas blancos —los primeros abultados en la entrepierna, las segundas subrayadas por la oscura silueta de una prominencia triangular—, para excitarlo, para seducirlo hasta la médula y, al mismo tiempo, para alarmarlo.

Retrocedió, sólo para verse inmovilizado contra la puerta cerrada, de la que colgaban diversas batas y albornoces.

Cuando Isabelle extendió la mano para acariciarle la mejilla, la apartó todo lo lejos que le permitió el brazo.

—Basta. Déjame en paz.

Hermano y hermana retrocedieron. Habían llegado a esperar una sumisión dócil a sus bromas y burlas. Imaginaban que Matthew se había vuelto inmune, como ellos lo estaban, al tempestuoso toma y daca de sus pullas. Les sorprendió enfrentarse, en un espacio tan reducido, con aquellos ojos enormes y dolidos que le devoraban la cara, que devoraban el reducido cuarto de baño, despavoridos ante sus paredes y su techo, sus dinteles y cornisas, como un par de descomunales manzanas de Magritte.

—De acuerdo. No me afeito —respondió malhumorado—. ¿Pasa algo?

—Nada —murmuró Isabelle, con una sonrisita pesarosa.

—A mi padre le sucedió lo mismo —continuó—. No se afeitó hasta cumplidos los veinte. No es infrecuente.

—Por supuesto que no. Es sólo...

—¿Qué?

—Poco corriente en un norteamericano, ¿no? —dijo Isabelle—. Parece más propio de un mexicano.

—¿Un mexicano?

—Un pelón mexicano.

—¿Qué es un pelón mexicano?

—Un perro —dijo Isabelle—. Y lo más interesante: no es pelón en absoluto. Tiene pelo en los mismos sitios que las personas. La pregunta es, ¿lo tienes tú?

—¿Qué?

—¿Tienes pelo... aquí?

Sin el menor rubor, se indicó el sitio en su propio cuerpo.

El amor es ciego pero no sordo.

Matthew sintió que le temblaba el labio inferior. En un momento o dos se habría convertido en un estremecido montoncito de gelatina de grosella. Con la boca llena de pasta de dientes y de agua, se marchó bruscamente.

Mientras volvía por el pasillo hacia la habitación de invitados, oyó cómo estallaba una discusión entre Théo e Isabelle y a continuación un portazo. Sin aliento, todavía en ropa interior, frotándose la barbilla con una toalla, Théo lo alcanzó.

—No te lo tomes tan en serio —dijo, rodeando con el brazo los hombros de Matthew—. No es nada comparado con lo que tengo yo que soportar todos los días de mi vida.

—Demasiado tarde. Me marchó.

—¿Te marchas? Todavía no has desayunado.

—Nunca desayuno.

—Pero íbamos a invitarte a que te quedaras.

—¿Cómo?

—Nuestros padres se marchan mañana a Trouville. Para pasar un mes. Y hemos pensado que podrías traer aquí tus cosas. No estás obligado a volver a esa habitación tuya, ¿verdad? ¿Has tenido que pagarla por adelantado?

—No...

—Bueno, pues quédate. Isa se llevará una desilusión si no lo haces. Lo hablamos anoche.

Aquello había sido un *lapsus linguae*. Dado que la noche anterior Isabelle se había levantado primero de la mesa, Théo y ella no deberían haberse comunicado hasta por la mañana. Pero Matthew había empezado a considerar otros argumentos menos nimios y más convincentes.

Se le estaba ofreciendo el acceso privilegiado a un mundo secreto, a un mundo del que siempre había estado excluido, a un planeta muy apartado del sistema solar del ciudadano medio de vida regular que, como los astrónomos medievales, tiende a confundir el sistema solar con el universo mismo. Un mundo del que nada sabía aún veinticuatro horas antes. Sólo había frecuentado a sus moradores cuando se les antojaba, como califas o ángeles,

deambular de incógnito por el mundo ordinario de ciudadanos medios, de vida ordenada.

Aquel planeta, que giraba de hecho alrededor de la plaza del Odéon, contaba ya con piernas entremezcladas, camas sin hacer, un baño común que era tibio, húmedo, de ventanas empañadas y aromas sospechosos, así como otros misterios que aún permanecían incógnitos pero que podrían llegar a ser accesibles en el momento oportuno.

Convertirse en residente del piso, por poco tiempo que fuera, sería un error: de eso estaba seguro. Rechazar el ofrecimiento no sería menor equivocación. Lo importante era equivocarse bien, no mal.

Cuando Isabelle se presentó para adornar su frente con un beso modoso y fraternal, y para disculparse, en lo que sin duda parecía sincero arrepentimiento por su crueldad, Matthew aceptó. Más tarde, aquel mismo día, recogerían sus pertenencias de la habitación del hotel.

Resultó que el piso contenía, efectivamente, algo parecido a un ala, habitada exclusivamente por los jóvenes. Habían llegado incluso a ponerle un nombre: *le quartier des enfants*. Al recorrer el camino hasta la cocina, donde los tres se sentaron con los codos sobre la mesa y mojaron en los tazones de café con leche rebanadas de pan con mantequilla, Matthew se dio cuenta de lo lejos del centro de la casa que estaban los dormitorios de los gemelos.

Como siempre había tenido una constitución demasiado frágil para que lo enviaran de niño a un campamento de verano, y por tanto no había conocido nunca la experiencia de desayunar fuera de su círculo familiar, Matthew estaba decidido a conservar el recuerdo de aquella primera mañana como se conserva, en su estado impoluto, sin las arrugas de la proyección, el negativo de una película. Pero su decisión terminó por conferir a cada uno de sus gestos una solemnidad injustificada. Como la reina Cristina, sintió que estaba tocando aquel tazón de café, aquella cuchara, aquel azucarero, más por última que por primera vez.

Llovió todo el día y los tres jóvenes se quedaron en casa. Dado que se retiró pronto a su estudio para atender a su inspiración, el poeta no manifestó más interés por el bienestar de Matthew. Su esposa había salido de compras en preparación del viaje a Trouville.

Los varones pasaron el día holgazaneando en el dormitorio de Théo, tan descoyuntados como gatos; charlaron, idearon preguntas sobre películas para poner a prueba la memoria del otro, y actualizaron los álbumes de Théo.

A Isabelle, por su parte, le impacientaban aquellos pasatiempos infantiles. Procedió a leer una novela de Queneau, devorando las páginas como si la última línea de cada una proclamase algún cambio sorprendente, cuyas consecuencias sólo se conocerían al comienzo de la siguiente. De cuando en cuando, desplegaba sus extremidades angulosas, se estiraba hasta alcanzar un pequeño tocadiscos situado sobre la alfombra y colocaba la aguja sobre un disco, invariablemente el mismo tema rayado, *Que reste-t-il de nos amours?*, de Charles Trenet, al que era adicta.

*Ce soir le vent qui frappe à ma porte
me parle des amours mortes
devant le feu qui s'éteint.
Ce soir c'est une chanson d'automne*

*devant la maison qui frissonne
et je pense aux jours lointains.*

*Que reste-t-il de nos amours?
Que reste-t-il de ces bonsjours?
Une photo, vieille photo
de ma jeunesse.*

*Que reste-t-il des billets-doux,
des mois d'avril, des rendez-vous?*

*Un souvenir qui me poursuit
sans cesse.*

*Bonheurs fanés, cheveux aux vents,
baisers volés, rêves mouvants,
que reste-t-il de tout cela?
Dîtes-le-moi.*

*Un p'tit village, un vieux clocher,
un paysage si bien caché,
et dans un nuage le cher visage
de mon passé^[1].*

Cuando Isabelle se movió para poner la canción de nuevo, en lo que podría ser la novena o la décima vez, su hermano la fulminó con la mirada.

—Si tengo que escuchar ese disco una vez más, juro que lo parto por la mitad.

El asombro abrió desmesuradamente los ojos de Isabelle.

—Charles Trenet te gusta.

—Falso. Me gustaba.

—Escucha lo que dice, Matthew. Théo ha visto *Laura* ocho veces. ¡Ocho veces! ¿Te das cuenta? Y me ordena que deje de escuchar un simple disco. Bueno, pues no lo voy a hacer.

Tratando de fingir una despreocupada imperturbabilidad, volvió a colocar la aguja en el comienzo.

Después del inevitable ruido crepitante —el disco aclarándose la garganta—, se oyó la voz de Trenet.

*Ce soir le vent qui frappe à ma porte
me parle des amours mortes
devant le feu qui s'éteint.*

Théo infundió vida a su largo cuerpo perezoso e Isabelle se colocó delante del tocadiscos para protegerlo de su hermano. El choque parecía inevitable. Luego:

*Que reste-t-il des billets-doux,
des mois d'avril, des rendez-vous?*

Un souvenir qui me poursuit...

Un souvenir qui me poursuit...

Un souvenir qui me poursuit...

El disco se había rayado.

En lugar de aplacar la indignación de Théo, el accidente la exacerbó. Esforzándose por apartarlo con los puños, Isabelle protestó con un agudo chillido de niña.

—¡Quieto! ¡Espera! Matthew, dime, ¿qué película?

—¿Cómo?

Isabelle aún trataba de apartar a Théo.

—Di una película, *arrete, je te dis!* Di una película en la que se raya un disco. Tendrás que pagar una prenda si no sabes responder.

—¿Un disco que se raya?

—¡Deprisa, deprisa, o pagarás prenda!

Matthew rebuscó en su memoria y finalmente anunció a bombo y platillo:

—*¡Sombrero de copa!*

—*¿Sombrero de copa?*

—¿No te acuerdas? ¿Fred Astaire que baila claqué en su habitación encima de la *suite* de Ginger Rogers y el disco se raya?

Isabelle reflexionó unos segundos, tratando de obtener una imagen mental de la escena.

—Tiene razón, ¿sabes? —dijo Théo.

—En ese caso, ¡bravo, mi pequeño Matthew! —exclamó Isabelle.

—Pero, Isabelle, ¿cuál habría sido la prenda?

—Ah —respondió ella—, quieres saber demasiado.

Y así fue como empezó el juego.

Isabelle, que insistía en ponerle nombre a todo, incluso a las cosas que no lo necesitaban, lo bautizó como «películas a domicilio». La idea era la siguiente: se ocuparían tranquilamente de sus asuntos, juntos o por separado, leerían, jugarían a *backgammon* delante del fuego, atribuirían estrellas a las películas enumeradas en *L'Officiel des Spectacles* —lo que tendía a ser la más aburrida de las ocupaciones—, hasta que uno de ellos, asaltado sin premeditación por algún recuerdo ocioso, se detuviera, representase un fragmento de la acción para los otros dos y exclamase: «¿Qué película?». O: «¿Qué escena?». O también: «Nombrad un personaje que...».

Más tarde, aquel mismo día, por ejemplo, mientras clasificaba recortes de periódicos que había acumulado durante años, Théo colocó encima un pisapapeles de cristal, del tipo de los que, al invertirlos, producen una nevada en miniatura. Luego, con un imprudente movimiento de los hombros, tal vez deliberado, tal vez no, lo derribó sobre la alfombra. Sin darle siquiera la oportunidad de formular la pregunta consiguiente, Matthew e Isabelle exclamaron al unísono:

—*¡Ciudadano Kane!*

Aquella era fácil. Pero, con el tiempo, el juego se hizo cada vez más difícil. Otra mañana, en la cocina, podría haberse oído este diálogo entre Matthew y Théo.

—Me pregunto, Théo...

—Querías, Matthew...

Una pausa, luego:

—Adelante...

—Lo siento. ¿Qué era...?

Nueva pausa.

—Sólo quiero...

—Tenía intención de...

Fue entonces cuando saltó Matthew.

—¡Un título!

—¿Qué?

—Vamos, Théo. Un título, nada más que el título de una película, en la que dos personas insisten en tratar de hablar al mismo tiempo.

Lo que seguía eran protestas mezcladas de: «¡No me lo digas, no me lo digas!», y: «¡Se ha terminado el tiempo! ¡Prenda!», hasta que Théo acertaba con el título o pagaba prenda.

En un primer momento las prendas fueron estrictamente monetarias. Un franco, dos, cincuenta céntimos, dependiendo de los recursos de la víctima o del capricho del vencedor. Pero pronto los tres se aburrían de aquellas recompensas insignificantes, que, por otra parte, como sus escasos recursos acababan siempre en un fondo común, llegaron a parecerles totalmente sin sentido. No, del mismo modo que una jerarquía de juicios, pruebas y desafíos transformaría el juego, que había empezado de manera tan inocente, con bromas y risitas infantiles, en un sacramento y en una liturgia, las prendas adquirirían, a su vez, una significación completamente nueva.

Volvamos a aquella tarde primera. Théo y Matthew salieron del piso a las cinco en punto. La Mobylette de Théo estaba sujeta con cadena y candado al pie de las escaleras en el vestíbulo del edificio de apartamentos. El plan consistía en que Théo fuera al hotel con Matthew en el asiento trasero, lo depositara a la entrada y regresara a casa, dejando que su amigo hiciera las maletas y volviera al piso por su cuenta en un taxi. Pero Théo haría algo más, un desvío del itinerario que no se había atrevido a explicarle a Isabelle: se proponía pasar por la Cinémathèque para ver si, por casualidad, había abierto otra vez sus puertas. Temeroso de la lengua viperina de su hermana, había exigido de Matthew que guardara el secreto, bajo pena de tortura.

Pero si alguien te suplica que no divulgues una confidencia, casi con toda seguridad la dejará escapar él primero. Y así sucedió en este caso. Tan deprisa, en efecto, que cuando Matthew regresó al *quartier des enfants*, Isabelle ya estaba al tanto de un secreto que ni siquiera el potro de tortura habría logrado arrancarle. No hace falta decirlo, el cartel de *Fermé* seguía colgado de la reja de la Cinémathèque.

También Matthew tenía su secreto. Era martes, el día en el que acostumbraba confesarse. Razón por la cual, después de que Théo se alejara a toda velocidad, había seguido en dirección opuesta a su hotel para tomar el metro y presentarse en la avenida Hoche.

Allí, en la iglesia británica, en una capilla frente al confesionario, había una Virgen con un globo terráqueo, semejante a una pelota de baloncesto, bien apretado contra los pliegues esculpidos de la túnica. El rostro, pálido, se inclinaba hacia un lado. El halo, rodeado por una guirnalda de estrellas, parecía un ventilador en movimiento. Los ojos, vidriosos, extraviados, estaban abiertos pero parecían cerrados, como si alguien hubiera dibujado pupilas falsas sobre la superficie de los párpados.

Matthew se arrodilló ante ella y rezó por algo que no se considera materia apropiada para una plegaria, algo que, si llegaba a suceder, le obligaría a confesarse y a arrepentirse.

En vano forcejeó interiormente para no formular, incluso para dejar de pensar aquella petición blasfema. Por desgracia, el problema consiste en que la carne no es débil, sino terriblemente fuerte.

De hecho, la Virgen escuchó su plegaria. Y aunque sus ojos pintados no derramasen lágrimas, los de Matthew sí lo hicieron, lo que ya era, por sí solo, algo muy parecido a un milagro.

Al salir de la capilla vio que una mujer de edad abandonaba el confesionario. Después de un momento de vacilación, Matthew ocupó el sitio que había quedado libre.

—Bendígame, padre —murmuró—, porque he pecado.

El acento del sacerdote era irlandés, su voz cansada y sonora.

—¿Cuánto hace desde la última confesión?

—No me ha entendido, padre —dijo Matthew, impaciente por acabar—. Acabo de pecar. Aquí mismo, en esta iglesia.

—¿Cómo? —preguntó el somnoliento sacerdote saliendo bruscamente de su sopor.

De regreso al hotel, guardó sus pertenencias en una maleta de cuero. Luego pagó la cuenta y le pidió al conserje que le llamara un taxi.

Cuando el automóvil que lo llevaba se detuvo en el semáforo próximo al cruce del Odéon, pasó a toda velocidad un coche de bomberos: la sirena gimiendo, la enorme manguera enrollada como pelo trenzado, los bomberos vestidos de rojo, agarrados desesperadamente al vehículo, como los Keystone Kops del cine mudo. Su aparición hizo que se acordara de su dormitorio de San Diego, de la casa de sus padres, de los chalés de los vecinos, todos parecidos, con sus aspersores en el jardín y sus rancheras de color beis y crema, estacionados delante de la puerta abierta del garaje. Porque hay algo acogedor, que lleva inesperadamente a la nostalgia, en un coche de bomberos.

Matthew apartó la vista. El rojo del semáforo dio paso al verde y el taxi siguió su camino.

Aquella noche Matthew llevó a cenar a Théo e Isabelle a una marisquería y cervecería de la plaza Bienvenue de Montparnasse, para agradecerles que lo hubieran invitado a quedarse en el piso. Pidieron una bandeja colosal de ostras, percebes, cigalas, buccinos, gambas, cangrejos y langosta, todo sobre un lecho de hielo machacado. Con ayuda de martillos y tenazas dejaron la bandeja tan devastada como un yacimiento arqueológico.

Pasaban unos minutos de la medianoche cuando regresaron al piso. El poeta y su esposa se habían retirado ya. Se proponían ponerse en camino hacia Trouville al amanecer.

Con cierta frecuencia, cuando estaba a punto de iniciar o terminar uno de sus libros, el poeta optaba por trasladarse a su casa de verano en la costa normanda. Y si bien, en viajes anteriores, cuando sus hijos aún eran niños, su mujer se quedaba en París, ahora requería su presencia, para el caso de que, en algún momento intemporal de la hora de la inspiración (a menos veinte o a y veinte), el caprichoso ángel guardián de su Musa renunciara a posarse sobre la página virgen.

A sus hijos, insistía, se los podía dejar solos. Eran seres maduros e inteligentes. Además, estaba su hermana, una señora soltera, de poco más de sesenta años, para asegurar que todo se hiciera como tenía que hacerse.

Y, una y otra vez, se había demostrado que estaba en lo cierto. Los padres regresaban, encontraban el piso en perfecto estado, y a sus vástagos concienzudamente entregados a sus tareas escolares, en el proceso de traducir a Virgilio o de resolver algún rompecabezas matemático en el que intervenían cañerías, lavabos y grifos que goteaban.

Inimaginada, inconcebible era la metamorfosis que habían sufrido mientras tanto el piso y sus ocupantes. Porque cada uno de aquellos viajes paternos dejaba a los gemelos entregados a sus peculiares iniciativas. Iniciativas múltiples, variadas y maravillosas, con las que tanto Théo como Isabelle, al menos desde el comienzo de la adolescencia, habían aprovechado la libertad física y espiritual que se les concedía. Como jugadores que, privados de sus naipes o de sus dados, utilizan para hacer apuestas los números de las matrículas de los automóviles, o la velocidad con que las gotas de lluvia se deslizan por el cristal de una ventana, o cualquier otra cosa, los dos hermanos sólo necesitaban la mutua complicidad, incondicionalmente ofrecida, para descender a sus infiernos particulares.

Al aventurarse por el mundo bajaban las luces como baja sus faros un coche que, de noche, se cruza con otro por la carretera. Una vez allí, tan pronto como la puerta que daba al mundo se había cerrado tras ellos, las mismas luces volvían a brillar con gran fuerza, cegando el ojo desprotegido.

Lo que iba a suceder, por tanto, no era nada nuevo; si esta vez su locura era más intensa, se debía quizá a que en Matthew habían encontrado al fin un hijo para su incestuosa cuna.

Los primeros días fueron tranquilos. Por las mañanas, en la cocina, desayunaban copos de maíz, impertérritos ante los fragmentos secos que iban recubriendo los bordes de los tazones sin lavar. Luego Isabelle acompañaba a

su hermano en su Mobylette al instituto en el que los dos estaban matriculados, mientras Matthew tomaba el metro para trasladarse a su escuela de idiomas en las afueras. Todas las noches, al volver, abandonaban abrigos, chaquetas y bufandas sobre el suelo del vestíbulo, se retiraban al *quartier des enfants* y se entregaban a sesiones cada vez más obsesivas de «películas a domicilio», para las que habían empezado ya a atribuirse una puntuación.

Fueron días gozosos para Matthew, que, a veces, al volver de sus clases, sólo iba en metro hasta Denfert-Rochereau. Desde allí, con paso elástico, hacía a pie el resto del camino hasta el apartamento, entusiasmándose con la perspectiva de pasar otra velada en compañía de sus amados mentores y torturadores.

Inevitablemente, sin embargo, las cosas no podían durar mucho tal como estaban. Porque así es como funciona una droga, que atrapa a su víctima con la sagacidad del tahúr que permite al futuro adicto ganar unas cuantas manos antes de asestar el golpe definitivo. Théo e Isabelle eran adictos de nacimiento, adictos para cuya ansia el cine y ellos dos eran los únicos narcóticos de los que habían tenido conocimiento. Matthew —quien, de no haber abandonado San Diego, sin duda se habría casado con algún amor de la adolescencia, alguna muchacha coqueta y encantadora, toda paciencia, gratitud y astucia—, por su parte, se había comprometido de una vez por todas con la incierta suerte de los gemelos.

La primera fase de «películas a domicilio», su prehistoria, duró más bien poco, porque Isabelle, cansada de tener que esperar una ocasión para atacar, no tardó en forzar las cosas.

Una tarde, vestida con mono blanco, un improvisado turbante también blanco y unas gafas oscuras de montura blanca, al estilo de alguna actriz de Hollywood de los años treinta fotografiada en una postura informal en la terraza de su mansión de Bel Air, se presentó en el dormitorio de Théo, donde su hermano y Matthew se leían en voz alta fragmentos de números atrasados de *Cahiers du Cinéma*. Los ojos inquisitivos de Isabelle repararon en el revoltijo cada vez mayor de libros, revistas, ropa interior, sándwiches a medio comer y cáscaras de cacahuets. Sonriéndose, sacó un cigarrillo y golpeó el extremo contra la cajetilla con sincopada violencia. Luego, adornándose con una ostentosa bocanada de humo, al tiempo que mascaba su observación con un lado de la boca como si fuera un trozo de chicle, escupió:

—¡Menuda pocilga!

Sin alzar los ojos de la página que leía, Théo respondió maquinalmente: Isabelle sonrió triunfante.

—*Liz Taylor en. ¿Quién teme a Virginia Woolf?*
 —¡Te equivocas!
 —¡No me equivoco!
 —¡Claro que sí!
 —*En la escena inicial dé. ¿Quién teme a Virginia Woolf?...*
 Al darse cuenta de su error, Théo se interrumpió.
 —Ah, ya entiendo. Liz está imitando a otra actriz, ¿no es eso? ¿Bette Davis?
 —¿En qué película, hermano querido?
 —Dios santo, debería saberlo. ¿Es una película que he visto?
 —La vimos juntos.
 —¿En serio?
 Théo se esforzó por recordar.
 —Dame una pista.
 —Por supuesto que no.
 —Sé buena. El nombre del director.
 —No.
 —Sólo el nombre del director.
 —No.
 —Cuántas palabras tiene el título.
 —He dicho que no.
 —¿El número de palabras del título? ¿Es pedir demasiado? —intentó engatusarla—. *S'il te plaît, Isa, s'il te î.*
 —No.
 —La primera letra de la primera palabra.
 —Cielos, eres patético —dijo Isabelle con expresión desdeñosa—. ¿No te parece patético, Matthew? ¿No crees que es patético?
 —¡Matthew! —exclamó Théo—. ¡Seguro que lo sabes!
 Pero Isabelle cortó en seguida por lo sano. ¿Acaso la Esfinge le dio pistas a Edipo?
 A Théo no le quedó más remedio que declararse derrotado.
 —*Más allá del bosque* —dijo Isabelle—. Dirigida por King Vidor en 1949. Paga prenda.
 —De acuerdo. ¿Cuánto?
 —Esta vez no —replicó su hermana, imitando todavía a Bette Davis—. Esta vez quiero pago en especie.
 —¿Qué quieres decir con pago en especie?
 Isabelle se bajó las gafas de estrella de cine.

—Te reto a que hagas ahora, delante de nosotros, lo que te he visto hacer —se quitó las gafas del todo y las agitó en dirección al retrato oval de Gene Tierney— delante de ella.

Aquel desafío, desconcertante para Matthew, quien, de todos modos, sintió cernirse por la habitación extrañas sombras nuevas, se recibió con un silencio tan absoluto que fue perfectamente capaz de mantenerse íntegro entre toda clase de sonidos superfluos, prosaicos. La voz de Trenet trató en vano de interrumpirlo.

*Ce soir c'est une chanson d'automne
devant la maison qui frissonne
et je pense aux jours lointains.
Que reste-t-il de nos amours?
Que reste-t-il de ces bonsjours?
Une photo, vieille photo
de ma jeunesse.*

Después de mirar primero a Matthew, Théo se volvió una vez más hacia su hermana, la boca desfigurada por una densa carga de malhumor.

—No sé de qué estás hablando.

—Claro que lo sabes, precioso mío —continuó Isabelle con gran dulzura—. Sólo que, *voilà*, no sabías que yo estaba al tanto. Esas tardes en las que vuelves de clase, echas el pestillo a tu puerta y empiezan a crujir los muelles del somier. Caramba, ¿crees que soy tan lerda como para no imaginarme lo que está pasando? Además, la cama está frente al ojo de la cerradura.

*Bonheurs fanés, cheveux aux vents,
baisers volés, rêves mouvants,
que reste-t-il de tout cela?
Dîtes-le-moi.*

Un p'tit village, un vieux clocher...

—Debes prenda —repitió Isabelle con mucha calma.

—No lo voy a hacer.

—¿No lo vas a hacer?

—Tú no lo harías.

Isabelle sonrió.

—Gene Tierney no es mi tipo —dijo, después de mirar el retrato.

—Qué mala persona eres. Mala y sádica.

—No, soy partidaria de Sade. No es lo mismo, ni mucho menos —bostezó—. ¿Pagas la prenda o te vas a arrugar, lo que, no sé si te das cuenta, supondría el fin del juego?

Los ojos de Théo pasaron por turnos de uno a otro: Isabelle, Matthew, el retrato oval.

—Muy bien, Isa. El juego debe continuar.

Habló con la voz del actor que recibe un telegrama fatídico en el momento en que va a alzarse el telón y ha de interpretar una comedia frívola.

Matthew nunca se había sentido tan cerca de detestar a Isabelle como en aquel instante. La detestaba por haber arrancado de Théo, de su amigo, un pacto humillante de cuya naturaleza precisa permanecía aún ignorante, pero que evocaba ya recuerdos incómodos de indignidades impuestas por lascivos *boy scouts* en tiendas de campaña montadas en claros solitarios.

Pero somos especialmente despiadados cuando descubrimos nuestra propia bajeza, nuestras espantosas hipocresías reflejadas en las de otro, y el miedo que se apoderó de Matthew, un miedo que abarcaba no sólo a Théo sino a su futuro personal, en aquella isla, aquel planeta, en aquel apartamento en un primer piso junto a la plaza del Odéon, fue acompañado de un júbilo casi incontrolable.

Théo se puso en pie y se quitó el jersey. Sin terminar de desabrocharse la camisa, se la sacó por encima de los omóplatos. No tenía pelo en el pecho, a excepción de un único mechón oscuro que, como un riachuelo de montaña, le brotaba del ombligo antes de esconderse tras el cinturón. Al desabrochárselo, dejó que los pantalones de pana se derrumbaran a sus pies. Luego, inclinándose hacia delante, los apartó con un gesto brusco.

Momento en el que Isabelle se tapó los ojos con las manos y gritó:

—¡No, no! ¡Por el amor de Dios, no!

El asombro de Matthew fue grande. ¿Iba a dar marcha atrás? ¿Se daba cuenta de que Théo había sido más listo, al obligarla a descubrir su farol?

Ni mucho menos. Porque, asomándose con cautela entre los dedos entrelazados, como si fueran dos tablillas de una veneciana, Isabelle se estremeció.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te quites los pantalones antes que los calcetines? Mírate, memo, los llevas de color azul marino. Te dan un horroroso aspecto de mutilado cuando estás desnudo. Fuera con ellos ahora mismo.

Después de mirar a su hermana con el ceño fruncido, Théo se quitó los calcetines. Al cabo de unos instantes empezó a desprenderse de los calzoncillos blancos, pero enrollándolos más que bajándoselos, a la manera en que una mujer enrolla una media de nailon antes de introducir el pie y se la alisa después a lo largo de la pierna con la palma de la mano. Se los terminó de quitar cuando le llegaron a la altura de los tobillos y se quedó parado delante de ellos, con las rodillas juntas, ligeramente estremecido, como un Sebastián sin flechas.

Libre ya de la sucia crisálida de su propia ropa, la transformación fue tan sorprendente como la de esos harapientos golfillos de Fez o de Tánger que, una vez en la playa, se mudan a las galas de su desnudez.

Se contempló el pene durante un segundo o dos. Estaba casi en erección. Los testículos parecían tan pesados como calabazas.

Se arrodilló sobre la cama debajo del retrato oval. Théo, sus ojos cautivados por la máscara de imperturbabilidad con la que la actriz le devolvía las miradas, empezó a tocarse. Siguiendo el ritmo de los muelles de la cama, que resonaban por la habitación como los émbolos de un tren expreso que lo acercase cada vez más hacia su meta, la mano se aceleró, redescubriendo de manera instintiva un antiguo latido familiar. Era como si su miembro amoratado dirigiera los movimientos de la mano, y no al revés, como si no pudiera retirar los dedos aunque hubiese querido, a la manera en que, durante un solo momento aterrador, se nos pegan los dedos al asa ardiendo de una cacerola. Y cuando llegó el clímax, el chorro de esperma que su pene arrojó —esperma que brillaba, así le pareció a Matthew, con diminutas partículas nacaradas de luz— se mantuvo en el aire durante una fracción de segundo, detenido en su vuelo, como una fuente que de repente se congela y produce, si se chasquean los dedos contra el resplandeciente pináculo de hielo en el que se ha convertido, una nota musical, aguda, pura, plateada.

Luego, bruscamente, todo fue húmeda pegajosidad, vello apelmazado en los muslos, el olor, ligeramente dulce, de la pasta de pescado.

Théo quedó tumbado en la cama, jadeante, apoyado sobre un costado, las manos alineadas con la columna vertebral, en la postura del fumador de opio. En el nido de la entrepierna, el ave madre empollaba otra vez plácidamente sus dos huevos.

Isabelle era una *voyeuse* sutil. Le gustaba espiar a los *voyeurs*. Tras las gafas oscuras, mientras Théo se masturbaba, sus ojos, nerviosos, iban y venían velozmente, de su hermano a Matthew y viceversa. Una vez terminado el espectáculo, esos ojos se volvieron indescifrables.

Sólo se podía discernir, detrás de las sombras, un revoloteo de pestañas como mariposas nocturnas en la oscuridad.

En cuanto a Matthew, que había presenciado la escena sin decir palabra, su cuerpo mentía tan poco sobre sus sentimientos como podía hacerlo él mismo. Tenía las mejillas enrojecidas, le temblaban las manos, y en la entrepierna le parecía sentir un puño apretado entre los muslos. Se preguntaba si podría mirar de nuevo a los ojos a Théo.

De la manera más inesperada, sin embargo, después de aquella apuesta tan alta se produjo una tregua, un armisticio, un descanso que les permitió superar los dos días que siguieron. Ya fuera porque nada de lo que ninguno de ellos dijo o hizo evocó un gesto similar en alguna película clásica o, lo más probable, porque a todos les parecía tan inimaginable avanzar como retroceder, el grito de «¿qué película?» o «dime el título» dejó de resonar por el piso durante algún tiempo.

Matthew sabía que el asunto no había terminado, que no podía terminar así. Théo, por supuesto, volvió a vestirse sin el menor alboroto y actuó como si nada hubiera sucedido que pudiera provocar un cambio de política. Pero a Matthew le parecía sumamente sospechosa la anormal compostura de su amigo precisamente porque, para él, algo sí había cambiado, y de manera permanente.

Las nubes se deslizaban por el techo. En aquella nueva atmósfera de vigilancia y expectación, el *quartier des enfants* se balanceaba, suspendido en una jaula. Y sin embargo, como otras veces, y a la misma hora, aquella noche y la noche siguiente, Matthew salió de puntillas de su dormitorio y recorrió el pasillo hasta llegar al de Théo. Allí, como si también estuviera hecho a propósito, la puerta había quedado entreabierta y la lámpara de la mesilla de noche, encendida. Y Matthew procedía en silencio a absorber el espectáculo de hermano y hermana, extremidades entrelazadas, una pierna visible sobre la ropa de la cama, la silueta de la otra discernible debajo, como un cisne y su reflejo sobre la superficie de un lago.

El juego se reanudó dos tardes después de que Théo hubiese pagado su prenda en especie. Se hallaban, como de costumbre, en el *quartier des enfants*, donde Théo, de pie junto a la ventana, seguía con expresión soñadora el progreso de la alta sombra vertical que la atravesaba lentamente.

De pronto, precisamente cuando formaba una equis con el travesaño que separaba las dos hojas de cristal, se apretó el pecho, derrumbándose sobre la alfombra.

—¡Aaaah! —exclamó—. ¡Me han alcanzado!

Retorciéndose se arrancó la ropa.

—¡Qué dolor! ¡Qué desesperación! ¡Me muero!

Isabelle levantó por fin la vista de la novela que leía.

—¿Qué te pasa? —preguntó, pero sin curiosidad, de manera formularia.

Théo se levantó de inmediato con una sonrisa.

—¿Qué película?

Isabelle llevaba dos días esperando a que su hermano le volviera las tornas. Aquella pregunta, sin embargo, la sorprendió por completo. Sólo pudo, estúpidamente, obligarle a que la repitiera.

—Dime una película, por favor, en la que una cruz marca el lugar de un asesinato.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué no?

—Tiene que haber montones de películas.

—Si tal es el caso, no os será difícil dar el título de alguna. Tú también, Matthew.

Matthew palideció. Le había llegado el turno.

—¿Yo?

—No existe una regla que impida desafiarnos a la vez.

—Pero, Théo, yo no tuve nada que ver con lo que pasó.

—El título de una película —fue la respuesta de Théo—. O paga prenda.

La venganza, según un dicho francés, es un plato que se sirve frío. Estaba claro que Théo prefería la suya bien caliente. *À chacun son goût*, como también dicen los franceses.

Matthew le dio vueltas en la cabeza una y otra vez sin el menor resultado. Si aún quería librarse de las consecuencias del desafío de Théo, consecuencias en las que prefería no pararse a pensar, no tenía otra alternativa que dar un título. Isabelle, sin duda, estaba en lo cierto. Tenían que existir docenas de películas en las que una cruz señalara el lugar de un asesinato; y si no docenas, al menos una docena, o media, tres o cuatro; tenía que haber por lo menos tres o cuatro.

Pero debido al miedo a lo que podía sucederle en aquel maldito apartamento, no le era posible concentrarse. Si Théo le hubiera pedido el título de una película, de cualquier película, tampoco habría sabido qué decir.

Isabelle, por su parte, recuperó en seguida la compostura. No propuso respuesta alguna a la pregunta planteada. Tampoco suplicó, como había hecho Théo, que le proporcionara alguna pista o indicio. Era ella, después de todo, quien había introducido una nueva dimensión en el juego; y conocía demasiado bien a su hermano, y se conocía a sí misma, para engañarse suponiendo que cualquiera de los dos pudiera regresar a las apuestas infantiles con las que antes se conformaban.

—Se ha terminado el tiempo —dijo Théo por fin, como sin darle importancia.

—¿El título? —preguntó Isabelle. Era una mera formalidad, pero había que respetarla.

—¿El título? *Scarface, el terror del hampa*. Howard Hawks, 1932.

—¿Y la prenda?

—Vamos a ver —declaró Théo, irguiéndose en la silla—. Como sabes, Isa, no soy un sádico. Ni siquiera partidario de Sade. Sólo quiero ver feliz a todo el mundo, que nadie se quede fuera. Me gustaría que Matthew y tú, mis dos compañeros más queridos, hicierais el amor delante de mí.

Isabelle cerró la novela, no sin antes colocar una señal en el sitio donde había interrumpido la lectura.

—Como quieras.

—Pero aquí no —precisó Théo—. No me apetece dormir sobre el repugnante semen de otra persona. Sin ánimo de ofender, Matthew.

Mientras este último se sentía incapaz de moverse, Isabelle siguió haciendo preguntas sencillas, prácticas, sobre lo que se esperaba de ella.

—¿Dónde entonces?

—En el cuarto de invitados. Delante del Delacroix. Quién sabe —propuso Théo con una sonrisa—, una reproducción quizá lleve a otra.

—¿No te importa que me desnude aquí?

—Como prefieras.

Isabelle apagó el cigarrillo en un cenicero de bronce, luego fue hasta el tocadiscos y lo puso una vez más en marcha con la canción de Trenet. Dado que la melodía había pasado a ser el tema musical del juego, habría sido inconcebible pagar prenda sin tenerla como fondo sonoro.

Se desnudó sin excesiva prisa, como para irse a dormir. No miró desafiante ni a Théo ni a Matthew, ni tampoco apartó la vista recatadamente. El único indicio de perversidad en su actuación fue conservar las gafas oscuras todo el tiempo, quitándoselas al final, como si sólo entonces quisiera ofrecer sus ojos frontalmente.

Aquella joven, que se las ingeniaba para llevar la ropa pasada de moda de su abuela de manera tan convincente como un ave del paraíso su improbable plumaje, parecía ahora incorpórea, separada de su torso, que exponía de manera tan desapasionada como si sostuviera para subastarlo un desnudo de sí misma.

Era un torso admirable, esbelto, y todos sus pliegues, depresiones y huecos provocaban la tentación irresistible de la inquisitiva penetración del dedo: las concavidades de los hombros, nalgas y rodillas, los sombreados entrantes del abdomen, las dos sendas que convergen hacia ese pozo mágico en lo más hondo del bosque de cuento de hadas que es el pubis.

De pie en el charco de su ropa, Isabelle esperó a que Matthew procediera a desnudarse.

Por fin le había llegado el momento, el instante tanto tiempo temido, en el que iban a montarlo a la fuerza en la montaña rusa.

El deseo que le inspiraban tanto Théo como Isabelle forcejeaba en vano con los recuerdos que explotaban en su cerebro con la fuerza de cargas de profundidad, cuadros infantiles de escolares arrastrados entre gritos detrás de los retretes del patio de recreo, los testículos embadurnados de betún, el vello púbico afeitado. Por ridículo que aquello le hiciera a ojos de sus amigos, sólo existía una posibilidad: huir.

Se lanzó de costado hacia la puerta. Pero Théo, que hasta aquel instante había parecido tan indolente como una odalisca, se puso en pie de un salto cerrándole el paso. Acorralado, Matthew retrocedió.

Se había roto el hechizo. Théo e Isabelle se relajaron. Entre risitas, empezaron a acercársele.

—Vamos, vamos, mi pequeño Matthew —zureó Isabelle—, no estás siendo muy galante, ¿sabes? ¿Tan odiosa te resulta la perspectiva de hacer el amor conmigo?

—¡Os he visto! —gritó Matthew—. ¡A los dos!

Théo dio un paso atrás.

—¿Qué dices?

—¡Juntos en la cama!

—¡Ah! —exclamó Théo—. Nuestro invitado nos espía. Vaya, eso no es una muestra especial de amistad. Sobre todo si se tiene en cuenta que hemos sido muy hospitalarios.

—¿Qué es lo que te asusta? —le preguntó Isabelle—. ¿Acaso no tienes una raja? Siempre he temido que alguien tan agradable y bien hecho y limpio como tú pudiera no tener una raja en el trasero, tan sólo una suave esfera de carne rosada, tierna como la de un bebé. ¿Es eso, Matthew? ¿Es eso lo que no quieres que veamos?

—No, no, Isabelle, por favor.

Se abalanzaron sobre él. Más alto y musculoso, Théo lo tuvo muy pronto tumbado en la alfombra. Le quitaron las playeras, los calcetines, la sudadera de la Universidad de California. Frenético, trató de escurrirse. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Un movimiento de impotencia de un brazo hizo que rozara los pechos de Isabelle. Sin embargo, tan pacientes como si estuvieran arrancándole las hojas a una alcachofa, tan metódicos como si lo estuvieran sometiendo a la tortura de un millar de cortes, prosiguieron con su tarea de verdugos, y descubrieron el pecho lampiño, ligeramente cóncavo, los brazos escarchados de nivea pelusilla, las piernas esbeltas, tostadas por el sol.

Para entonces Matthew había dejado de ofrecer resistencia. Con Isabelle sentada a horcajadas sobre sus piernas, los brazos sujetos al suelo por Théo, lloraba como lloran los niños pequeños, en un mar de lágrimas y mocos. Estaba desnudo, a excepción de unos calzoncillos de color azul pálido que, con un giro de muñeca, Isabelle le bajó hasta los pies y tiró lejos, hechos un rebujo.

La primera sorpresa fue la blancura de la entrepierna. Comparado con los brazos, las piernas y el pecho perennemente bronceados del adolescente norteamericano para quien el sol es una fuente de energía tan sencilla, diaria y nutritiva como un vaso de leche tibia, el abdomen de Matthew les hizo pensar en un trozo de pared de donde, en otro tiempo, colgaba un cuadro.

El vello púbico era oscuro, sedoso y nada ensortijado, como el de un oriental. Los testículos eran dos grosellas grises. El pene, circunciso, pequeño, aunque no anormalmente pequeño, era tan rollizo y redondo que parecía, más bien, un tercer testículo. Una cosa encantadora que, tan pronto como se ponían los ojos en ella, se sentía el deseo de tenerla tiernamente entre las palmas de las manos como un gorrión palpitante.

Que fue exactamente lo que hizo Isabelle. Antes de que Matthew tuviera tiempo de suplicar por última vez, empezó a amasar aquél pene con manos expertas, manos de alfarero, moldeándolo, esculpiéndolo, abrigándolo, alisándole las arrugas.

Para Matthew, que no había sentido nunca una mano ajena en sus órganos sexuales, fue como si acabara de descubrir en su cuerpo una extremidad inexplorada. Contuvo el aliento. Algo duro y tenso en su interior, algo que durante largo tiempo su alma había crucificado dentro de su cuerpo, quedó por fin en libertad.

Cuando Théo le soltó los brazos, instintivamente se abrazó a los redondos hombros de Isabelle. La muchacha se le tumbó encima, aplastándole el pene, que estaba ya curiosamente curvado como el brazo de un sofá estilo Imperio, obligándole otra vez a retener bruscamente el aliento.

Sus bocas se acercaron, luego los sexos.

Aún quedaban obstáculos que superar. Los dos eran vírgenes, Isabelle porque nunca había hecho el amor excepto con su hermano, Matthew porque nunca había hecho el amor excepto consigo mismo. A la larga, sin embargo, bocas y sexos se encontraron al mismo tiempo, como botones adyacentes, simultáneamente abrochados en el delantero de una camisa.

Mientras en el exterior, bajo la ventana del dormitorio, podría haberse oído, si alguien hubiera estado escuchando, un inexplicable ruido de pisadas y una fanfarria de sirenas policiales, Matthew e Isabelle se entregaron a las adorables torpezas del amor. Ante los ojos de Théo, opacos de repente al sentirse otro, pagaron su prenda.

Esa noche nadie recorrió de puntillas el corredor del *quartier des enfants*. Si alguien lo hubiera hecho, si la puerta del dormitorio de Théo hubiera quedado entreabierta y estuviese encendida la lámpara de la mesilla, se habría visto a Théo, Isabelle y Matthew que dormían juntos, convertidos en un animal de tres espaldas.

Aunque aquella primera noche constituyera un momento crucial en el equilibrio del piso, no hizo, sin embargo, que «películas a domicilio» llegara a su fin, sino que, por el contrario, inauguró una nueva etapa. A partir de entonces practicarían aquel entretenimiento de manera tan obsesiva, tan monótona, como un náufrago juega a tres en raya sobre la arena, como un preso crea finales de partidas de ajedrez con sombras y migas de pan. Excepto que, sin saberlo ellos, no eran en absoluto jugadores, sino peones, peones movidos de casilla en casilla por el verdadero director del juego, que dominaba sobre el tablero como Fantomas sobre París.

Durante las dos semanas que siguieron, el cielo liberó láminas continuas de una lluvia tan punzante que el trío se vio obligado a no salir apenas de casa.

Al principio Théo seguía haciendo sus excursiones regulares al 16^{eme} *arrondissement*, y daba la vuelta al palacio de Chaillot sin apearse de la Mobylette; luego regresaba al piso con la barra de pan y el cartón de leche que supuestamente había salido a comprar. Antes de que pasara mucho tiempo, sin embargo, también se acabaron aquellos viajes. La Mobylette empezó a oxidarse en el húmedo vestíbulo.

Los relojes se paraban y nadie les daba cuerda. Las camas no se hacían, no se lavaba la vajilla ni se descorrían las cortinas. Gradualmente, la hora del día, luego el día de la semana, a la larga incluso el mes del año perdieron su sentido. Los fines de semana llegaban y pasaban inadvertidos. Sábados y domingos —que son, en la vida bien ordenada de un honesto ciudadano

medio, las figuras resplandecientes de la baraja del calendario social— se hicieron más difíciles de distinguir de los naipes corrientes sin rostro de la semana laboral, hasta que el único indicador del paso del tiempo fueron las visitas a un supermercado de lujo de las proximidades.

Aquellas incursiones —porque eso eran, en esencia— dejaban a Matthew tan aterrorizado como cuando había tenido que atravesar el Louvre a la carrera. Mientras él llenaba su carro de alimentos básicos, sus compañeros, con toda tranquilidad, se llenaban los bolsillos y forros del abrigo de langostas, trufas y caviar, mangos, *foie gras*, melocotones y, en una memorable ocasión, una mágnam de champán que Théo escondió en la amplia parte delantera de sus pantalones de pana. La salida del supermercado le resultaba a Matthew tan aterradora como el paso por la aduana de un aeropuerto.

Mientras tanto, nadie cobraba los cheques que el poeta había dejado para sus hijos sobre la repisa de la chimenea.

Confinados en aquella isla a menos de doscientos metros de la iglesia de San Sulpicio y del teatro del Odéon, los tres jóvenes se comportaban como podría haberlo hecho cualquier náufrago. Una vez superado el estadio inicial de otear angustiados el horizonte en busca de signos de civilización, de inspeccionar el palacio de Chaillot e incluso de molestarse en asistir a una o dos clases, empezaron a aceptar con resignación lo que estaba destinado a ser una larguísima temporada.

Cuando no hurtaban exquisiteces del supermercado, preparaban y comían los alimentos que todavía encontraban en el frigorífico. Aquellos mejunjes excéntricos, mezclas indiscriminadas de dulce y agrio, frío y caliente, carne y pescado, Isabelle los servía directamente de las cacerolas en las que los había preparado. Y si cualquiera de los dos varones de la casa rehuía una *fondue* tibia acompañada de una gélida compota de brócoli y ciruelas o un pisto con un inexplicable sabor a mostaza, declaraba con elegante indiferencia:

—Limítate a comerlo como si estuvieras en un exótico país desconocido y esto fuera su plato nacional.

Era Isabelle quien mantenía a raya el mundo exterior. Quien, falsificando la letra de su madre, escribió una carta al director del instituto donde Théo y ella estudiaban, anunciándole que ambos guardaban cama aquejados de una hepatitis vírica. También aceptó entrevistarse con la tía a la que sus padres

habían encargado que se ocupara, durante su ausencia, del bienestar de sus hijos.

Aquella buena señora, que asumía su función de mentora tan sólo por sentido del deber, había asombrado a su familia casi veinte años atrás al cambiar un violín por un club nocturno, lo que quiere decir que vendió el Stradivarius que había heredado de su abuelo, un celebrado virtuoso polaco, para adquirir la mitad de Le Nègre Bleu, un *cabaret* lleno de humo próximo a los Campos Elíseos. Desbordada por facturas, normas del Ministerio de Sanidad y un personal de jóvenes histéricos a la greña, le encantó saber de boca de su sobrina que tanto su hermano como ella comían saludablemente, sacaban buenas notas en el instituto y se acostaban a las once.

Poco a poco, Matthew fue teniendo acceso a los secretos más íntimos de sus amigos. Por ejemplo, una fotografía amarillenta —arrancada de un antiguo *Paris-Match* y puesta a buen recaudo por Isabelle dentro de un manoseado ejemplar de una novela de Gide titulada, precisamente, *Isabelle*— de uno de los hijos del clan Kennedy, de perfil, catorce años de edad, inmediatamente después de haber sido corneado en el cuello en Pamplona, a quien Dios había concedido, según ella, con sangre y todo lo demás, «el rostro más hermoso del mundo».

—Escondemos la sangre —dijo—, cuando deberíamos alardear de ella. La sangre es hermosa, tan bella como una piedra preciosa.

Théo le dejó examinar una página de manuscrito que había robado del escritorio de su padre y que, con toda seriedad, esperaba vender algún día por una pequeña fortuna. De las doscientas y pico palabras escritas a mano por el poeta, sólo siete no estaban tachadas. Eran siete palabras, por añadidura, que habían servido de piedra angular a uno de los poemas incluido con más frecuencia en las antologías.

Isabelle mostró a Matthew un frasco con somníferos que había reunido a lo largo de varios meses con el pretexto de un falso insomnio u otra cosa parecida. Estaban destinados a su posible suicidio, si es que las cosas llegaban tan lejos.

—Son mi billete de vuelta —dijo—. Hay quien nace suicida y hay quien no. Los primeros no se matan necesariamente, los segundos lo hacen a veces. Yo pertenezco a la primera categoría, tú a la segunda.

—Nunca me suicidaré —afirmó Matthew categóricamente—. Creo de verdad que si te matas vas al infierno.

También él había revelado su secreto último, la avenida Hoche.
—Uno se mata porque ya está en el infierno —dijo Isabelle.
—Eso es ingenioso —replicó Matthew—, pero Jesús era más ingenioso.
Déjame que te lo explique así: nunca me suicidaré porque te quiero.
—Dices eso pero quizá no me quieras siempre.
—Siempre te querré.
—Me extrañaría. Si no fuera porque *amour* rima con *toujours*, quizá nunca habríamos pensado en identificar amor y eternidad.

Matthew e Isabelle hablaban con frecuencia de incesto, del amor corporal entre hermano y hermana.

Un día le preguntó cómo Théo y ella habían llegado a estar unidos del modo en que lo estaban.

—¿Théo y yo? Fue —replicó con sencillez— amor a primera vista.
—¿Qué haríais si vuestros padres lo descubrieran?
—No debe suceder nunca.
—Sí, claro. Pero ¿y si sucediera?
—No debe suceder.
—Pero vamos a suponer, sólo como simple hipótesis, que vuestros padres lo descubrieran. ¿Qué haríais entonces?
Isabelle reflexionó un momento.
—No debe suceder nunca, jamás.
Se produjo una pausa antes de que Matthew hablara de nuevo.
—Supongo que, cuando una madre y un padre duermen juntos, se puede decir que eso es un tipo de incesto.
Isabelle soltó la carcajada.
—Matthew, querido, ¡eres único!

Una noche, por primera vez, Matthew habló a sus amigos de su familia, su pasado, su vida antes de la calle del Odéon.

—Pasó hace dos años —dijo—, cuando mi padre volvió de Vietnam. Había perdido el brazo derecho. Así que, ya en el coche, camino del aeródromo para recogerlo, nos íbamos preparando, ya sabéis, nos preguntábamos qué aspecto tendría. Luego nos pusimos a esperar a que bajara del avión. Y de repente apareció, con el uniforme, los botones brillando al sol. Y tenía muy buen aspecto, inmejorable. La manga vacía dentro del bolsillo,

como se acostumbra, le hacía parecer más bien despreocupado. Así que cuando pisó la pista todos nos adelantamos para saludarlo. Mi madre lo besó y lo abrazó y estaba llorando, algo así como feliz y triste al mismo tiempo. Luego mis dos hermanas lo abrazaron. Y a continuación me llegó el turno.

Matthew hizo una pausa.

—Tenía dieciséis años. Hacía mucho tiempo que no lo abrazaba. No existía entre nosotros una verdadera relación de padre e hijo. Supongo que me avergonzaba de que fuese militar, de que hubiera luchado en Vietnam. También creo que mi padre pensaba que yo era gay. En cualquier caso, allí estábamos los dos, y yo no sabía qué hacer. Me refiero al contacto físico. No sabía cómo abrazarlo. Y no era porque hubiera perdido un brazo. Habría sentido lo mismo aunque tuviera los dos. Pero vi que eso era lo que él pensaba. Y me di cuenta de lo mucho que le dolía, lo mucho que le humillaba.

—¿Qué pasó? —quiso saber Théo.

—Nos dimos la mano. Me tendió la mano izquierda y se la estreché también con la izquierda. Luego se volvió para hablar con otra persona. No pasó nada más. Extraño, sin embargo. Porque sólo después de que perdiera el brazo empecé realmente a quererlo. ¡Parecía tan indefenso tratando de lavarse la cara o de leer el periódico o de atarse los cordones de los zapatos con una sola mano! Era como si perder el brazo hubiera hecho de él un ser humano completo. Pero yo lo había estropeado todo. Tuve mi oportunidad y no la aproveché.

La Cinémathèque estaba olvidada. Tenían una Cinémathèque toda suya, una Cinémathèque de carne y hueso. Lo que quiere decir que no jugaban sólo cuando les apetecía. Aunque era cierto que leían durante el día, o jugaban a las cartas, o se manoseaban, el telón se alzaba para «películas a domicilio» noche tras noche, a las seis y media, ocho y media y diez y media, con matinés los domingos. El *quartier des enfants* —que era, con desvíos rutinarios a la cocina, a lo que el piso había quedado reducido— se convirtió en una cámara de ecos donde frases conocidas por todos los cinéfiios del mundo flotaban como anillos de humo.

Garance! Garance!

Sabe silbar, ¿no es cierto?

¡Estoy andando, Calvero, mírame!

La Belleza mató a la Bestia.

Vous avez épousé une grue.

Marcello! Marcello!

Hizo falta más de un hombre para convertirme en Shanghai Lily.

Tu n'as rien vu a Hiroshima.

Bizarre? Moi, j'ai dit bizarre? Comme c'est bizarre.

Ich kann nichts dafür! Ich kann nichts dafür!

Detengan a los sospechosos de costumbre.

¡Eh, señor Powell!

Bueno, nadie es perfecto.

Pauvre Gaspard!

Où finit le theatre? Où commence la vie^[2]?

Se improvisaban trajes, se ensayaban representaciones, las escenas que no habían funcionado la primera vez se eliminaban del programa.

Al hurgar en un armario ropero de la habitación de huéspedes, Matthew sacó a la luz un antiguo abrigo que el poeta había usado, semana tras semana,

durante uno de los atroces inviernos de la ocupación. La piel, comida de polillas, daba la sensación de haber sido tejida con el vello púbico de un millar de criados filipinos.

Matthew se lo puso. Luego, después de completar el disfraz con una de las cajas de cartón donde Théo almacenaba su colección de *Cahiers du Cinéma*, en uno de cuyos lados esbozó unas facciones simiescas y recortó un par de agujeros para los ojos, hizo una aparición espectacular, con andares de mono, en la puerta del dormitorio.

—¿Qué película?

—¡King Kong! ¡Godzilla! ¡El fantasma de la calle Morgue! —exclamaron Théo e Isabelle.

Matthew negó con su cabeza de mono. Los brazos colgando, la espalda arqueada, se acercó dando tumbos hasta el tocadiscos, delante del cual, y con la voz de Charles Trenet como fondo, empezó a danzar un obsceno *shimmy* dentro del abrigo peludo y de la máscara de cartón. Acto seguido se quitó la cabeza. Se había dado colorete, se había embadurnado las pestañas con rímel y empolvado el cabello con harina. Lentamente se desprendió del abrigo, debajo del cual estaba desnudo. Desnudo, siguió danzando.

Sólo entonces Théo cayó en la cuenta.

—¡Marlene Dietrich en *La venus rubia*!

Después de lo cual, transcurridos tan sólo unos pocos segundos, le llegó a Isabelle el turno de preguntar «¿qué película?».

Sorprendidos, los dos muchachos la miraron y se miraron sin comprender, para acabar negando con la cabeza.

—*Una noche en la ópera*.

Como los otros dos siguieron manifestando su desconcierto, Isabelle señaló el pene circunciso de Matthew.

—¡Mirad! ¡El puro de Groucho, el sombrero de Chico, el pelo de Harpo!

Se desternillaron de risa.

En otra ocasión Théo encontró un látigo que estaba escondido debajo de un par de raquetas de tenis y de una edición completa de la condesa de Segur. Después de envolverse con una sábana, cerrar la ventana del baño y abrir al máximo el grifo del agua caliente, hasta que el ambiente estuvo tan cargado de vapor como un baño turco, hizo girar el látigo a la altura del hombro en torno a su cabeza, como Mastroianni en *Ocho y medio* de Fellini, mientras Isabelle y Matthew, casi invisibles entre el vapor, entraban y salían veloces del baño abrasador para evitar los golpes en tobillos, codos y nalgas.

Con la ligereza de pies de esos tramoyistas que recolocan en silencio el escenario de nuestros sueños, un decorado encajaba en el siguiente. El baño, casi desbordado, se convertía en el de Cleopatra en la película de De Mille. Por falta de leche de burra, utilizaron un par de botellas de la de vaca, cuyo contenido Matthew vertió en la bañera, mientras Isabelle abría las piernas con toda la amplitud de las hojas de unas tijeras para recibir entre ellas, como en el anuncio del chocolate Cadbury, los dos chorros confluentes de líquido opalino.

El cuarto de baño, olvidado como antecámara del dormitorio, como refugio momentáneo de algún fugitivo del juego, servía ya de palestra alternativa para sus actividades. La bañera era lo bastante amplia para alojarlos a los tres, con tal de que Matthew se sentara en el centro y permitiera que Théo e Isabelle, uno a cada extremo, le rodearan la cintura con sus piernas igualmente largas, los dedos de los pies de uno —arrugados por el agua— extendiéndose hasta las axilas de la otra. Y cuando Théo se caló como pudo un Stetson de color amarillo canario que le habían regalado de pequeño, un sombrero en otro tiempo demasiado grande para su cabeza y ahora demasiado pequeño, Isabelle y Matthew gritaron juntos, antes de que tuviera siquiera tiempo de preguntarles en qué película: —¡Dean Martin en *Como un torrente*!— ¡Michel Piccoli en *El desprecio*!

Los dos tenían razón.

Una espectacular coreografía de Busby Berkeley, ideada por los dos varones, constituyó la obra maestra del juego.

Théo siempre había tenido debilidad por las estrellas que explotan, los nenúfares giratorios y las ruedas exquisitamente adornadas con guirnaldas sobre las que aquel Gran Inquisidor, aquel Torquemada de los coreógrafos había roto tantas mariposas escasamente vestidas. Aquélla, anunció, sería su presentación más ambiciosa hasta el momento, un verdadero *morceau de bravoure*.

Sin preocuparse por lo que pudiera pensar de su conducta algún observador desconocido que se tropezara, sin ser invitado, con su intimidad, y al mismo tiempo divertidos por lo absurdo de todo ello, Matthew y él requisaron un espejo dorado colocado encima de la chimenea del cuarto de estar, otro del cuarto de baño principal, y los colocaron en posición vertical en paredes opuestas del dormitorio de Théo.

De manera excepcional, a Isabelle se le impidió asistir a aquellas operaciones preliminares. Pero cuando terminaron los ensayos y todo estuvo listo, se colocó para ella, en un lugar privilegiado, una de las sillas de respaldo recto, como para un progenitor en un concierto improvisado organizado por sus hijos.

La película comprendía dos escenas.

En la primera, Théo y Matthew aparecían como Dick Powell y Ruby Keeler. El hermano de Isabelle llevaba un descolorido uniforme caqui de cadete y una gorra de visera varias tallas más pequeña, y Matthew un vestido amarillo de tafetán y un casquete: indumentarias ambas que habían pertenecido a los abuelos de los gemelos. Uno al lado del otro, Théo a la derecha, Matthew a la izquierda, iniciaron un doble *striptease*. Théo hizo el primer movimiento del baile desatando la cinta del vestido de Matthew, corrió luego a situarse detrás y reapareció a su izquierda, de manera que Matthew, a su vez, pudiera desabrochar el cinturón de Théo, después de lo cual también él corrió en torno a Théo, pero esta vez por delante, y así continuaron, pasando de los accesorios a la ropa propiamente dicha, y de aquélla a la ropa interior, con tal destreza que Isabelle tuvo la impresión de que una línea de coristas de ambos sexos ocupaba todo un escenario, cruzándose y descruzándose continuamente y cada uno de ellos retirando una sola pieza de ropa del siguiente hasta que todos quedaron completamente desnudos.

Fue entonces cuando dieron paso a «Junto a una cascada», uno de los números de *Desfile de candilejas*. Tendidos en el suelo, las piernas separadas, tocándose tan sólo las puntas de los dedos de los pies, sus cuerpos reproducidos por los espejos hasta el infinito y, mientras cantaban la canción lo mejor que sabían, aunque se olvidaran de la mayoría de las palabras, empezaron a masturbarse al mismo ritmo. Sus penes se fueron endureciendo, cada vez más erectos, hasta que pareció como si también sus miembros, como los dedos de los pies, fueran a reunirse en el centro. Por fin, al llegar al estribillo, con su breve trino en falsete, eyacularon exactamente en el mismo instante, sus energías tan encauzadas hacia sus órganos sexuales que en la furia del momento las proporciones de la realidad se invirtieron de manera surrealista y ambos tuvieron la tentación de creer, desnudos en el suelo, que se habían metamorfoseado en falos gigantescos sobre cuya vena palpitante se alzaba, completamente tieso, un homúnculo de tez morada que escupía grumos de esperma por su estrecha boca sin labios.

Mientras aplaudía con verdadero entusiasmo, Isabelle exclamó: «¡Otra! ¡Otra!», petición que ni uno ni otro estuvieron en condiciones de satisfacer.

Así, entre risas y nubes de vapor, el disco de Trenet, los relojes a los que no se daba cuerda, las cortinas echadas, las burlas y las bromas, el *glamour* de piscina, húmedo, mohoso, en cuya estancada atmósfera se bañaba el apartamento, pasaban los días, jubilosos e implacables, días separados por noches como dos fotogramas de una película están separados por una franja negra.

Utilizando el nombre de su madre e imitando su letra, Isabelle envió una segunda carta al director del instituto en la que preveía con pesar una convalecencia prolongada para su hermano y para ella, al tiempo que se alternaba con Théo para telefonear a sus padres en Trouville. El poeta, según supieron, había contraído una gripe muy molesta que, con toda probabilidad, le había contagiado su propia inspiración enfermiza. El regreso a París tendría que aplazarse.

Matthew, por su parte, tejió también un entramado de mentiras. Envío varias cartas a sus intranquilos padres. Como las nuevas misivas eran menos informativas que antes, les anunció complacido que había dejado el hotel para instalarse en el piso de un famoso autor francés, cuyos hijos, por un golpe de suerte, además de tener su edad, compartían sus intereses.

Aquel giro inesperado de los acontecimientos entusiasmó a sus padres, maravillados de que su hijo, tan tímido, hubiera roto su reserva para relacionarse con unas personas tan adecuadas.

Los cheques dejados sobre la repisa de la chimenea habían desaparecido mucho tiempo atrás bajo un montón cada vez mayor de libros, revistas y álbumes de tiras cómicas, hasta quedar, finalmente, olvidados por completo. Matthew tenía en el banco un saldo en números rojos que sólo se compensaba cada dos meses con un cheque de San Diego. Los asaltos al supermercado habían dejado de ser un lujo para convertirse en una necesidad. Desgraciadamente, el detective de la casa estaba sobre aviso acerca de las actividades del trío; y aunque contraatacaron creando distracciones, colocando señuelos y en una ocasión se comportaron violenta y ruidosamente en el establecimiento, cuando sólo llevaban encima artículos que estaban preparados para pagar, con la idea de instigar una intervención del detective y poder así alegar una inocencia ultrajada después de someterse a un registro infructuoso, pronto se vieron obligados a reconocer que la época dorada de langosta y caviar había llegado a su fin.

El fregadero de la cocina era un cementerio de platos sucios. Camisas, jerséis y vaqueros presentaban una asombrosa variedad de manchas.

Calzoncillos rechazados con asco días antes por considerarlos irredimibles, se recogían de la alfombra, se sacaban de debajo de sofás y sillones y, al considerarlos como lo mejor de un completo desastre, se volvían a utilizar. Y dado que las sábanas hechas jirones de Théo insistían en soltarse y enredarse entre los dedos de los pies, lo que obligaba a alguno de ellos a levantarse de madrugada y volver a meterlas bajo el colchón, decidieron a la larga trasladarse a la habitación de Isabelle.

Si su dormitorio se había mantenido hasta entonces como zona prohibida, era debido al respeto que sentía por el ideal burgués del orden perfecto. Como algunas amas de casa enloquecidas que limpian y frotan su salón hasta lograr un brillo alucinante, de manera que nadie se atreva siquiera a pisarlo, Isabelle insistía en que su dormitorio se mantuviera incontaminado por los otros dos «para el caso de que se produjeran visitas». Por otra parte, le había resultado hasta entonces muy cómodo, cada vez que se producía una de sus feroces disputas, salir como un vendaval del cuarto de Théo y refugiarse en el suyo, donde, mordiendo una manzana como si se tratara del muslo de su hermano, se sumergía en una de las claustrofóbicas novelas policiacas que tanto le gustaban.

La tristeza puede depender de nuestro fracaso a la hora de lograr precisamente la clase adecuada de felicidad.

Matthew no sólo amaba a Isabelle, le estaba también agradecido por haberlo liberado de sí mismo, por haberle permitido extender las alas, por haber logrado que dejara de sentirse encallado e impotente, el alma tan anquilosada, incómoda y marchita dentro de su cuerpo como el pene dentro de sus pantalones.

Isabelle amaba a Matthew, pero el placer que sentía al hacer el amor con él procedía sobre todo de comprobar una y otra vez lo mucho que disfrutaba con ella. Nunca se cansaba de admirar la fuerza con la que su amigo lanzaba hacia atrás la cabeza, cómo sus pupilas distendidas subían flotando hasta lo alto de los ojos, cómo su miembro, lleno de pliegues, moreno de almendra, de modales suaves, alcanzaba de repente la supermasculinidad y lanzaba con furia su savia blanca, y ello sencillamente por el mero hecho de hablarle, como a una planta de interior.

Los dos amaban a Théo. Sin embargo, desde la irrupción de Matthew, que había entrado en la vida del piso como uno entra a la proyección de una película ya empezada, Théo le había visto atribuirse una posición cada vez

más prominente. Al principio había sido poco más que una mascota, un dócil spaniel que movía la cola ante la más mínima señal de afecto, una divertida y nueva adquisición para distraerlos a su hermana y a él de su sofocante intimidad. Ahora, dada la ascendencia del intruso, Théo empezaba a creer, con razón o sin ella, que él mismo se había convertido en amante más que en gemelo de su hermana y que, a partir de aquel momento, le asaltarían las ansiedades del amante, frente a las que el gemelo está inmunizado: las punzadas de la envidia y el resentimiento, el tormento de las noches sin dormir empleadas en meditar sobre lo que una observación formulada de manera equívoca se proponía transmitir. El nudo que los ligaba se había aflojado irremediablemente para incluir a Matthew.

Si Isabelle y él, como en una ocasión fantasearon juguetonamente, habían sido amantes míticos, Romeo y Julieta, Tristán e Iseo, ¿en qué se habían convertido ahora? En una pareja dispar; o en Tristán y Julieta.

Ahora era Théo quien, noche tras noche, como Matthew hiciera en otro tiempo, regresaba sin hacer ruido del cuarto de baño, para detenerse silencioso en el umbral del dormitorio y contemplar —asemejándose, con sus ojos inquietantes y su desordenada mata de pelo, a un travestí a quien acabaran de arrancarle la peluca— los dos cuerpos desnudos entrelazados y, junto a ellos, la tosca huella de su propio cuerpo sobre la sábana arrugada y la de su cabeza sobre la almohada, como si estuviera viendo su propia ausencia, su propio fantasma.

Su gusto por la venganza, una venganza de tipo infantil que su hermana y él habían practicado mutuamente desde que eran apenas capaces de andar a gatas, había unido a Matthew y a Isabelle; y le había expuesto a él, en consecuencia, como un dolor de muelas sordo pero persistente, a los celos, un sentimiento nunca antes conocido. No era, por el momento, verdaderamente desgraciado: aquellas punzadas suyas eran aún demasiado débiles y esporádicas; tan sólo significaban que la felicidad que se le concedía no podía reconciliarse con la que hubiera elegido en el caso de disponer de plena libertad.

¿Era de Matthew de quién estaba celoso? Pudiera ser, más bien, que echaba de menos el dominio exclusivo del que en otro tiempo había disfrutado sobre el cuerpo y el alma de su hermana. En ocasiones sentía nostalgia de la pureza del tabú que habían violado juntos. Que precisamente aquella pureza hubiera sido violada a su vez por la aparición de un tercero, pese al mucho cariño que sentía por Matthew, era para él fuente de un oscuro desagrado. Había, además, un aspecto de sus aventuras que le hacía pensar en

los transexuales sudamericanos que merodeaban de noche por el Bois de Boulogne, en las respetables avenidas de los alrededores del Bois, de aceras flanqueadas por prostitutas tan uniformemente espaciadas como parquímetros, y en orgías organizadas por ejecutivos de mediana edad en habitaciones de hotel con minibares lujosamente abastecidos y espejos transparentes.

Tampoco le servía de nada que Matthew siguiera llevando el corazón en la mano. El americano quería aún más a Théo y a Isabelle por habersele autorizado a quererlos. *Te quiero*. A Matthew aquellas dos palabras habían llegado a parecerle tan naturales como respirar. Nunca se cansaba de repetirlos.

Théo aceptaba como un derecho, como algo que no había siquiera que mencionar, el *te quiero* que se le dirigía. El destinado a Isabelle no podía evitar escucharlo con cierta irritación lacerante. En aquello se parecía más a Matthew de lo que creía, porque le hubiera gustado tener innumerables amantes, para cada uno de los cuales sería el único y el imprescindible.

Aunque cada vez abundaban menos, aún se producían en ocasiones espasmos de lucidez en el piso, cuando a alguno de ellos se le ocurría que la hora de la verdad era inminente, que el mundo en general, el mundo que los había consentido durante tanto tiempo, que les había dado rienda suelta, tendría a la larga que pedirles cuentas. Sin embargo, por extraño que les pareciera (aunque, a decir verdad, ni siquiera prestaban atención a tal extrañeza), aquella hora parecía posponerse de manera indefinida. De Normandía no había llegado ninguna llamada telefónica para anunciar el inminente regreso de sus padres, ni tampoco se había puesto en contacto con ellos su tía de Le Nègre Bleu.

De hecho el teléfono había dejado de sonar por completo; y, en una ocasión, cuando Théo levantó el auricular con intención de llamar a la casa de Trouville en un esfuerzo por impedir lo inevitable, le desconcertó encontrarlo muerto, sin tono de marcar.

Su perplejidad sólo duró lo suficiente como para preguntarse si debía informar a los otros. Luego, convencido de que les habían cortado el teléfono en razón de un impago provocado por la prolongada ausencia de sus padres, no volvió a pensar en el asunto.

Que reste-t-il de nos amours?

*Que reste-t-il de ces bonjours?
Une photo, vieille photo
de ma jeunesse.
Que reste-t-il des billets-doux,
des mois d'avril, des rendez-vous?
Un souvenir qui me poursuit...
... qui me poursuit...
... qui me poursuit...
... qui me poursuit...*

Como un niño nervioso que se atasca con un polisílabo, el disco, desgastado por el exceso de uso, hacía que invariablemente la aguja se enganchara en el mismo surco testarudo. Escuchar aquello era un tormento insoportable. Sin embargo, después de unos cuantos experimentos con otras melodías de Trenet, o si no con clásicos populares, como el *Vals triste* de Sibelius o *Tristeza* de Chopin, los tres sintieron de manera idéntica la necesidad de volver a la canción con la que comenzara el juego. Y, al final, la repetición que antes les hacía daño al oído llegó a convertirse en su segunda piel.

Habían subido la calefacción al máximo y se pavoneaban desnudos por el piso, si bien es verdad que nunca estaban del todo desnudos. Los tres tendían a ponerse una sola prenda, que podía ser: en el caso de Théo, una sábana blanca que se echaba sobre los hombros como una toga; en el de Isabelle, un par de guantes de su abuela de color negro azabache que le llegaban hasta el codo y tenían la particularidad de hacer que en la oscuridad pareciera carecer de brazos, como la Venus de Milo; en el de Matthew, un cinturón de pionero, hecho con ante, que se colocaba bajo y holgado en torno a la cintura. De aquella guisa holgazaneaban por el *quartier des enfants*, adoptando un centenar de poses galantes cada día.

Ninguno de ellos sentía ya la necesidad de referirse al juego —si todavía era posible considerarlo sólo un juego— con el nombre de «películas a domicilio», ni con ningún otro, tan íntimamente había llegado a introducirse en las texturas de su existencia; y las alusiones cinematográficas con las que había empezado todo, y que los últimos estadios de su evolución habían hecho superfluas, fueron abandonadas con el tiempo. Resultaban ya insuficientes los empujones y pellizcos picaros, el travestismo acompañado de risitas, el *touche-pipi*, las gansadas libidinosas de adolescentes. El antiguo atrezo había cumplido su misión, había sido descartado, y todo lo que

quedaba era la dura literalidad del deseo sexual, la piel, la carne, el cuerpo, en cuyos orificios, como animalitos huérfanos, se escondían.

El hambre, sin embargo, empezaba a atormentarles las sienes con tremendas migrañas. Desprovistos por completo de recursos materiales, negándose a considerar la idea de recurrir a su familia o a sus amigos (porque, ¿a qué amigos?), cubrían por turnos su desnudez con un jersey sucio, fibroso, y unos vaqueros llenos de manchas, para descender de puntillas hasta el patio y buscar comida en los cubos de la basura alineados a lo largo de una de sus paredes.

Pero lo que extraían de allí, aunque era más bien poco, les provocaba, de manera instantánea, estreñimiento. Después de mucho apretar y resoplar, junto con otros efectos sonoros más cómicos, producían a la larga deposiciones que eran piedrecitas duras con olor a almizcle, forma y color de balones de *rugby* en miniatura, y que hacían que Isabelle exclamase, desesperada de dolor desde detrás de la puerta del baño, que pronto necesitaría que le hicieran una cesárea para cagar.

Una tarde, al revolver la despensa en busca de algún resto comestible, de un posible colín desmenuzado todavía dentro de su envoltorio de celofán, o de una tableta mohosa de chocolate suizo, Isabelle se tropezó con un botín del que tanto ella como su hermano se habían olvidado por completo. En el estante más alto descansaban tres botes de comida para gato que habían comprado para un siamés recientemente fallecido.

Théo buscó un abrelatas y agujereó las tapas. Luego, sin otro instrumento que las manos, extrajeron la carne húmeda, con un borde de gelatina, y la devoraron sin pensar en el futuro.

Pero, ¡ay!, aquel manjar tuvo en su tracto digestivo un efecto contrario al de los restos que habían estado robando de los cubos del patio. La cara se les vació de color. El estómago les empezó a bullir y fermentar con burbujas gaseosas. Tapándose con las palmas de las manos bocas en erupción volcánica, los tres iniciaron una frenética carrera simultánea hacia el retrete.

Isabelle, que tenía más presencia de ánimo, cambió repentinamente de dirección, para encaminarse al cuarto de baño de sus padres, fuera de la órbita del *quartier des enfants*; una vez allí, corrió de inmediato el pestillo para rechazar a cualquier posible intruso.

Théo y Matthew, que eran los que quedaban en competición, corrieron por el pasillo hacia el retrete vecino al dormitorio de Théo.

Se produjo un forcejeo en el umbral, al tiempo que los dos luchaban para impedir que sus cuerpos se volvieran del revés. Aunque Matthew llegó primero a sentarse en el trono, fue desalojado al instante por Théo. Empujado hacia atrás, el americano resbaló y perdió el equilibrio, deslizándose por el suelo de linóleo como un globo del que se ha dejado salir el aire, sus intestinos tan vertiginosamente en llamas como los de una rueda de cohetes. Ante los ojos de un Théo cómodamente entronizado, su carne se disolvió en un furioso torrente, imposible de contener, de barro, esperma, vómito, yema de huevo, caramelo blando y mocos con partículas plateadas.

Un momento después, cuando Isabelle entró en el baño, aún seguía allí tumbado, sobre los innumerables fluidos liberados por su cuerpo, como un ciego que hubiera tropezado con la bandeja del desayuno.

Tiernamente, Isabelle lo incorporó y procedió a limpiarlo, metiéndole la esponja cargada de agua por sus pliegues abovedados, apretándola a lo largo de la irritada hendidura de las nalgas. Sumiso y asustado a medias, Matthew le permitió que lo purificara aún más afeitándole el vello púbico, no sólo alrededor del pene, también a lo largo del estrecho reguero de pólvora humeante que le corría entre los muslos. Al mirarse al espejo Matthew empezó a excitarse y se frotó contra su reflejo en el cristal. Lo acarició por todas partes, pero el otro sólo se mostró dispuesto a besarlos en los labios. Un débil rastro de aquellos besos permaneció algún tiempo en la empañada superficie del vidrio, antes de desvanecerse como la sonrisa del gato de Cheshire.

De repente, sin previo aviso, Théo lo inmovilizó contra su reflejo. Con ojos desorbitados, la nariz torcida, los dientes arañando el cristal, la mejilla izquierda aplastada contra la derecha de su doble, Matthew empezó a jadear, tan desesperadamente que habría podido pensarse que su reflejo le estaba haciendo la respiración artificial.

Era evidente que Théo se proponía sodomizarlo.

Con anterioridad, los dos varones habían mantenido siempre cierto sentido del decoro sobre cuándo y dónde detenerse, sobre hasta dónde llegar sin ir demasiado lejos. Desde sus orígenes, ya irrecuperables, definitivamente perdidos, los jugueteos mutuos se habían limitado a las insignificantes humillaciones y autodegradaciones de rituales y novatadas. Ahora, con Théo a punto de violar a Matthew, una violación que llenaba de júbilo a este último incluso aunque sabía que la intención de su amigo era castigarlo y degradarlo, habían dejado de respetar sus propias reglas.

Fascinada por aquella nueva unión singular, Isabelle contemplaba el pene erecto de su hermano introducirse a duras penas por el estrecho paso, dificultado por el vello, entre las nalgas de Matthew, mientras este último, al lograr abrir un único ojo bajo la presión del escrutinio reptilesco del espejo, reconocía un conjunto de facciones aplastadas que eran suyas, pero no por completo, y también diferentes, aunque no del todo. Con un gemido de angustia que podría haber sido tanto de placer como de dolor, capituló incondicionalmente, aceptando al fin el papel para el que su vida entera lo había preparado, el de ángel martirizado, frágil de físico y dócil de carácter, apto para ser acariciado y golpeado, acunado y escupido, y que inspira, en aquéllos a los que atrae y que le atraen, un deseo de protegerlo y, al mismo tiempo, una necesidad de profanar la inocencia misma que los sedujo.

*Que reste-t-il des billets-doux,
des mois d'avril, des rendez-vous?
Un souvenir qui me poursuit...
... qui me poursuit...
... qui me poursuit...
... qui me poursuit...*

La casa había encontrado la identidad que llevaba buscando desde la mañana en que la abandonaron los adultos. El privilegio de Théo e Isabelle era el del masturbador que puede hacer, dentro de su cabeza, lo que le apetezca, con quien le apetezca y con la frecuencia que quiera, un privilegio que desemboca en nuevas fantasías, todavía más extremadas. La única diferencia era que Matthew se había convertido en el objeto exteriorizado de aquellas fantasías. Sin embargo, atormentado como estaba, sometido a todas las indignidades que se les ocurrían, seguía siendo además objeto del amor de sus verdugos. Padecida la indignidad, procedían de inmediato a abrazarlo, a asfixiarlo, a ahogarlo a besos, a suplicarle que los perdonara con el más humilde, con el más sincero de los arrepentimientos.

Dentro de aquella corriente de alternancias, Matthew redescubría, una y otra vez, las sensaciones estimulantes y degradantes de la avenida Hoche.

El mundo en general, mientras tanto, el mundo cuyos ciudadanos corrientes, cumplidores de sus deberes, rehuían los tres amigos y que a su vez los rehuía a ellos, el mundo que se detenía ante la puerta principal, cerrada

con llave, como si ya no se atreviera a pisar su interior, también aquel mundo, para quien tuviese ojos con los que ver y oídos con los que oír, tenía dificultades. ¿Cómo explicar si no el silencio del teléfono, el retumbar de pasos que resonaban en la acera bajo la ventana del dormitorio, para después, de manera igualmente repentina, repiquetear hasta el silencio, la ciudad atravesada por sirenas de ambulancias y de coches de bomberos y de policía, que se cruzaban durante la noche, también atravesada por lo que parecían explosiones, aunque nunca se oyeran más que a medias, como bombas detonadas bajo cristal?

Y aquellos ruidos, amortiguados, anestesiados, percibidos como se oyen las cosas cuando uno se tapa los oídos con las manos y luego las aparta, aquellos pasos, sirenas, explosiones, los cristales rotos, el pandemónium del fin de mundo, servían de acompañamiento a la ultimísima etapa del juego en que, cogidos del brazo, Théo, Isabelle y Matthew descendían —o, más bien, ascendían— al infierno.

... *qui me poursuit...*

... *qui me poursuit...*

... *qui me poursuit...*

... *qui me poursuit...*

... *qui me poursuit...*

El piso estaba inmóvil, silencioso, tan bien cerrado como un ataúd. El aire era fétido. Ni un rayo de sol atravesaba las cortinas del dormitorio. Isabelle estaba tumbada en la cama a lo largo, la cabeza colgando, rozando la alfombra con el cabello, los pies, como en escorzo, semejantes a los de un ahorcado. Théo, acurrucado contra ella, con un mechón de pelo lacio que le oscurecía los ojos. Matthew, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, la cabeza inclinada hacia delante, el rostro y el pecho, como los de un piel roja, decorados con cruces, medias lunas y líneas serpenteantes y onduladas, trazadas con excrementos.

No vivían ya la elegante interconexión de un monograma sino la espantosa inactividad, gris verdosa, de *La balsa de la Medusa*.

Nada podía detenerlos ya, convertidos en viajeros por un Leteo tan contaminado como cualquier otro río.

Muertos o simplemente dormidos, no iba a despertarlos ninguna de las normales inquietudes exteriores, ninguna de las sirenas, explosiones, gritos, alaridos, vítores, golpetazos como de bolera, chirridos de neumáticos, sonidos

de silbatos y canciones que, sin embargo, se les acercaban cada vez más. Como en un sueño, como en una acumulación de nieve durante una ventisca, como en una avalancha de cocaína, el tedio de la eternidad había envuelto ya a cada uno de los ocupantes de aquel primer piso tan cercano a la plaza del Odéon.

Luego, de repente, como Peter Pan, la calle entró volando por la ventana.

Un trozo de adoquín, lanzado desde abajo, se coló con estrépito en el dormitorio y roció la cama de fragmentos de vidrio. Aterrizó sobre el tocadiscos. Hizo añicos el disco de Trenet.

No estaban muertos.

A través del corte en estrella de la ventana se metió un sol frío y neblinoso. Ruido, luz y aire transformaron la habitación: el ruido, ensordecedor; la luz, cegadora; el aire, embriagador.

Los tres abrieron los ojos. Con movimientos de astronautas dentro de una cámara sellada, se pusieron en pie tambaleantes. A cámara lenta avanzaron hacia la ventana, que los atrajo como si estuvieran a punto de ser succionados por el espacio exterior, un pie flotando en el aire mientras el otro aterrizaba con paso amortiguado. Théo resbaló. Isabelle lo adelantó. Matthew tropezó con la lámpara de la mesilla estilo Imperio. La bombilla explotó sin hacer el menor ruido.

Alcanzaron la ventana. Después de descorrer las cortinas, Théo la abrió y miró hacia la calle. A lo largo de toda la extensión de la vía pública, estrecha y serpenteante, fue esto lo que vio:

A la izquierda, por donde la calle desembocaba en la plaza del Odéon, entre restos de piedras, adoquines y ramas de árboles arrancadas, una falange de agentes de la policía nacional, con cascos y escudos, avanzaba lentamente, con cautela, como una legión romana. Las botas altas de cuero trituraban los escombros bajo sus talones. En las manos, cubiertas con guantes negros, llevaban porras, fusiles antidisturbios y escudos de metal, entrelazados como en uno de esos rompecabezas para niños que comprenden dieciséis cuadraditos pero sólo quince losetas movibles. Al agrupar sus fuerzas, cualquier hueco dejado por uno de ellos era inmediatamente cubierto por otro, y los escudos de metal volvían a entrelazarse como antes.

A mitad de la calle, un automóvil volcado, panza arriba, parecía tan confiado como un bebé a la espera de que le cambien los pañales. Rejillas de hierro, con forma de gofres, tai cual piezas de mecano, habían sido arrancadas de la calzada y apiladas encima del vehículo.

A la derecha, derramándose sobre las aceras, fluía un río, un maremoto de humanidad joven, cogidos del brazo, puños en alto, guiados por una Pasionaria adolescente, una Juana de Arco con chaqueta gruesa de lana y una enorme bandera roja que revoloteaba y bailaba mecida por la brisa.

Aquellos jóvenes gritaban mientras caminaban, interpretaban, sin ningún rubor, su papel para la galería, que es lo mismo que decir para las familias que habían salido a balcones y ventanas y que, después de un momento de sorpresa, de vacilación, empezaron también a cantar, de manera que pareció como si la calle misma hubiera por fin encontrado su voz. Y lo que estaban cantando era el himno más hermoso, el más conmovedor, el más popular de la tierra.

*Arriba, parias de la Tierra.
En pie, famélica legión.
Atruenen la razón en marcha,
es el fin de la opresión.*

*Del pasado hay que hacer añicos,
legión esclava en pie a vencer,
el mundo va a cambiar de base,
los nada de hoy todo han de ser.*

*Agrupémonos todos,
en la lucha final.
El género humano
es la Internacional.*

Théo, Isabelle y Matthew se quedaron tan perplejos ante el extraño espectáculo que presenciaban como se cuenta que le sucedió a Sarah Bernhardt, quien, cuando su cochero tomó un camino desacostumbrado para ir desde su *hotel particulier* a la Comédie-Française, exclamó al pasar por delante de la iglesia de la Madeleine: «¿Qué demonios hace un templo griego en mitad de París?».

Incluso aunque alguno de ellos hubiera oído el rumor, la babel que había ido completando progresivamente el disco de Trenet como acompañamiento del juego, les habría parecido a los tres algo tan natural como la música de fondo de una película, cuya procedencia a nadie se le ocurre investigar. Cuál no sería, por tanto, su asombro, al descubrir que aquella resonancia oída a medias, casi subliminal, era la banda sonora de otra película completamente distinta, de la que eran meros espectadores, tenuemente presentes, casi inexistentes.

Fue Théo quien primero reaccionó.

—Voy a bajar —dijo.

Se apartó de la ventana y fue al cuarto de baño para rociarse la cara con agua fría. Matthew e Isabelle lo siguieron. De momento nadie dijo una palabra. Procedieron a asearse deprisa, con eficacia. De espaldas a los otros, Matthew se restregó las pinturas de la cara y el torso. Las manchas de excremento, que se habían secado y estaban tan duras como barro, se descascarillaron sobre el lavabo. Luego, reafirmandose la educación recibida en San Diego, se metió en la bañera, descolgó la alcachofa y procedió a ducharse de pies a cabeza. Los otros dos no lo hicieron.

Juntaron la ropa que estaba todavía amontonada sobre el linóleo del vestíbulo, se pusieron ropa interior, camisas, vaqueros, calcetines y zapatos, y sin haber intercambiado aún una sola palabra, bajaron corriendo las escaleras hasta la calle.

Después de haber llovido todo el día, había salido el sol y París estaba puesto a secar. Las calzadas, las fachadas de las casas, los impermeables de los policías brillaban de humedad. El coche volcado era un Citroen rojo al que habían arrancado las portezuelas para usarlas como escudo. El parabrisas estaba hecho añicos; el capó, hundido. Los jóvenes manifestantes que habían avanzado al ritmo de la *Internacional* se acucillaron detrás con sus vaqueros, sus bufandas rojas y sus dos o tres capas de jerséis.

Los cafés habían cerrado, y sillas y mesas estaban amontonadas a la buena de Dios. Con jarras de cerveza o tazas de café en la mano, la clientela observaba desde el interior a través de los cristales. Algunos incluso continuaban leyendo sus periódicos con calma, informándose precisamente sobre disturbios como los que se producían a pocos metros en la calle, como esos amantes de la música que, en la ópera, consultan la partitura a la luz de una linterna.

En uno de los cafés un joven norteafricano de sonrisa mellada y una cicatriz en la mejilla derecha zarandeaba brutalmente un pinball. Otro individuo, francés de nacimiento, inclinado sobre el mostrador, charlaba con el barman que, bayeta en mano, enjuagaba y secaba un vaso tras otro con un elegante movimiento de muñeca. Tras él, una cafetera exprés hacía más ruido que cualquier explosivo.

Era un instante de actividades suspendidas, como cuando, durante el rodaje de una escena bélica, actores, equipo, cámara y extras esperan a que el director diga: «¡Acción!».

El estruendo, a pesar de todo, era espantoso. Además de los gritos, los silbatos y los altavoces, se oía el gemido del claxon del Citroen, que hacía sonar sin descanso un trozo de rejilla con forma de abanico. Y discernible, también, por encima de todo el ruido, se captaba un silencio tenso, mínimo, aflautado, casi inaudible, el silencio del suspense, de la expectativa, el silencio sordo del redoble del circo que precede a una peligrosa hazaña de los acróbatas.

Durante aquel momento de tregua Théo, Isabelle y Matthew lo vieron todo como en perfecto relieve: la policía con sus máscaras antigás semejantes a calaveras, los montones de adoquines, los cafés abarrotados, el humo que salía del parabrisas destrozado del Citroen, las familias en los balcones, la cabeza de un niño visible a través de un hueco en una balaustrada, los manifestantes desparramándose en todas direcciones, la bandera roja que llevaba muy alta la Pasionaria de la chaqueta de lana gruesa. Y los *graffiti*. Porque allí las paredes tenían boca, no oídos.

LOS MUROS TIENEN LA PALABRA
BAJO LOS ADOQUINES, LA PLAYA
PROHIBIDO PROHIBIR
VUESTROS DESEOS SON LA REALIDAD
LA SOCIEDAD ES UNA FLOR CARNÍVORA
ESTUDIANTES Y OBREROS EL MISMO COMBATE
CORRE, CAMARADA, EL VIEJO MUNDO LO TIENES
DETRÁS
LIBERAD LA EXPRESIÓN
LA IMAGINACIÓN AL PODER

Luego el director dijo: «¡Acción!».

La policía nacional empezó a avanzar. Sus porras eran tan flexibles en el aire como bajo el agua. La legión romana ya no existía. Cada uno iba a lo suyo. Por separado o en parejas, las máscaras antigás convirtiéndolos en marcianos, avanzaron, cada uno a su velocidad particular, desviando con sus escudos las piedras, las ramas, los guardabarros y las bombas de agua con que los acribillaban desde el otro lado del Citroen.

Al principio, brevemente, los manifestantes lograron mantener sus posiciones. Unos pocos temerarios alzaron puños intransigentes. Trataron de retomar el estribillo de la *Internacional*, pero perdió fuerza en medio de un inconexo intercambio de gritos y abucheos. Luego, cuando agotaron la escasa munición de que disponían, hicieron una última tentativa con lo que aún tenían a mano, golpeándose los pies al retroceder en las grietas del empedrado, traicioneramente irregular, y cayeron de rodillas o se torcieron los tobillos.

La policía lanzaba botes de gases lacrimógenos que aterrizaban con el ruido sordo de un paquete postal al caer en su buzón. Después de un instante de incertidumbre, cuando nadie sabía con certeza si funcionarían, brotaban de ellos, con forma de cono, pequeños ciclones de humo color naranja, que en seguida alcanzaban proporciones monstruosas, sobrepasando por igual a manifestantes y policías con la energía incontenible del genio liberado de su lámpara.

Los espectadores de los pisos se retiraron a toda prisa de los balcones y ventanas, cerrando de golpe postigos y persianas. Uno tras otro, con gesto de caballeros andantes que se bajaran la visera de metal antes de entrar en combate, los manifestantes se cubrieron la boca y la nariz con pañuelos. Luego echaron a correr, perseguidos por las fuerzas del orden.

Un joven negro quedó acorralado por dos policías en el umbral de un café. Los ojos cerrados, apretados al máximo, los dedos extendidos en gesto protector sobre el corto cabello ensortijado, se derrumbó sobre la acera bajo los golpes que, de manera metódica, le caían encima. Desde dentro del café abarrotado sólo se veían las porras que subían y bajaban con la regularidad de un mecanismo de relojería. Con la nariz aplastada contra el cristal, los clientes

que estaban más cerca de la ventana miraban hacia abajo en un vano intento de distinguir quién era el destinatario de los golpes.

Más allá, perseguían a través de la calle a una joven con gabardina, muy fotogénica, muy Garbo, largos cabellos de color caoba recogidos bajo un sombrero flexible del mismo material que su impermeable. La muchacha alcanzó una ventana abierta en un piso bajo y pasó de largo, pero en seguida retrocedió. Al principio bajo la mirada aterrorizada de la pareja de ancianos enmarcada por aquella ventana, luego con su activa colaboración, se lanzó de cabeza por encima del alféizar hacia el interior del apartamento. Aunque la ventana quedó instantáneamente cerrada tras ella, la porra de un policía procedió despreocupadamente a romperla.

Llorando a lágrima viva por los gases lacrimógenos, los manifestantes corrían como flechas de aquí para allá, dos pasos hacia delante, uno a la izquierda o a la derecha, el movimiento del caballo en el ajedrez, con un viraje brusco para recoger un adoquín perdido y arrojarlo por encima del hombro, provocadores, burlones, cambiando de táctica, resbalando, cayéndose, llevándose a los heridos lejos de la línea de fuego. Mientras tanto, barriendo diagonalmente el tablero como alfiles bien pertrechados, los antidisturbios empujaban implacablemente a los manifestantes por la calle abarrotada hacia la plaza del Odéon.

Fue en la esquina de la calle donde Matthew, separado de Théo y de Isabelle por la multitud, se tropezó con un joven semiinconsciente cuyas facciones tenebrosamente bellas estaban manchadas de sangre como las del joven Kennedy en la fotografía de Isabelle. Había perdido el control de la vejiga. Una mancha triangular se extendía en torno a la entrepierna de sus vaqueros y descendía ya por la costura de la pierna izquierda.

Enfrentado con aquel resto del naufragio, Matthew se sintió tan conmovido que sus ojos se desbordaron. Una imagen apareció ante ellos, la imagen del monstruo deslumbrante al que había visto cruzar la calle en Londres, delante de la Galería Nacional. Como entonces, le impresionó la nobleza de aquel joven, la nobleza de su rostro surcado de sangre, los párpados que le temblaban, el pañuelo al cuello, los vaqueros manchados.

La llamada telefónica de Théo lo había despertado prematuramente de su sueño. Esta vez, sin embargo, no se trataba de un sueño. Realizaría el milagro. Resucitaría al muerto.

Se arrodilló junto al joven, que, avergonzado por su incontinencia, trató torpemente de ocultar la mancha con una mano sin fuerzas. Pero Matthew se mostró pragmático, eficaz. Apartando el brazo del joven de la entrepierna, se lo colocó sobre los propios hombros y lo arrastró hasta apoyarlo contra la pared.

—¿Me oyes? —le susurró Matthew a oído.

El otro no dijo nada.

Matthew alzó la voz.

—¿Estás en condiciones de andar? —preguntó—. Seguro que puedes si lo intentas, si me dejas que cargue con tu peso. Te llevaré sobre los hombros.

Pero, tan pronto como se ponía de pie, las piernas del joven se le hundían y volvía a deslizarse hasta quedar tumbado en la acera.

—Echa mano de todas tus fuerzas. Ya verás como sí puedes. Así está bien, muy bien.

Matthew se las arregló al fin para colocarlo en posición erguida; y con las manos del joven agarrándole el cuello, los pies arrastrando por detrás, intentó alejarlo para que no cayera en manos de la policía nacional.

Casi de inmediato lo detuvo un individuo barbudo, de unos cuarenta años. La chaqueta negra de cuero, los pantalones beis de algodón, la camisa deportiva con el cuello abierto y las gafas oscuras sin montura lo identificaban como miembro de la secreta. Tenía la cara llena de granos y uno se lo imaginaba mal afeitado, por así decirlo, debajo de la barba.

Colgada del cuello llevaba una cámara. Había estado fotografiando los rostros de los «cabecillas».

Empujó a Matthew con tanta violencia que el joven manchado de sangre se deslizó pared abajo, como un personaje de una película de dibujos animados al que lamina una apisonadora.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo? —le escupió a Matthew el secreta.

—¿Yo? Estaba...

—¡Si no quieres verte en chirona con este desgraciado, será mejor que salgas por piernas! ¡Ahora mismo!

—Pero, *monsieur*, como puede ver usted mismo, está muy mal. Necesita que lo atiendan.

El policía agarró a Matthew por las solapas de su chaqueta sin mangas.

—Vaya, vaya. No eres francés, ¿verdad? ¿Qué nombre tiene ese acento? —murmuró, agarrándolo por el cuello—. ¿Alemán? ¿Inglés? ¿Inglééés? —repitió, recalcando el adjetivo para hacerse entender mejor.

—Soy norteamericano.

—¿Norteamericano? Bien, felicitaciones, amigo mío, mi buen amigo yanqui —le dio a Matthew una patada en el tobillo con la puntera metálica de la bota—. Acabas de conseguir que te deporten. De-por-ta-do. ¿*Capito*?

Matthew se retorció entre las manos del policía. Sus uñas oscuras le ponían la carne de gallina. El aliento le olía a cigarrillos Gauloise.

Fue entonces cuando Théo apareció delante de ellos como por arte de magia. Llevaba un adoquín en la mano. El policía no tuvo más de un segundo o dos para advertir su presencia antes de que Théo le golpeará en la cara con el adoquín. El impacto lo derribó. Con un gemido se sujetó la nariz, mientras la sangre le brotaba por los orificios nasales y las gafas oscuras le colgaban de una oreja como una banderita ondeante.

Théo se llevó a su amigo.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Matthew, refiriéndose al joven, todavía tumbado sobre la acera mojada—. ¿No deberíamos...?

—¿Estás loco o qué te pasa?

Después de reunirse con una preocupada Isabelle, siguieron a la multitud de manifestantes, que estaban siendo arrastrados hacia el Carrefour del Odéon como un torrente que desemboca en el mar.

La plaza ofrecía un panorama de desolación. Coches volcados, autobuses incendiados, cafés destrozados, restaurantes asaltados, los últimos heridos que se alejaban cojeando por calles laterales: todo ello les hizo comprender que el enfrentamiento que acababan de presenciar había sido una escaramuza en comparación con la batalla de la que aquella escena representaba las secuelas.

En el centro de la plaza se alzaba aún una barricada. Para construirla se habían cortado en un par de horas los plátanos que habían flanqueado durante siglos el bulevar Saint-Germain. Terminada la batalla, perdida y ganada, la barricada ocupaba la plaza desierta, sin que nadie la defendiera, sin otra posible utilidad ya que servir de combustible para una buena hoguera.

Un anciano con boina azul marino y un parche negro en un ojo se había refugiado en la entrada del cine Danton. Bajo sus zapatos crujían fragmentos de cristales rotos, como si de nieve se tratara, mientras él hacía balance de la magnitud del desastre. El ojo bueno se le llenó de lágrimas. Sin dirigirse a nadie en particular, exclamó:

—¡Sinvergüenzas, más que sinvergüenzas! Esos árboles eran parte de la historia de París. ¡Es historia lo que se ha destruido!

No había entendido aún que también se había hecho historia, que, precisamente, la historia se hace cortando árboles de la misma manera que rompiendo huevos se hace una tortilla.

Cerca de la boca del metro había una columna publicitaria Morris, en lo alto de la cual, como King Kong, el Quasimodo del Empire State Building, estaba acucillado un joven panzudo con una cazadora de color verde pálido. Después de varios intentos de ponerse en pie, de erguirse tembloroso para volver en seguida a la seguridad de las cuatro patas, logró por fin mantener el equilibrio. Mientras inspeccionaba los destrozos, se habría esperado de él que empezara a golpearse el pecho en señal de triunfo.

Siguiendo sus instintos, Théo, Isabelle y Matthew echaron a correr por la acera sur de la plaza, más allá del cine Danton, más allá de la boca del metro, de la columna Morris, hasta llegar a la Rue Racine. Las puertas de la Facultad de Medicina permanecían abiertas. El patio se había llenado de manifestantes, guarecidos allí como refugiados apiñados dentro del recinto de una embajada. Los muros estaban cubiertos de carteles que anunciaban comités, reuniones y asambleas; también estaban llenos de manifiestos, ultimatos y sátiras difamatorias contra Marcellin, el ministro del Interior, Grimaud, el prefecto de policía, y De Gaulle.

Empujados por la aglomeración, los tres amigos entraron en el edificio.

El ambiente en el interior era caprichoso y fantástico. Estudiantes de Medicina apenas salidos de la adolescencia deambulaban por los corredores con mascarilla de cirujano para protegerse de posibles ataques con gases lacrimógenos. Encima de la puerta batiente de la sala de operaciones algún gracioso había pegado una calavera y unas tibias, no una bandera pirata, sino un cráneo y unos huesos de verdad. En el sótano, en el depósito de cadáveres, media docena de cuerpos desnudos, congelados, permanecían expuestos sobre unas camillas resplandecientes.

En la fría cámara blanca, aquellas estatuas de muerte, aquellas escayolas de muerte desportilladas y polvorientas, expuestas a comentarios obscenos y a miradas despiadadas, habrían parecido difuntas incluso a los muertos. Estaban infestadas de muerte, como un moribundo puede estar infestado de cáncer. Ni siquiera Jesucristo las habría hecho revivir.

Se estaba deliberando sobre qué hacer con los cadáveres. En el caso de que sitiaran la Facultad, ¿deberían sacarlos al patio y arrojarlos contra la policía por encima de las puertas del edificio?

Existía, por supuesto, el magnífico precedente del Cid, cuyo cadáver, sujeto a la silla de montar, dirigía su ejército para batallar contra los moros.

Pero nadie sabía qué hacer. Nadie se atrevía a tomar una decisión. Los jóvenes iconoclastas se detuvieron ante los muertos.

Una hora después, al llegar la noticia de que la policía nacional había torcido por el bulevar hacia Saint-Germain-des-Prés, los estudiantes que no estaban de servicio aquel día, cuyos nombres no figuraban en la lista de los turnos de ocupación colocada en el tablón de anuncios del vestíbulo central de la Facultad, salieron a hurtadillas a la calle y regresaron a sus casas.

Después de decidir, por miedo a hacer el ridículo, que no iban a tratar de informarse, Théo, Isabelle y Matthew también consideraron oportuno marcharse.

La ausencia de viandantes y de tráfico dotaba a la plaza del Odéon de la vastedad de un plato lleno de corrientes. A cada lado, a lo largo de sus tributarias, la Rue de Condé, la Rue de l'Ancienne Comédie, la Rue Hautefeuille, de dos en dos, de tres en tres o de cuatro en cuatro, ensangrentados o ilesos, los manifestantes se alejaban de puntillas del escenario ya vacío en el que se había interpretado el drama. Hubo también, al final, un muchacho muy joven con una capa voluminosa que interrumpió momentáneamente la huida para recoger, con la pirueta traviesa de un negro empelucado, un pañuelo rojo con manchas de sangre que otro compañero de fuga había dejado caer en el arroyo de la calle.

Para sorpresa suya, los tres amigos descubrieron aquella misma tarde que la plaza Saint-Michel se había salvado. Con todo y con ello, sólo una de las cervecerías alrededor de la fuente seguía abierta. Al pasar junto a ella, con intención de llegar por el puente Saint-Michel a la rue de la Cité, y volver luego a cruzar el Sena por otro puente más al sur, alguien desde dentro de la cervecería dio unos golpes en la ventana.

—¡Théo! ¡Théo!

Era Charles. Un año mayor que Théo, había sido en otro tiempo su compañero de clase, hasta que perdieron el contacto cuando Charles se matriculó en una de las escuelas politécnicas de París para estudiar Economía. Ya en el colegio sus convicciones políticas habían sido conservadoras y capitalistas. Leía el *Wall Street Journal*, publicación que había tenido que

encargar al desconcertado dueño de un quiosco de prensa, y hablaba con displicencia de «ir a ver a su banquero» cuando todo lo que quería decir era «ir al banco». Pero, en un mundo cínico, no era un cínico. A Théo le gustaba su ceremoniosa cortesía de otros tiempos, sus brazos en continuo movimiento y la risa silenciosa que sacudía todo su cuerpo, de hombros anchos y considerable altura.

Entraron.

Charles se hallaba solo, junto a la ventana, con una jarra de cerveza. Estaba irreconocible. En lugar del traje oscuro, paródicamente sobrio, que había sido durante mucho tiempo su sello característico, vestía una cazadora de aviador con un cuello muy sucio ribeteado de piel, unos vaqueros jaspeados y una chillona camisa a cuadros. Todavía más extraordinaria era su cabeza, completamente afeitada, a excepción de un denso moño al estilo chino.

Le dio una palmada a Théo en el hombro.

—¡No me lo creo! ¡Théo! ¿Cómo te trata la vida?

Por un momento Théo no supo qué responder.

—¿Charles? ¿Eres tú?

—¿Qué quieres decir con que si soy yo? Claro que soy yo. ¿No me reconoces?

—A ti, sí. —Théo señaló el moño—. Eso, no.

Charles se lo pellizcó.

—¿No te gusta? ¿Te parece que no me va?

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—A ti —dijo Théo con aire de sentirse desbordado—. Siempre tan chic, tan bien vestido. Trajes cruzados, corbata de lunares, *Wall Street Journal*. Quién te ha visto y quién te ve.

Charles miró a su vez a Théo.

—Pues tú también has cambiado bastante, ¿sabes? Hueles muy mal, por ejemplo —tocó la ropa de Théo—. ¿Y por qué tan zarrapastroso? Pareces salido de una novela de Zola.

—Es una larga historia —dijo Théo después de una pausa.

Hubo otra pausa todavía más larga hasta que, con una sonrisa, Charles replicó:

—La mía también lo es.

Luego, después de besar a Isabelle y de estrechar la mano de Matthew, a quien, como Charles no era cinéfilo, veía por primera vez, añadió:

—Os invito a un trago.

Dijeron que preferían comer.

—¿Comida? Vaya, no sé qué decir —respondió el otro, mirando hacia el mostrador del bar—. Hay escasez, dado todo lo que está pasando. Pero veré lo que puedo hacer.

No entendieron lo de la escasez. Pero eran muchísimas las cosas que no entendían.

Unos minutos después, cuando Charles regresó con sándwiches y coca-colas, Théo le repitió la pregunta.

—¿Y el moño?

—He vivido en Mongolia.

Charles esperó con visible interés el efecto sobre su antiguo amigo de aquella revelación. No quedó decepcionado.

—¡Mongolia!

—Pasé siete semanas en el desierto de Gobi con una tribu nómada.

—Pero ¿y tus estudios? ¿La escuela politécnica?

—Mis estudios...

Pareció contemplar el pasado reciente con la mirada perdida, como si aquellos estudios pertenecieran a un periodo de su vida borroso, difunto e irrecuperable.

—Mira a tu alrededor, Théo. La historia, el saber, la imaginación... han tomado las calles. Están en circulación. Han dejado de ser propiedad privada de una élite.

—No sabía —dijo Isabelle— que el *Wall Street Journal* llegara al desierto de Gobi.

—No leo periodicuchos fascistas.

A Théo y a Isabelle les desconcertó aquel impostor.

—¿Qué es lo que te ha pasado? —exclamó Théo.

Contempló con asombro a los supervivientes de la batalla, que ahora bebían cervezas y coca-colas como si estuvieran en un descanso entre clases.

—¿Qué le ha pasado a todo el mundo? —continuó Théo—. ¿Por qué están ahí esas barricadas, las furgonetas de la policía por todas partes? ¿Qué demonios está pasando, por el amor del cielo?

—¿Me lo preguntas en serio? ¿De verdad no sabes lo que está pasando?

Charles examinó las facciones de Théo en busca de algún indicio de que hablaba en broma.

—¡No! ¡No lo sé! ¡Eso es lo que te estoy diciendo!

—¿Dónde demonios has estado?

—Fuera...

—¿Fuera? ¿Y cómo has vuelto?

—¿Vuelto?

—¿Cómo has vuelto a entrar en el país?

No había respuesta para aquello. Las cejas alzadas como dos peludos acentos circunflejos, Charles le devolvió a Théo su mirada inexpresiva.

—Empiezo a pensar que eres tú el que ha estado en el desierto de Gobi.

Convencido al fin de que, por alguna razón que no conseguía aún entender, sus amigos no sabían nada de la agitación que había sacudido la Facultad de Nanterre primero, luego París en su conjunto y finalmente «las cuatro esquinas del hexágono francés», como les gusta decir a los locutores, empezó a contarles la leyenda de lo que ya empezaba a conocerse como los sucesos de mayo.

Y así se enteraron de cómo la expulsión de su Henri Langlois de la Cinémathèque había sido el Sarajevo de aquellos sucesos; de que, como poco, la expulsión había hecho cristalizar un espíritu de rebelión que ya estaba en el aire, y había servido para prender la antorcha que iría pasando de mano en mano como en los Juegos Olímpicos.

—No es sólo la universidad, ni tampoco París —dijo Charles, incapaz ya de contener su lirismo—. Toda Francia está en huelga. Los teléfonos no funcionan, los bancos han cerrado, no hay correo, casi no queda gasolina. Se trata realmente de una huelga general, estudiantes y obreros unidos, un frente común ante un enemigo común. ¡Una sociedad nueva está esperando a ver la luz, Théo, un mundo nuevo! Un mundo sin *grands-bourgeois*, ni *petits-bourgeois*, sin *grands-fascistes* ni *petits-fascistes*. ¡Un mundo que ya no tiene ninguna necesidad de los viejos maestros del mundo antiguo! ¡Se acabaron Leonardo, Mozart y Shakespeare!

Hizo una pausa.

—¡Se acabó Hitchcock!

—¡Nunca! —exclamó Théo.

Otra pausa.

—Ya lo verás, amigo mío —murmuró Charles amablemente—. Ya lo verás.

París se había convertido en un carnaval. Michel Foucault era la estrella del anfiteatro Maubert-Mutualité, Sartre de la Sorbona, Jean-Louis Barrault y Madeleine Renaud compartían la escena con su propio público en el teatro del Odéon. Las colas se formaban pronto, escaseaban las buenas localidades y con frecuencia sólo había sitio de pie.

Desde el piso sexto o séptimo de las casas, las ancianas arrojaban ollas de agua sobre las cabezas de los policías, y luego cerraban las ventanas y corrían las cortinas con una rapidez y un celo que desmentían su edad y respetabilidad. Madres inquietas perseveraban en los aledaños de las manifestaciones hasta que, descubiertos sus vástagos adolescentes, les daban un coscorrón y se los llevaban a casa, sordas a la objeción inmemorial de que a sus amigos se les había permitido quedarse. Aunque tampoco los adolescentes eran los militantes más jóvenes. A raíz de la expulsión de un alumno del liceo Condorcet, los colegiales de París habían decidido convocar su huelga particular. Abandonando estilográficas y plumieres, habían desfilado por las calles de la Orilla Izquierda junto con sus hermanos y hermanas de más edad. «¿Qué vendrá después?», bufaba un indignado dirigente político en *Le Fígaro*. «¿También van a sublevarse los alumnos de primaria?».

Charles mencionó luego a un joven alemán, Daniel Cohn-Bendit.

Al tal Cohn-Bendit se le apodaba Dany el Rojo. Representaba a la calle. Hablaba a la calle y se había convertido en su portavoz. Encantaba a la calle como Orfeo encantaba a las bestias. Dondequiera que iba, la calle lo seguía.

La calle siempre se había detenido, medrosa, ante el umbral de las casas. Ahora esas mismas casas la invitaban a entrar. La calle entraba. Se ponía cómoda. Y llegaría el día, dijo Charles, llegaría el día en que la Asamblea General quedase sitiada por todas las calles de París y Dany el Rojo hiciera su entrada, llevado en hombros por su corte de calles, su cortejo de calles, que irradiarían de él como de un Arco de Triunfo humano.

Théo se quedó sin habla. El país se había vuelto del revés y él no lo había sentido en absoluto. Entendió por qué no habían recibido llamadas telefónicas de Trouville, por qué el poeta y su esposa no habían regresado, por

qué su tía de Le Nègre Bleu había dejado de interesarse por su bienestar, por qué habían podido vivir durante tanto tiempo en el desgobierno del aislamiento y el desorden.

Como el ambiente del café estaba muy cargado y había demasiada gente, decidieron marcharse. Una lluvia muy sesgada repiqueteaba sobre las aceras, y hacía que sus cuerpos se inclinaran como los de los payasos de circo con zapatos lastrados.

—A los tres os hace falta que os reeduquen —dijo Charles, antes de añadir misteriosamente—: Venid a Maspero conmigo.

—¿Quién o qué es Maspero? —preguntó Isabelle mientras, protegiendo la llama con las manos, encendía, contra el viento, su último cigarrillo.

—Sois marcianos, vosotros tres. Venid conmigo y os lo enseñaré.

Maspero estaba sólo a pocos metros, en la Rue Saint-Séverin. Resultó ser una librería, sobre cuya entrada principal se leía *La Joie de Lire*.

Dentro, las paredes estaban tan cubiertas de manifiestos como las de la Facultad de Medicina, a los que se unían pósters a multcopista de puños que alzaban bombas y rosas. En el lugar más visible, sin embargo, había tres retratos en serigrafía del Che Guevara, Mao Tse-tung y Ho Chi Minh.

Con sus facciones simétricas, que no hacían otra cosa que llenar los espacios vacíos entre el pelo rizado negro azabache, la boina negra, las espesas cejas negras y la barba igualmente negra y todavía más espesa, el primero de los tres hacía pensar en una mancha del test de Rorschach. El segundo tenía el semblante lustroso y enigmático de un eunuco. El tercero, con sus pómulos y barba de mandarín, sugería una de esas curiosas figuras que, al invertirlas, revelan otro rostro, algo menos convincente, como en una caricatura de Rex Whistler.

Estaba claro que sus clientes utilizaban *La Joie de Lire* más como biblioteca que como librería. Sus volúmenes, muy manoseados, extendidos sobre mesas o colocados en estanterías de madera blancas, estaban siendo utilizados por los mismos jóvenes —recostados contra las paredes o sentados en el suelo sin alfombras, ninguno de ellos con intención de comprar algo— que se habían manifestado en las calles una hora antes, poco más o menos. Incluso el librero, los pies sobre el mostrador, la silla todo lo inclinada hacia

atrás que era compatible con guardar el equilibrio, leía imperturbable a Rosa Luxemburgo.

En una esquina estaba reunido un grupo de estudiantes latinoamericanos. Se sabía que eran latinoamericanos por la sensual maestría con la que lograban calarse sus boinas a lo Che, por sus botas de tachuelas con polainas tan complicadas como nudos de marineros y por las gafas de revolucionarios. Fumaban cigarrillos diminutos que les colgaban húmedos y ladeados de los labios, que despedían un aroma picante y que había que volver a encender después de cada chupada. Con bigotes estilo Zapata tan falsos como los que pintan los niños en las vallas publicitarias, les gustaba creerse exiliados políticos. Nada resultaba más absurdo, sin embargo, que su ropa de camuflaje.

Charles, tan maquinalmente como si estuviera comprando en un supermercado, empezó a coger libros de las mesas. Eran pequeños objetos resistentes cuyas llamativas portadas en negro y rojo hacían pensar en breves tratados revolucionarios. Aquellos libros en rústica hubieran perturbado la serenidad patricia de la biblioteca del poeta, que los habría rechazado con el mismo desprecio que siente por las reproducciones el coleccionista de obras de arte.

—Leed éstos —dijo Charles—. Quizá entonces entendáis cómo y por qué el mundo está a punto de cambiar.

Isabelle los examinó uno a uno.

—¿Dónde está *Das Kapital*? ¿No deberíamos empezar con *Das Kapital*?

—*Le capital* —para Charles, un verdadero iniciado, la obra ya existía en su idioma— es la Biblia. Uno de los más grandes textos jamás impresos. Pero es demasiado difícil para empezar. Tenéis que ganaros el derecho a leerlo.

—¿Cómo vamos a pagarlos? —preguntó Théo—. Estamos sin blanca, ¿o es que no te has dado cuenta?

—Lleváoslos. Todo el mundo lo hace. Pagadlos cuando podáis. Si podéis.

Después de dejar la librería, pasearon por el bulevar Saint-Michel, sobre el que flotaba insegura, sin saber qué dirección tomar, una cortina de humo ceniciento.

Hablaron. Más bien habló Charles.

Si se transcribiera con detalle su fe ingenua en la insurrección de las masas, su discurso parecería banal. Pero no lo era, porque hablar de cambiar el mundo es, en sí mismo, un medio para que cambien los que hablan de ello. Y, sin ser plenamente conscientes de lo que les estaba sucediendo, Théo y su

hermana se encontraron una vez más subyugados por una causa, un hechizo, una emocionante droga nueva. Para los adictos como ellos, tales términos habían llegado a ser sinónimos.

Por lo que respecta a Matthew, sus ojos, como los de la Virgen de la avenida Hoche, estaban abiertos pero parecían cerrados, demasiado cerrados para que fuera posible sondear sus profundidades.

Eran exactamente las cuatro y media cuando llegaron al *Drugstore* de Saint-Germain-des-Prés. A aquella hora el establecimiento se ofrecía como un oasis de calor y de luz en el bulevar gris.

—Préstame unos francos, haz el favor —le dijo Isabelle a Charles—. Tengo que comprar tabaco.

El *Drugstore* estaba encajonado entre una farmacia, con su cruz de neón verde, y un *café tabac* en cuyo exterior se hallaba lo que parecía un extintor de incendios rojo, cabeza abajo. Delante de la terraza acristalada, donde camareros jóvenes con chaquetas escocesas a cuadros servían banana splits y melocotones con chantillí, un grupo de prostitutas, vestidos con la moda más reciente de la profesión más antigua, patrullaban por su territorio de manera furtiva o desafiante.

Los amigos cruzaron el bulevar vacío.

Mientras Isabelle se separaba para comprar tabaco, los otros entraron en el *Drugstore*. A su izquierda, una escalera llevaba a un restaurante cuyas mesas estaban colocadas en torno a una pequeña galería circular con vistas al piso bajo. En las paredes había enormes pares de labios esculpidos en bronce, de Bardot, Deneuve, Elsa Martinelli. Más a la izquierda, otra escalera conducía a un segundo restaurante, casi idéntico. Más allá, un tercer tramo de escaleras descendía hasta una tienda donde se vendían artilugios cuya finalidad era calmar nervios crispados: una hilera de bolas de acero, sujetas a una polea, que, cuando se ponían en movimiento, producían, chocando entre sí, un ruido agradable; una caja rectangular de cristal, montada sobre un armazón hidráulico y llena de mercurio, en la cual, al apretar una palanca, la gran ola de Hokusai se animaba ante los ojos del espectador.

Pese a que una flota de furgonetas de la policía, estacionada a lo largo del bulevar, impedía la vista desde la terraza acristalada, los clientes del *Drugstore* consumían sus hamburguesas con queso, sus *salades nigoises* y sus

ossobucos como si nada sucediera, como si aquello pasara en cualquier otro mes de mayo y no en aquél. Los varones lucían chaquetas italianas con amplias aberturas atrás, y camisas sin corbata, de puños con volantes y cuellos anchos y puntiagudos por encima de las solapas de las chaquetas. Cuando uno de ellos se ponía en pie, un crucifijo de oro en miniatura lanzaba destellos a la luz del sol. Las mujeres llevaban brazaletes, colgantes, esclavas, collares y pendientes, que resonaban en el *Drugstore* como el tintineo de las esquilas de los Alpes.

Charles los contempló a todos con aversión. Los veía ya ante el pelotón de fusilamiento, los crucifijos arrancados de los cuellos, las esquilas silenciadas para siempre.

—Ésos son los *petits-fascistes* de los que estaba hablando —murmuró—. Sólo sirven para los basureros de la historia.

Cuando Isabelle se reunió con los demás, Théo le preguntó a Charles si podían pasar la noche en su casa. Sin necesidad de expresar con claridad su desasosiego, sabían que no podían regresar tan pronto al piso familiar, al piso que hasta aquella mañana misma había permanecido aislado por completo del mundo exterior.

Charles aceptó sin hacer preguntas ni poner condiciones. Les explicó, sin embargo, que él volvía a su casa sólo para ducharse y cambiarse de ropa. Tenía que estar a las seis en la plaza Denfert-Rochereau. Dado que la Facultad de Nanterre volvía a abrir sus puertas, los estudiantes habían decidido que su victoria, por efímera que resultara, había que celebrarla con una manifestación que abarcara todo París. El intercambio de fuego de aquel día no pasaba de ser un encuentro preliminar.

El plan era llegar a los estudios de televisión para denunciar su cobertura de la insurrección, y proseguir luego hasta el Palacio de Justicia para protestar en silencio contra la parodia de ley y orden que retenía en la cárcel a muchísimos de sus camaradas. Pero el prefecto de policía había tomado de inmediato la medida de confinar todas las manifestaciones al gueto del Barrio Latino. Si con semejante estratagema esperaba quitar vigor a la protesta, no podía haberse equivocado más. El mandamiento judicial se había interpretado como una cita, cita que Charles se proponía mantener en Denfert-Rochereau.

El antiguo condiscípulo de Théo vivía cerca de la Torre Eiffel, en un tercer piso, donde ocupaba un apartamento de dos habitaciones que, por encontrarse en el pozo de un patio y ser tan oscuro como un sótano, le alquilaban por poco dinero. Théo había dormido antes en la habitación de huéspedes, en cuyo suelo se extendía una serie de colchones, como si se

tratara de una residencia de estudiantes. Sólo contaba con otros dos elementos de decoración: una ilustración de una novela de Julio Verne, ampliada y enmarcada, de un individuo barbudo con quevedos, que señala, en el jardín exuberantemente arbolado de un observatorio con cúpula de cristal, y para beneficio de otra persona más joven e imberbe, a su lado, una luna en cuarto creciente de inusual luminosidad, con la leyenda: *La lune, dit le docteur*; y un acuario de tan impenetrable oscuridad que sus ocupantes (asumiendo que hubiera alguno, porque eran invisibles) podrían sin duda imaginar, dado que Charles había estado demasiado preocupado por espacio de varias semanas para cambiarles el agua, que nadaban en las más turbias profundidades del océano.

Eran las cinco y media pasadas cuando llegaron al piso. Aunque habían olvidado lo hambrientos que estaban, asaltaron el frigorífico y devoraron salami, queso, un cuenco de rábanos. Mientras se preparaba para ducharse, Charles se detuvo un momento a contemplar a su trío de huéspedes.

Matthew estaba sentado en una esquina de la habitación, la barbilla a la altura de las rodillas, el labio superior coronado por una raya de color blanco marmóreo, como si hubiera estado bebiendo leche de un envase de cartón, el labio inferior semejante a la línea ondulada con que un niño podría tratar de representar a una gaviota en vuelo. Isabelle se había tumbado en la cama deshecha del propio Charles, y mechones idénticos le enmarcaban las facciones como un telón teatral de Pollock, con las cejas convertidas en dos plumas negras. Théo yacía, desplomado, sobre un gran saco blando de cuentas de poliestireno que servía de sillón.

—Por cierto —dijo Charles finalmente—, ¿dónde habéis estado?

Al principio nadie habló. Luego fue Isabelle quien respondió. Haciendo precisamente el mismo gesto que el astrónomo de la imagen, señaló la ilustración de Julio Verne.

—Allí. En la luna.

A las seis y media los manifestantes convergieron en la plaza Denfert-Rochereau y empezaron a subirse al león de Belfort.

Al grito de «¡Liberad a nuestros camaradas!», recorrieron todo el bulevar Arago, pasaron la prisión de La Santé, desde cuyas ventanas enrejadas, los internos —ninguno de los cuales era probable que fuese estudiante— ondearon en su honor pañuelos invisibles.

En el cruce de Saint-Michel y Saint-Germain la policía había bloqueado el paso, impidiendo el acceso, por una parte, a la plaza de Saint-Michel y los puentes del Sena y, por otra, al bulevar Saint-Germain, obligando a los manifestantes a derramarse por la Rue Gay-Lussac y la plaza Edmond-Rostand, que sobresalía del bulevar como la nariz del héroe más famoso de aquel dramaturgo.

En el curso de la tarde se puso en marcha la ocupación del Barrio Latino. Con la mayoría de los manifestantes rodeados por la policía entre Edmond-Rostand y Gay-Lussac, otros se infiltraron a hurtadillas en las calles y las plazas vecinas, la Rue Saint-Jacques, la Rue du Panthéon, la Rue de l'Estrapade y la plaza de la Contrescarpe. También se levantó la primera de las barricadas con verjas, rejillas y adoquines.

Para las diez un intrincado laberinto de barricadas gemelas se extendía desde la plaza de Edmond-Rostand a la Rue d'Escarpes, y del cruce de la Rue d'Ulm y la Rue Gay-Lussac al liceo Saint-Louis. Aquellas barricadas, por desgracia, que en un mapa podrían haberse tomado por puentes, eran exactamente lo contrario. La idea era que, como los mamparos de un buque, si una de ellas cedía, las otras lograrían limitar el daño. Pero el efecto fue, más bien, frustrar las posibilidades de huida, dado que también servían de arsenales. En el caso de que llegara el ataque, los manifestantes, que no poseían más armas ofensivas que las rejillas y los adoquines, que constituían además su único medio de defensa, tendrían que desnudar a un santo para vestir a otro.

En televisión, a las once y cuarto, el prefecto de policía, con un ramillete de micrófonos delante de la boca, explicó pacientemente que también él había sido estudiante en otro tiempo, que también en su juventud lo habían golpeado las porras de la policía y que, por lo tanto, entendía e incluso simpatizaba con los motivos de los estudiantes. Pero había un límite, al fin y al cabo, en el que era necesario pasar de las palabras a los hechos.

Luego, dirigiéndose directamente a los manifestantes, empleó uno de esos eufemismos mucho más terribles que aquello que, en teoría, tratan de suavizar, y afirmó que si no se había evacuado el Barrio Latino a medianoche, el ministro del Interior le había dado instrucciones para que «lo limpiara».

A las doce y media la Línea Maginot de barricadas seguía tan firme como antes y las instrucciones del ministro se transmitieron a la policía nacional.

A aquel paisaje devastado, lunar, y paradójicamente iluminado por la luna, que en realidad, a vista de pájaro, entrecruzado por sus barricadas, se parecía sobre todo a un tablero de ajedrez, llegaron Théo, Isabelle y Matthew.

Desde el apartamento de Charles —que se había marchado dos horas antes— caminaron por los muelles de la Orilla Izquierda, el Quai d’Orsay, el Quai Voltaire y el Quai Conti, hasta llegar a la Rue Saint-Jacques, en cuyo comienzo se detuvieron unos minutos. La calle estaba saturada de gases lacrimógenos. Los faroles se adornaban con halos de color malva. Las casas, cerradas a cal y canto, indiferentes, les parecieron tan ajenas como las de una ciudad, Zúrich o Barcelona, que visitaran por vez primera.

Al dirigirse hacia la batalla vieron por delante nubes de humo, tan densas como dirigibles en un cielo de color rojo sangre. Cada vez que ascendía una bengala y caía después al suelo con un cortejo de chispas en cascada, iluminaba, como si no tuviera otro propósito, algún acto individual de valor y sacrificio: una muchacha que golpeaba con los puños el pecho de un policía que había aplastado los nudillos de su compañero; un vecino de mediana edad, en chaqueta de punto y zapatillas, que salía corriendo a la calle para ayudar a un grupo de manifestantes a volcar un automóvil, tal vez el suyo.

Siguieron adelante.

De algún modo, milagrosamente, por el sistema de pasar como flechas de la acera izquierda a la derecha y viceversa, de refugiarse en portales vacíos, desocupados, de atravesar a la carrera calles y plazas, con Théo por delante e Isabelle y Matthew que trataban de mantenerse a su altura —como, hacía ya tanto tiempo, habían galopado por los corredores y salones del Louvre, como si aquella carrera hubiera sido el ensayo general para esta otra—, alcanzaron la barricada de la plaza Edmond-Rostand. Bajo la cruz de otra farmacia se aplastaron contra un colchón lleno de manchas, apoyado en cajas de embalaje, del que sobresalían briznas de lana blanca que parecían mechones de canas emergiendo de las orejas de un anciano. Mientras permanecían allí agachados, un enrejado de sombras enmarcaba su visión, oscurecida por el humo.

La luz de los focos de la policía salpicaba de estrellas, halos, manchas blancas, las paredes, la barricada, los rostros tras las barricadas. Aquí y allá una imagen, el fragmento de una imagen, un simple detalle, adquirirían relieve al azar, una boca abierta, un antebrazo toscamente vendado, un beso

subrepticio, un dedo que señalaba, pero ¿por qué?, ¿a qué?, ¿a quién? Se oían ruidos, una risa áspera, gritos de «¡Policías fas-cis-tas!» o «¡De Gaulle a-se-si-no!», pero como si se tratara de la banda sonora de una película mal doblada.

Pasaron horas o parecieron pasar.

Tres, cuatro, cinco veces, la policía nacional trató de abrir brecha, pero sólo para ser rechazada tres, cuatro, cinco veces. Los botes de gases lacrimógenos volaban por encima de la barricada y los policías se calaban la visera. Algunos vecinos, que abrían ventanas muy por encima de las cabezas de los manifestantes, les arrojaban toallas para que se protegieran, iban a buscar barreños y jarras, los llenaban, volvían a los balcones y derramaban el contenido en la calle, porque es sabido que el agua muy fría atenúa los efectos de los gases lacrimógenos.

Cerca de la barricada donde Théo, Isabelle y Matthew se acurrucaban, y bajo un farol que arrojaba un halo a sus pies, una joven de color estaba siendo interrogada por un trío de agentes. Mientras dos se soplaban las manos ahuecadas y se golpeaban los brazos contra los costados para combatir el frío, el otro empujaba repetidamente a la muchacha contra la verja de los jardines de Luxemburgo. Cada vez que la cabeza de la joven golpeaba los barrotes de hierro, los tres iniciaban la cuenta a coro: «... *Et trois... et quatre... et cinq... et six...*».

Indignada, incapaz de aguantar más, la muchacha se quitó finalmente un guante y con sus largas uñas esmaltadas grabó cuatro arañazos paralelos en la mejilla de su agresor, arañazos tan profundos que se podían ver, o casi, desde la barricada del lado opuesto de la plaza.

El agente gritó de dolor. Con mucho cuidado, se pasó un dedo por los arañazos e inspeccionó la gotita de sangre recogida. Después de gritar «*Salope!*» a voz en cuello, le propinó a la joven un golpe despiadado en el abdomen con su fusil antidisturbios. Tambaleándose, aullando, gimiendo como un animal torturado, la víctima cayó hacia delante sobre la acera, una pierna, enfundada en su elegante media, alzada en un extraño ángulo por encima de la otra, como la de un gato que procede a hacerse la limpieza diaria.

Aquello fue demasiado para Théo. Sin pensar en los cohetes, bengalas y latas de gases que pasaban por encima, se levantó y corrió hacia allí. En el último momento, el agente volvió bruscamente la cabeza. Théo lanzó una

rodilla contra su entrepierna, con la fuerza suficiente para sentir que algo se licuaba bajo su rótula.

El rostro del policía se descompuso como un trozo de papel arrugado.

Luego, por desgracia, Théo vaciló. No supo qué hacer a continuación. Tendría que haber corrido el riesgo de tomar la Rue Médicis o, de lo contrario, buscar refugio en una de las casas que tenía detrás, o trepar por la verja para entrar en los jardines de Luxemburgo e intentar la huida por las puertas del sur. Pero lo que hizo fue quedarse inmóvil, la viva encarnación de la paradoja de Zenón, a la espera, casi dispuesto, casi pidiendo que lo detuvieran los dos policías que estaban sólo a unos metros de distancia y que, un instante después, lo tenían postrado, los brazos, como alas de golondrina, cruzados sobre la entrepierna.

A la vista de los porrazos que martilleaban el cuerpo de su hermano, Isabelle se tapó la cara con las manos. Sin importarle ya el riesgo al que se iba a exponer, rápidamente subió hasta lo alto de la barricada, tropezó, cayó, se raspó las rodillas, los tobillos, las manos, se deslizó hasta el suelo por el otro lado y corrió en ayuda de Théo.

Al encontrarse solo, Matthew sintió que su corazón apretaba el acelerador, que se lanzaba a toda velocidad, perdido el control, pero se esforzó por conservar la calma. Una distracción, se dijo. A sus amigos les estaban haciendo daño, los estaban golpeando. Lo que se necesitaba era una distracción.

Miró, frenético, entre las sombras que lo envolvían, en busca de un arma, de un accesorio de algún tipo.

De pronto advirtió, en la cresta de la barricada, que una bandera roja, clavada entre dos trozos alargados de rejillas de hierro, había sido derribada por Isabelle. Olvidada, yacía inerte sobre los adoquines.

Matthew se acordó de la joven Pasionaria con chaqueta de lana gruesa. Aquel recuerdo le dio el valor que ya poseía. Alzaría una vez más la bandera. Crearía un elemento de distracción para que Théo e Isabelle escaparan y se pusieran a salvo.

Sin vacilar más, escaló la barricada, alzó la bandera y la agitó por encima de su cabeza. Luego, sin llegar a entender que la palabra *Fin* se le acercaba a toda velocidad como un tren saliendo de un túnel, empezó a cantar.

Arriba, parias de la Tierra.

En pie...

Se oyó un disparo.

Todavía con la bandera en alto, Matthew se convirtió en su propia estatua.

A más distancia de la barricada, un policía miró con incredulidad su metralleta. Se la apartó del cuerpo lo más que pudo y sólo entonces pareció darse cuenta de que estaba cargada. Se arrancó la máscara antigás. A pesar de la máscara tenía lágrimas en los ojos.

—¡No era mi intención! —exclamó—. ¡No quería hacerlo!

Matthew le dio la espalda y cayó hacia delante como un trapo.

Después de librarse de sus captores, a quienes la detonación parecía haber hechizado, Théo e Isabelle corrieron a donde Matthew estaba tumbado, se arrodillaron cada uno a un lado y le sostuvieron la cabeza.

Su amigo abrió la boca. La lengua le colgó flácida sobre el labio inferior. Estaba salpicada de espuma.

En sus facciones contraídas pudieron leer la terrible verdad de que no sólo se muere solo, sino que, además, se muere vivo.

Matthew intentó hablar.

Pero, incluso en la muerte, recordaría tarde, demasiado tarde, lo que se proponía decir.

* * *

Aunque, a medida que nos hacemos mayores, tenemos menos razones para la esperanza o la felicidad, entre las que todavía sobreviven son menos las que resultan ilusorias.

Era una tarde sin lluvia de comienzos de octubre. Al soplar desde el Sena un viento de borrasca, las botellas de coca-cola de los patinadores rodaban en espiral por la explanada del Trocadéro, tan veleidosamente como una piedra plana sobre un río. La Torre Eiffel centelleaba como un letrero de neón.

La Cinémathèque estaba tan abarrotada que a los «ratones» que no habían conseguido encontrar asientos libres se les había permitido, por una vez, con olvido de las normas relativas al peligro de incendio, acomodarse donde hubiera sitio, en el tramo de escalones que llevaba al auditorio, en los pasillos, sobre la alfombra bajo la amplitud vertical de la pantalla. En cuanto a los que habían llegado demasiado tarde, seguían amontonándose en el vestíbulo y la escalera, jugueteando abatidos con los praxinoscopios y las linternas mágicas,

con la esperanza de que, incluso entonces, quedara libre un asiento para ellos, de que alguien ya sentado sufriera un ataque epiléptico.

Al tener que enfrentarse con protestas conjuntas, protestas que se habían visto ampliadas por los sucesos de la primavera, el general De Gaulle se había visto obligado, finalmente, a restablecer a Langlois al frente de la Cinémathèque. Aquellas dos instituciones nacionales, Henri Langlois y la Cinémathèque François, se habían vuelto a reunir.

Cuando Langlois subió al escenario, todos los presentes se pusieron en pie para saludar el regreso del despilfarrador con una ovación espontánea.

Langlois presentó a François Truffaut y a Jean-Pierre Léaud, director y estrella de *Besos robados*, la película que se iba a presentar aquella velada *en avant-première*. También a ellos se les aplaudió. Luego, al oscurecerse la sala, las cortinas renunciaron a regañadientes a seguir abrazadas.

Para asombro de todos, la película empezaba con un plano de la avenida Albert-de-Mun y de la senda, en el jardín de la Cinémathèque, que corría paralela a él. En sobreimpresión, con letra de Truffaut, se leía una dedicatoria: «*Besos robados* está dedicada a la Cinémathèque Française de Henri Langlois». La cámara iniciaba luego una lenta panorámica hacia la entrada de la Cinémathèque, hasta un primer plano de la verja con el candado puesto y el letrero de *Fermé* sujeto a ella. Una salva de aplausos saludó la alusión y una ola de emoción recorrió el auditorio. Algunos espectadores volvieron a ponerse en pie y lanzaron vítores. Otros lloraron.

En la banda sonora, mientras desfilaban los títulos de crédito, se oyó la voz de Charles Trenet:

*Ce soir le vent qui frappe à ma porte
me parle des amours mortes
devant le feu qui s'éteint.*

*Ce soir cest une chanson d'automne
devant la maison qui frissonne
et je pense aux jours lointains.*

*Que reste-t-il de nos amours?
Que reste-t-il de ces bonjours?
Une photo, vieille photo*

de ma jeunesse.

*Que reste-t-il des billets-doux,
des mois d'avril, des rendez-vous?*

Un souvenir qui me poursuit...

Un souvenir qui me poursuit...

Un souvenir qui me poursuit...

Un souvenir qui me poursuit...

Un souvenir qui me poursuit...

¿Se había rayado el disco?

De ser así, sucedía sólo para dos de los espectadores. Estaban sentados en la primerísima fila y, mientras escuchaban a Trenet, sus ojos brillaban como los de sus vecinos. Sus lágrimas, sin embargo, cuando llegaron, brotaban de una fuente bien distinta.

Epílogo

La primera versión de la novela que acaban ustedes de leer se publicó en 1988 con el título *The Holy Innocents* [Los santos inocentes]. Era también mi primera novela, de la que, si bien la acogida de la prensa había sido buena en su conjunto —unos cuantos comentaristas se deshicieron en elogios, otros pocos se mostraron desdeñosos, la mayoría, ni una cosa ni otra—, yo estaba, por varias razones, profundamente descontento en el momento de su publicación, y he seguido estándolo desde entonces. Tanto que cuando, casi de inmediato, mi agente recibió una oferta de una productora cinematográfica, le dije categóricamente que la rechazara. Y cuando, a lo largo de los años, hubo productores que siguieron manifestando interés, pedí que ni siquiera se me informara de quiénes eran ni de lo que ofrecían. (Soy, en este sentido concreto, una de esas personas que dicen amén a todo, porque me resulta más fácil decir que sí que decir que no).

Mi agente respetó mi petición hasta la primavera del 2001, cuando por fin cedió. Le pareció (y dio la casualidad de que estaba en lo cierto) que me gustaría saber no sólo que había recibido una oferta de Jeremy Thomas, con mucho el más audaz y menos provinciano de los productores británicos contemporáneos (¡*Feliz Navidad, Mr. Lawrence!*, *El último emperador*, *Crash*, entre otras), sino que la había hecho en nombre de Bernardo Bertolucci, un director por quien yo sentía enorme admiración.

Acepté la oferta y también la sugerencia, de Bernardo y de Jeremy, de que escribiera la adaptación: acepté la oferta porque no se me ocurría otro director en todo el mundo que tuviera más afinidad con los temas de la novela que Bernardo; y acepté la sugerencia porque me daba la oportunidad, en simultaneidad con el guión que se me encargaba, de reescribir —o, más bien, como en un palimpsesto, de *borrar*— la primera versión de la que estaba tan poco satisfecho. (No hay que olvidar además —seamos honrados— que iba a ganar mucho dinero). El nuevo título, diferente, *Soñadores*, es mío, pero el impulso para abandonar el original vino de Bernardo, a quien le disgustaba

tanto como había llegado a disgustarme a mí. Fue el primero de innumerables cambios.

La película de Bernardo existe ya. Si el lector la ha visto, se dará cuenta de que este libro, aunque más próximo a la película que la primera versión, no es en absoluto lo que suele denominarse una «novelización». Eso es deliberado. Y quizá logre explicarlo mediante una breve y caprichosa analogía. Si uno lleva pantalones de color gris oscuro, pongamos por ejemplo, y una chaqueta que también es gris, *pero no exactamente el mismo gris*, el resultado parece torpe e inelegante, casi como si se tuviera la esperanza de hacer creer que el conjunto es un traje completo. Mejor llevar una chaqueta de un color completamente distinto. Lo mismo es aplicable a una novela y su adaptación cinematográfica.

Eso es lo que sucede con mi novela y la película de Bernardo. Quizá sean gemelas, pero —como en el caso de Théo e Isabelle, mis gemelos de ficción— no son idénticas.

G. A.

Abril de 2003



GILBERT ADAIR (29 de diciembre de 1944 - 8 de diciembre de 2011) Fue un novelista, poeta, crítico de cine y periodista escocés. Se hizo famoso por la traducción «diabólica» de la novela posmoderna de Georges Perec, *A Void*, en la que no se usa la letra e, pero fue más conocido por las películas adaptadas de sus novelas, *Love and Death on Long Island* (1997) y *The Dreamers* (2003).

Adair nació en Edimburgo, pero desde 1968 hasta 1980 vivió en París. Sus primeros trabajos de ficción incluían *Alicia a través del ojo de la aguja* (siguiendo las aventuras de Alicia en el país de las maravillas y a través del espejo) y *Peter Pan y los hijos únicos* (siguiendo a Peter y Wendy). Ganó el Premio First Author Novel de Author's Club en 1988 por su novela *The Holy Innocents*. De 1992 a 1996 escribió la columna «Escrutinio» para The Sunday Times. Durante 1998 y 1999 fue el principal crítico de cine de The Independent, donde en 1999 también escribió una columna de un año llamada «La Guillotina».

En 1995 ganó el Premio de traducción Scott Moncrieff por su libro *A Void*, que es una traducción del libro francés *La Disparition* de Georges Perec. El libro original no contiene instancias de la letra e; Adair lo tradujo con la misma limitación. Sus obras son comparadas con las de Julian Barnes, AS

Byatt y Patrick Gale. Su libro *Flickers: A History of the Cinema en 100 Images* fue admirado por David Foster Wallace.

La película *Amor y muerte en Long Island* (1997), dirigida por Richard Kwietniowski, se basó en su novela de 1990 del mismo nombre. La película *The Dreamers* (2003) dirigida por Bernardo Bertolucci, con un guión de Adair, se basó en su libro *The Holy Innocents*, que Adair revisó y reeditó con el mismo título que la película. Adair colaboró en los guiones de varias películas de Raúl Ruiz: *The Territory* (1981), *Klimt* (2006) y *A Closed Book* (2010).

Adair mismo era homosexual, aunque rara vez hablaba del asunto, no deseando ser etiquetado. «Obviamente hay temas gay en muchas de mis novelas», dijo en una entrevista reciente, «pero realmente no me gustaría que me consideraran un “escritor gay”... Ser gay no ha definido mi vida». Al final de su vida, vivió en Londres. Adair murió de una hemorragia cerebral, 13 meses después de sufrir un derrame cerebral que lo cegó. Estaba escribiendo una versión teatral de *Love and Death en Long Island*, que está siendo desarrollada por los productores New Gods and Heroes, en el momento de su muerte.

Notas

[1] Esta tarde el viento que llama a la puerta / me habla de amores muertos /
delante del fuego que agoniza. / Esta tarde es una canción de otoño / ante la
casa que se estremece / y me hace pensar en días lejanos. / ¿Qué queda de
nuestros amores? / ¿Qué queda de aquellos días tan hermosos? / Una foto, una
vieja foto / de mi juventud. / ¿Qué queda de las cartas de amor, / de los meses
de abril, de las citas? / Un recuerdo que me persigue / sin cesar. / Alegrías
marchitas, cabellos al viento, / besos robados, sueños perdidos, / ¿Qué queda
de todo aquello? / Decídmelo. / Un pueblecito, un viejo campanario, / un
paisaje bien escondido, / y en una nube el rostro amado / de mi pasado. (*N.
del T.*) <<

[2] Las películas citadas son las siguientes: *Les Enfants du Paradis*, Marcel Carné, 1945; *Tener y no tener*, Howard Hawks, 1944; *Candilejas*, Charles Chaplin, 1952; *King Kong*, Merian C. Cooper y Ernest B. Schoedsack, 1933; *Les dames du Bois de Boulogne*, Robert Bresson, 1945; *La doler vita*, Federico Fellini, 1959; *El expreso de Shanghai*, Josef von Sternberg, 1932; *Hiroshima mon amour*, Alain Resnais, 1959; *Drole de drame*, Marcel Carné, 1937; *M, el vampiro de Dusseldorf*, Fritz Lang, 1931; *Casablanca*, Michael Curtiz, 1942; *La noche del cazador*, Charles Laughton, 1955; *Con faldas y a lo loco*, Billy Wilder, 1959; *La evasión*, Jacques Becker, 1960; *Le Carrose D'or*, Jean Renoir, 1952. (N. del T.) <<